



EL CONDE DE GABALIS

★  
SEGUIDO POR

LOS ENOMOS IRRECONCILIABLES

## **Abate NICOLAS De MONTFAUCON De VILLARS**

Ouod tanto impendió absconditur, etiam solummodo demonstrare, destruere est. Explicar lo que con tanto cuidado se oculta equivale a destruirlo.

Tertuliano

**CONDE**

**DE**

**GABALIS**

Seguido por

**LOS GNOMOS IRRECONCILIABLES**

# DEDICATORIA

A Emerson M. Clymer,

amado maestro, escritor y humanista,

está dedicado este libro

con la esperanza de que sirva

de constante recordación.

Director General de:

La Confederación de Iniciados Príncipes y Princesas de la Casa Real de  
Melquisedec Iglesia de la Iluminación

Gran Maestro Supremo de:

El Sacerdocio de Aeth La Fraternitas Rosae Crucis 1966-1983

## TABLA

### ESMERALDA \*

ES verídico, sin error, cierto y muy verdadero que lo de arriba es como lo de abajo, y lo de abajo es como lo de arriba para que se cumplan los milagros de lo Único; y tal como por su mediación todo deriva de lo Cínico, así todo surgió de esto único por adaptación; su padre es el Sol; su madre es la Luna; el Viento lo llevó en sus entrañas; su nodriza es la Tierra. Este es el padre de toda perfección, o de la consumación del mundo entero. Su fuerza es integral si se convierte en tierra: A la tierra la separarás del fuego, a lo sutil de lo denso, suavemente, con mucha sagacidad; asciende de la tierra al cielo, y nuevamente desciende del cielo a la tierra: y revive la fuerza de las cosas superiores e inferiores. Por ello, tienes la gloria del mundo entero; por tanto, huya ante ti toda oscuridad. Esta es la vigorosa fortaleza de todas las fortalezas, que vence a todo lo sutil y penetra en todo lo sólido. Así fue creado el mundo. De esta manera surgieron todas sus prodigiosas adaptaciones. En consecuencia, me llamo Hermes El Tres Veces Grande, el que posee las tres partes de la Filosofía del mundo entero. Lo que he escrito sobre la Operación del Sol está completo.

## PREFACIO

### ¿POR QUE

### EL CONDE DE GABALIS?

EN esta era de grandes adelantos científicos y tecnológicos, en la que, con sólo pensarlo, podemos hacer que, en el mundo material, se manifieste casi todo lo que anhelamos, ¿por qué deseáramos regresar a alrededor de 1670 y publicar un libro al que, incluso en aquella época, lo consideraban inconfiable y fantasioso, y muchos lo juzgaban ridículo? La paradoja radica en que, exactamente por los adelantos científicos de la vida actual, creemos que una reedición de este maravilloso relato rosacruz es no sólo razonable y justificada sino también una necesidad absoluta.

En nuestra civilización, hemos llegado a un punto en el que, en un sentido físico y materialista, somos capaces de realizar casi todo lo que nuestra mente y nuestra imaginación propician. Por desgracia, no somos capaces, aparentemente, de hacer que estos fabulosos adelantos tecnológicos sirvan a una finalidad buena y útil. El mundo actual se halla en un estado bajo y caótico. Si bien la población mundial dispone de más y mejores bienes que antes, éstos son frecuentemente distribuidos por oscuras computadoras, y el calor del Alma humana está casi ausente de nuestro comercializado mundo actual. De nuestras vidas se escapan, poco a poco, el solaz envolvente del amor y del sentimiento humanos. La cualidad mágica de lo romántico, sólo presente en el ser humano, fue relegada a segundo plano.

Desde el día en que nacemos empezamos a planificar nuestra muerte. Nuestra vida, con demasiada frecuencia, sólo consiste en buscar la tumba más deseable. Vivimos temerosos de nuestros padres, iguales, patrones y gobiernos, y de nuestro enemigo máximo: el tiempo. Al intentar vivir más, trabajar menos y tener más, hemos acortado nuestra vida, convertido nuestra labor en un trabajo penoso, y perdido casi todo lo que tuvimos de real valor. La vida moderna no cambió estos valores, pues los valores no cambiaron. Somos nosotros los que cambiamos.

Esto nos hace volver a nuestro texto: El Conde de Gabalís o Los Extravagantes Misterios de los Cabalistas, expuestos en cinco agradables pláticas sobre las Ciencias

Secretas. En esta obra, se da libre juego a la imaginación del hombre. Es posible descubrir aquí material pintoresco para muchas encarnaciones. Si no sabemos tener el goce de ser dioses, es inútil que aprendamos a vivir para merecer su compañía. Para encontrar goce y finalidad en la vida, debemos tener metas, y debemos buscar este goce y esta finalidad. Está bien procurar vivir dentro de las Leyes de Dios, pero sólo estamos realmente justificados al haber alcanzado tal logro si usamos estas Leyes para conseguir que todas las criaturas de Dios se beneficien más. En esta obra se nos permite vislumbrar algunos prodigios que son posibles a quienes se inclinan hacia lo filosófico. Es de esperar que, una vez que contemplemos las posibilidades existentes delante de nosotros, cada uno asuma sus obligaciones Espirituales con vigor y eficacia renovados.

El Conde de Gabalís y el libro posterior Los Gnomos Irreconciliables incursionan muchísimo en lo milgroso, pero hemos de comprender las circunstancias en que fueron originalmente escritos y publicados. Los autores de estas obras eran plenamente Iniciados y conocían bien todas las facetas de la Obra Mística y Arcana. Sin embargo, puesto que la Inquisición eclesiástica no permanecía ociosa y el vulgo en general juzgaba que el sigilo propio de los Filósofos de la Cabala y, especialmente, de los adeptos de la Rosa-Cruz, era (por decir lo menos) sospechoso, un libro escrito desde un ángulo en el que se describía pero no se adhería a estos principios, no sólo era más seguro escribirlo y publicarlo, sino que también era más probable que se lo distribuyera y leyera que una obra que defendiera evidentemente a esta organización.

Basta una lectura no muy profunda de El Conde de Gabalís para que podamos descubrir fácilmente el ingenio con que los Secretos profundísimos y muy Arcanos se revelan al buscador verdadero, pero se ocultan al profano. Y esto es más cierto aún en las "Animadversiones" que el traductor inglés agregó, pues aquí tenemos lo que podría considerarse una negación doble, si bien, al mismo tiempo, esto llega a revelar más que el texto original. En estas "Animadversiones" descubrimos, por decirlo así, cómo se parodia a la parodia misma; empero, si leemos entre líneas, podemos aprender mucho del método del que los verdaderos Cabalistas e Iniciados se valen. Aquí se expresa la CLAVE del avance humano, mientras, aparentemente, se condena a las Filosofías Arcanas. Es la Chispa Encendida que alejó al hombre respecto de la Iglesia y le ofreció la libertad que tanto buscaba en el siglo XVII, y que condujo a las Revoluciones francesa y norteamericana. Las palabras son estas: "...el modo más seguro de especular con lo divino y humano consistirá, en lo que concierne a los SAGRADOS ORACULOS DE DIOS, en someter a prueba todo lo que convierta al hombre en óptimo filósofo y óptimo cristiano". Se nos impulsa a usar nuestra imaginación, a experimentar y ensayar todas

las cosas dentro del Mundo y las Leyes de Dios. Ningún Iniciado, ningún adepto de la antigua Ciencia Arcana podría haber expresado esto mejor o deseado más libertad que ésta.

Sin duda, la pregunta que más comúnmente formularán quienes lean este escrito será; "¿Esto es verdad? ¿Existen estos seres que se llaman Elementales?" Alguien a quien consideré un Maestro Iniciado me dijo una vez que todo lo que la mente puede imaginar es posible. Si no fuera posible, la mente, por ser una creación finita de Dios, no lo podría contemplar. En consecuencia, debo aceptar el hecho de que los Elementales son posibles. Ahora bien, si son reales o no, no podría ni puedo decirlo. En cuanto a eso, dejaré que todos los lectores lo evalúen por sí solos, si así lo desean.

G.E. POESNECKER

Quakertown, Pennsylvania

10 de julio de 1983

#### **COMENTARIO ACERCA DEL LIBRO**

EL Conde de Gabalis fue publicado el 28 de noviembre de 1670, en París, impreso "con el Privilegio del Rey", pero omitiéndose en la portada el nombre de su autor, el Abate Nicolás P.H. de Montfaucon de Villars. Tuvo tanta repercusión la obra

(de cinco discursos entre un Conde imaginario y el narrador, sobre el tema de las Ciencias Secretas y Arcanas) que, antes de finalizar aquel año, fue necesaria una segunda edición, y fue menester otra más a comienzos de 1671. No es de asombrarse, pues, de que, por la incendiaria influencia del libro, pronto se lo considerara peligroso y se lo proscribiera en Francia. Los parisienses discutían sobre si "Gabalís" derivaba de la Cábala o del vocablo francés arcaico "gab" que significa "cuentos para reír" o "cuentos verdes".

Los primeros estudiosos de la literatura francesa, al buscar antecedentes del extraordinario relato de Villars, encontraron una fuente en el caballero, médico y alquimista italiano José Francisco Borri. Hacia mediados del siglo XVII, éste habría viajado por toda Europa, y, en 1666, estando en Copenhague, comenzó a redactar La Llave del Gabinete del Caballero José Francisco Borri. Se dijo que fragmentos de este manuscrito, de 1666, llegaron a manos de Villars y fueron la chispa que encendió su imaginación. Y al mismo Borri se lo denominó el modelo del Conde. Otros estudiosos dijeron que La Llave de Borri – que finalmente apareció completa en 1681 y tuvo fama de contener una descripción excelente de la Fraternidad Rosacruz– estuvo basada en El Conde de Gabalís. De paso, a Borri se lo mantuvo durante muchos años, como hereje, en una prisión de la Inquisición, en Roma; sin embargo, era tal su predicamiento que los integrantes de la Familia Real en Roma, acudían a menudo a la "celda" en la que los integrantes de la Familia Real, en Roma, acudían a menudo a la "celda" en la que estaba prisionero para cambiar ideas y ser esclarecidos, y La Llave ganó publicidad desde esa prisión.

A la obra El Conde de Gabalís no se la volvió a publicar en Francia hasta 1684, once años después de morir su autor. Aquella edición contenía una carta de disculpa de un amigo y una respuesta: ambas atribuidas al abate. Entretanto, aparecieron ediciones en Amsterdam y en Colonia, y la primera traducción inglesa fue publicada en 1680, con una epístola de disculpa a "Mi Señor" y "Las Animadversiones del Traductor sobre las Pláticas Precedentes"; ambos escritos se incluyen en esta edición, que se ajusta lo más fielmente posible a la de 1680.

En 1784, apareció en Londres una segunda edición, en la que un extenso "Prefacio del Traductor" citaba la influencia de Borri y reconocía que eran "muy difíciles de encontrar" ejemplares del libro en su lengua original. Este resurgimiento, ocurrido en 1714, se debió a la publicación por el poeta británico, Alexander Pope, de "La Cerradura Violada", que aquel dedicara al "Conde de Gabalís". Aquella edición se acompañaba también con notas explicativas.



Una edición de 1736, impresa en francés en Amsterdam, contenía los cinco discursos, más una Segunda Parte dedicada a una elocuente súplica efectuada por el Conde a una reunión de Gnomos con el fin de ayudar a que éstos se inmortalizaran aliándose con el hombre; de ese debate participó "la Señora Vizcondesa Martesie". El libro concluía con una epístola de un Monseñor y una respuesta. A lo largo de los años, o tras ediciones incluían segundas partes dedicadas a tópicos sugeridos al final del Discurso Quinto de El Conde de Gabalís, pertenecientes habitualmente a apariciones de elementales. El libro entero fue incluido en el Tomo N9 34 de la publicación de 1788, Viajes Imaginarios (Imaginary Voyages), junto con tres novelas: El Silfo Amoroso (Le Sylph Amoureux), Las Ondinas (Les Ondins) y La Amante Salamandra (L'Amant Salamandre). A mediados del siglo XIX, Edward Bulwer-Lytton hizo referencia al Conde de Gabalís en su novela Zanoni. El libro ha sido traducido, cada tanto, a numerosos idiomas, siendo tema de investigación y disertaciones doctorales.

El Abate de Villars nació en Alet, cerca de Toulouse. Nieto de Jean-François de Montfaucon de la Roche-Taillade Canillac de Villars, era sobrino del célebre monje benedictino Bernard de Montfaucon, autor de una extensa e importante historia de la arqueología. El abate se educó en Toulouse, y, luego de culminar sus estudios con distinciones y recibir las Ordenes Sagradas, en 1667 viajó a París donde, con contactos ilustres, era de esperar que progresara rápidamente. Pero, como lo apunta su biógrafo francés, su influencia estaba destinada a ser breve debido a "su gusto por la literatura frívola y sus opiniones disparatadas".

La gran repercusión de El Conde de Gabalís –publicado el mismo año que el Tratado Teológico-Político, de Spinoza– fue seguida por sólo una moderada acogida respecto de las otras obras del abate. De la Delicatesse correspondió al 25 de setiembre de 1671, y cuatro fábulas en forma de diálogo –El Amor sin Debilidad (L'Amour sans Faiblesse) – fueron publicados también en ese año. Fue autor de dos novelas, Anne de Bretagne y Le Geomyler; que aparecieron también en un solo tomo en 1671. Según su biógrafo, estas novelas de estilo costumbrista, recordaban el ingenio de Pascal, el escepticismo de Fontanelle y la burla de Voltaire, aunque los detractores las llamaran "sin estilo ni colorido".

De Villars siguió escribiendo, pasando de la ficción a la crítica, las reflexiones y los discursos. Por desgracia, sus superiores se volvieron contra él, pues comprendieron poco lo que él realmente valía. Cuando viajaba en tren desde París hacia Lyon, en 1673, fue asaltado y asesinado, "probablemente por los gnomos y los silfos como castigo por revelar sus misterios", según susurraban sus compatriotas.

Aunque de él poco más se conoce, en su época el Abate de Villars ayudó a establecer la Verdad a través de la Filosofía y, respecto de él se admite, que habría cambiado el tono del cristianismo alejándolo de la sufriente Cruz del Calvario;

La segunda publicación incluida en este tomo, Los Gnomos Irreconciliables, lleva adelante la Filosofía presentada en El Conde de Gabalís. La obra, por demás rara, se atribuye a Antonio Androl, y apareció por primera vez como Segunda Parte de El Conde de Gabalís en una edición publicada en Amsterdam en 1715. Ese tomo alcanzó tanta repercusión que los dos relatos a- parecieron juntos en otra edición publicada en Amster- dan en 1718, y nuevamente en 1742 en un tomo impreso en Londres.

En 1896 -1897, John Yarker, de Bath, Inglaterra, tradujo Los Gnomos Irreconciliables al inglés para una edición limitada, impresa en esa ciudad, una pequeña edición, con anotaciones, fue publicada en los Estados Unidos, en Allentown, Pennsylvania, en 1911. Esta reedición se basa en aquella reimpresión.

Las notas explicativas incluidas en esta edición de el Conde de Gabalís fueron preparadas por G.E. Poes- necker, y por el Dr. Paul P. Ricchio. Las notas de Los Gnomos Irreconciliables fueron tomadas de las preparadas para la edición norteamericana de 1911, del Dr. R. Swinburne Clymer. Las ilustraciones, incluida la de portada, corresponden a la contribución de Michael Goscinsky, de Garnerville, Nueva York, para esta edición. La Humanitarian Publishing Co. agradece la colaboración de todos cuantos se interesaron por la publicación de este libro, incluidos los integrantes de la Biblioteca del Congreso, de Wahington, D.C.; la Biblioteca Pública de Nueva York; la Biblioteca Libre de Phila- delphia; el Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York; y la Galería Nacional de Arte, de Washington, D.C.

Deberíamos añadir algo sobre la cita de Tertuliano que aparece en la portada. A lo largo de los siglos, cada edición, ya fuera en francés, inglés, o en cualquier o- tro idioma, llevó esta advertencia en latín, en la portada; Quod tanto impendit absconditur, etiam solummodo demonstrare, destruere est. (1) Esta edición prosigue con esa tradición.

#### LOS EDITORES

(1) Explicar lo que con tanto cuidado se oculta equivale a destruirlo

## INTRODUCCIÓN

LA Primera nota de pie de página, correspondiente a Los Gnomos Irreconciliables, preparada por el Dr. R. Swinburne Clymer, para la edición de 1911, declara que: "Todo ser humano, consciente de ello o no, tiene un espíritu elemental en el plano invisible, el cual lo protegerá o lo ayudará para que triunfe en los asuntos de la vida o, por el contrario, propenderá a su caída. Todo depende del estado de evolución del ser humano. Si la naturaleza de éste se inclina hacia el bien o hacia el mal, este genio es la contraparte, en lo invisible, del genio existente dentro de cada humano, al que Sócrates lo llamó "Daimon".

Aquí se indica con claridad que, además de las Almas, son muchas clases de esencias las que llenan el universo. ¡Aquí se indica que la creación entera es una expresión de la conciencia! De los múltiples estados de la conciencia y de la voluntad inteligente, algunos son visibles y otros invisibles. Algunos no tienen forma, como las corrientes de aire; otros son indefinidos, como nieblas y nubes. Algunos son sólidos, como las rocas; y otros son permanentes, como las estrellas que están en los cielos.

Si el hombre pudiera ver a los mundos dentro de los mundos –arriba, abajo, de través...mundos con multitudes de seres cuya presencia y existencia ni siquiera sospecha, mientras aquéllos tal vez nada sepan de él– se sentiría abrumado por un terror desconocido y buscaría a Dios para que lo protegiera! Sin embargo, ninguno de estos seres es superior ni es tan potente como el Individuo Espiritualmente Iluminado, de Alma Iluminada, que aprendió ¡a conocer sus energías desarrolladas a partir de su propia Conciencia despierta y de su propia fortaleza!

En realidad, en la vida todas las cosas son gobernadas por fuerzas invisibles. En los dos fascinantes relatos de este libro, El Conde de Gabalís y Los Gnomos Irreconciliables, se esconden Misterios Arcanos y Ocultos que integran el conocimiento más vital y profundo jamás revelado al hombre. Estas verdades no son nuevas. Guiaron al hombre a través de las edades y los tiempos de mayor lobreguez, precediendo a la era cristiana, a las Escrituras mosaicas, y hasta a la filosofía egipcia.

Cuanto más captamos las ideas presentadas en este libro, más se desarrolla nuestro concepto acerca del hombre. Descubrimos que el hombre acerca del cual el Conde, el Príncipe Gnomo y los Sabios Iniciados enseñan, es inconmensurablemente

más grande que el ser insignificante e impotente al que la ciencia circunscribiría como humano. En la actual tendencia hacia el materialismo y los logros científicos, no es difícil suponer cuán insignificante parece el hombre en la Infinitud del Universo. Empero, sus sentidos materiales-físicos le revelan sólo una pequeña parte del universo.

La ciencia procura demostrar que el hombre es puramente animal, mientras las Enseñanzas Secretas de las edades demuestran que ¡el hombre puede convertirse en un Dios! La ciencia, fría y calculadora, desprovista de espiritualidad y sensibilidad, inviste al hombre con fuerzas materiales y físicas que le capacitan para alzar su propio peso. Pero los Misterios Antiguos invisten al hombre ¡con la fuerza para controlar el destino del mundo! Como dijera Mauricio Maeterlinck: "¡Qué es el hombre sino un dios asustado!".

Lo que este libro nos lega es tan potente en la actualidad como cuando fue escrito por primera vez. Los escépticos de esta época, como los del pasado, acostumbraron admirar las descripciones y pormenores de los relatos como si fueran fantasía del autor, sin sospechar ni aceptar jamás que su propósito era transmitir y revelar Verdades muy estimadas. No obstante, están los que, como el Conde, están dispuestos a atestiguar si es necesario y oportuno que tales seres invisibles, pero "sustanciales", existen. Además, que estos seres, mediante la Voluntad del hombre, fuerte, preparada y puesta a prueba, pueden volverse concientes, visibles y útiles para la humanidad.

Los Elementales no son espíritus, porque son de un solo elemento: de tierra, de agua de aire o de fuego. Los sitios en los cuales habitan no pueden ser denominados ni numerados, pues se los hallará ¡en todos los rincones secretos del universo! Viven y propagan su progenie, comen y charlan, actúan y duermen. Son de vida limitada, y enferman y mueren. Ocupan un lugar entre el hombre y el espíritu, se parecen al hombre y a la mujer en cuanto a su organización, pero semejan espíritu en su aptitud para aparecer aquí o allá, moviéndose según lo deseen. Como son de un elemento puro, no son inmortales.

Estos "espíritus de la naturaleza" no son animales. Como lo revela la disertación con el Príncipe de los Gnomos, tienen razón y lenguaje como los hombres. Tienen mentes, pero no un Alma espiritual. Esto puede parecer increíble, pero las posibilidades de la Naturaleza no están limitadas por lo que el hombre conozca de ellos, ¡y la Sabiduría de Dios es insondable! Como los elementales tienen vida, conocen el deseo; si ese deseo es el de la inmortalidad, sólo tienen un modo de satisfacerlo. Aunque se deleitan sirviendo al hombre para ganar la inmortalidad, como el Príncipe de los Gnomos es plenamente consciente y en realidad lo declara, en ocasiones se los recluta con

propósitos malignos. Por esta razón, el Príncipe no ansia ni tiene entusiasmo por entrar en transacciones con un humano ni siquiera por considerarlo ¡aunque ése sea el modo de llegar a la inmortalidad!

Así como el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, de igual modo puede decirse que los Elementales fueron creados a imagen del hombre. El hombre no es Dios, ni los Elementales son el hombre, aunque sus hábitos se parezcan a los del hombre. Tal como el hombre está muy cerca de Dios, así los Elementales están muy cerca del hombre. Cuando buceamos en el ámbito de los Elementales, parece que se abre ante nosotros un nuevo mundo, aunque, en verdad, sólo se trata del "velo que se alza", y que durante mucho tiempo ha cubierto los ojos físicos y espirituales del hombre.

La esencia de estos preciosos relatos es, pues, que el hombre, al estar compuesto por cuatro elementos, puede llegar a ser inmortal si así lo quiere, si se esfuerza conscientemente y obedece a las Leyes Divinas que, aquí y ahora, en esta vida, le confieren la inmortalidad, a un precio. A medida que el hombre recorre este sendero, si lo desea puede llegar a convertirse en el medio a través del cual la inmortalidad es obtenida para sus compatriotas cercanos: los Elementales.

Dr. Paul P. Ricchio

EL  
CONDE  
DE  
GABALIS

# PLATICA PRIMERA

QUE Dios dé descanso al alma del Señor Conde de Gabalís 1) quien, según noticias que me escriben, acaba de morir de apoplejía. Ahora bien, los cabalistas no dejarán de decir que esta clase de muerte es común en quienes disponen imprudentemente de los Secretos de los Sabios y que, desde que el bienaventurado Raimundo Lulio (2) formuló sus declaraciones en su testamento, un Angel Destructor ha estado siempre preparado para estrangular al instante a los que revelen indiscretamente los Misterios Filosóficos (3)

Pero, que no condenen con tanta temeridad a este sabio sin informarse mejor sobre su conducta. Es verdad que él me lo reveló todo, mas con toda la circunspección cabalística necesaria. Debo hacerle justicia, al testimonio de su memoria, pues él fue muy fervoroso con la religión de sus padres, los Filósofos, y habría decidido la hoguera antes que profanar la santidad de ella revelándola a algún Príncipe indigno, a algún bicioso, o a algún disoluto: tres clases de personas a las que los sabios de todas las épocas han excomulgado. Por suerte, no soy príncipe, mi ambición es poca y, por lo que se desprende de esta plática, puede observarse que poseo un poco más de castidad que la que un Sabio necesita tener. Estoy dotado de un ingenio dócil, siento la curiosidad de conocer, y soy bastante audaz. Necesito un poco de melancolía para hacer que todos los que censurarían al Conde confiesen que el no necesitaba ocultarme nada, puesto que yo era un sujeto bastante adecuado para las Ciencias Secretas, es cierto que sin melancolía (4) no puede avanzarse mucho en éstas. Pero, esta pequeña reserva que de ella poseo fue suficiente para hacer que yo no fuera rezado por aquéllas.

Un centenar de veces, él me dijo: –Tienes a Saturno en un ángulo, en su casa, y retrógrado. Uno de estos días, no podrás dejar de estar tan melancólico como un Sabio debe estarlo, pues el más sabio de todos hombres (como lo sabemos en la Cábala) tuvo, como tú a Júpiter en el ascendente. Empero, nunca se observó que él riera tanto, salvo una sola vez en toda su vida: tan potente era en él su Saturno, aunque ciertamente más débil que el tuyo.

Entonces, los virtuosos deberán reñir con mi Saturno con el Señor Conde de Gabalís, si yo afecto la divulgación de sus secretos que su práctica. Si astros (5) no cumplen con su deber, no es culpa del Conde. Y si no tengo un Alma bastante grande como intentar ser Amo de la Naturaleza, (6) para trastornar los elementos, para albergar

a las Inteligencias Supremas, para dar órdenes a los demonios, para engendrar gigantes, para crear mundos nuevos, para hablarle a Dios en Su Alto Trono, y para obligar a los Querubines que defienden la entrada del Paraíso a que me permitan entrar, y dé dos o tres vueltas por esas esferas, es a mí (7) a quien deben culpar en mayor o menor medida. No deberán decir pues esto es un insulto a la memoria de este hombre extraordinario que murió porque me divulgó todas las cosas. ¿Es posible que, entre los espíritus errantes, no haya sido vencido en un conflicto con algún duende díscolo? Quizá no esté muerto, salvo en apariencia, siguiendo la costumbre de los Filósofos (8) que parecen morir en un lugar y transportarse a otro. Sea esto como fuere, nunca podré creer que por la manera con que me confió sus tesoros merezca castigo alguno. Verás cómo ocurrieron todas las cosas.

Puesto que el sentido común me hizo recelar siempre de que existía mucha vacuidad en todo aquello que llaman las Ciencias Secretas, (9) nunca me sentí tentado a perder tiempo en hojear los libros que se ocupan de aquéllas. Sin embargo, como no encontré razonable condenar, sin saber por qué, a todos los que son adeptos a aquéllas, que, por otra parte, son personas sabias, muy ilustradas en su mayoría, y eminentes tanto para la toga como para la espada, tomé la resolución que yo podría haber evitado, siendo injusto y agobiándome con lecturas tediosas de fingirme gran devoto de estas Ciencias entre todos aquellos de quienes pude enterarme que eran de este grupo. Pronto tuve mejores resultados de los que posiblemente podía esperar, puesto que todos estos caballeros, por misteriosos y reservados que parezcan, lo único que desean es dar rienda suelta a su imaginación y a los nuevos descubrimientos que pretenden haber efectuado en la naturaleza . Al poco tiempo, yo recibía confidencias de los más conspicuos caballeros, y, cada día, uno u otro de éstos estaba en mi estudio, al que yo había adornado deliberadamente con sus muy extravagantes escritos. Nunca concurrieron los eruditos autores de éstos, pero me carteeé con uno. En una palabra, por mi celo hacia esta Ciencia, pronto descubrí que todos me aprobaron bien. Tuve por compañía a príncipes, grandes señores, magistrados, bellas damas ¡y nada bellas también! , médicos, prelados, frailes y monjas. Algunos de ellos solían conversar con los ángeles, otros con los demonios, otros con su genio, otros con los incubos. Algunos se contraían a la cura de enfermedades, algunos a la observación de los astros, algunos a los Secretos de la Divinidad; y, casi todos, a la Piedra Filosofal.

Todos coincidían en que estos Grandiosos Secretos, y, especialmente la Piedra Filosofal, (1°) eran muy difíciles de averiguar, y que sólo poquísimos los alcanzaban. Pero todos tenían, en particular, muy buena opinión de sí mismos, como para creer que eran del número de los Elegidos. Por suerte, con infinita impaciencia, el más conspicuo



de ellos esperaba a la sazón la llegada de un Señor germano, que era un gran cabalista, y cuya heredad estaba sobre la frontera de Polonia. Por cartas dirigidas a los Hijos de la Filosofía, residentes en París, prometió que acudiría a visitarlos, y que de Francia pasaría a Inglaterra. Se me encomendó que escribiera una respuesta a este gran hombre. Le remití mi mapa natal (12> para que juzgara si yo era capaz de aspirar a la Sabiduría Suprema. Mi mapa natal y mi carta fueron tan afortunados como para que se comidiera en hacerme el honor de contestarme que yo debía ser uno de los primeros a quienes vería en París; y que, si el Cielo no se oponía, nada le impediría introducirme en la Compañía de los Sabios. Completando mi buena suerte, mantuve una correspondencia constante con aquel ilustre caballero germano. Cada tanto, yo le planteaba mis grandes dudas –tan bien fundamentadas como yo podía– sobre la Armonía del Mundo, los Números de Pitágoras, las Revelaciones de San Juan, y el Capítulo I del Génesis. ¡Lo grandioso del tema lo embelesaba! Me escribía sobre indecibles prodigios, y advertí claramente que yo tenía que habérmelas con un hombre de imaginación muy vigorosa y exuberante. Recibí de él entre sesenta y ochenta cartas, de estilo tan extraordinario que no me era posible leer otra cosa aunque estuviera solo en mi estudio.

Un día especial, me asombró ver a un hombre de magnífico aspecto, el cual entró, me saludó gravemente, y me dijo en francés, pero con acento extranjero:

–¡Adora, hijo mío! ¡Adora al Gloriosísimo y Grandísimo Dios de los Sabios! Y no te hanches de orgullo porque El te envíe a uno de los Hijos de la Sabiduría para que te erija en miembro de su Compañía y te haga partícipe de los Prodigios de Su Omnipotencia.

Esta extraña manera de saludar, por ser tan repentina, me sorprendió, y, al principio, empecé a interrogarme si no podría tratarse de alguna aparición. No obstante, me recobré lo mejor que pude y lo contemplé con tanta cortesía como me lo pudo permitir el menudo susto que se apoderara de mí.

–Sea lo que fueres, –le dije– cuyo saludo no es de este mundo, me tributas un gran honor al efectuarme esta visita. Pero, antes de que yo adore a este Dios de los Sabios, te imploro que tengas a bien decirme:

¿de que Dios y de qué Sabios me hablas? Hazme el favor de sentarte en esta silla y tomarte la molestia de decirme: ¿cuál es este Dios, cuáles son estos Sabios y esta Compañía, y cuáles son estos Prodigios de la Omnipotencia? Y, después de todo esto, o

antes de todo esto, ¿a qué clase de criatura tengo el honor de hablar?

—Señor, me recibes muy al estilo de los Sabios me dijo sonriendo, mientras tomaba la silla que le ofrecí: —Deseas que, de repente, te explique cosas que, te ruego tengas a bien, no resolveré hoy. El saludo que te dirigí son las palabras que los Sabios usan al principio con aquellos a quienes se proponen abrirles los corazones y descubrir sus Misterios. Pensé que, siendo tú tan sabio como me lo pareciste en tus cartas, este saludo no sería desconocido para ti y sería el cumplido más agradable que el Conde de Gabalís podía formularte.

—¡Señor!,—exclamé, recordando que yo tenía que jugar un juego delicado— ¿cómo me haré digno de tanta bondad? ¿Es posible que en mi estudio esté el más magnífico de todos los hombres? ¿Es posible que el gran Gabalís me honre con su visita?

—Soy el más humilde de todos los Sabios, me replicó, mirándome seriamente: — y Dios, que dispensa os rayos de Su Sabiduría según peso y medida, tal como a Su Supremacía le plazca, me ha dado tan sólo un pequeño talento en comparación con el que admiro con asombro en mis compañeros. Confío en que, un día, los iguales, a juzgar por tu mapa natal, que me hiciste el honor de enviarme. Pero, me diste motivo para quejarme de ti, señor, agregó, sonriendo— al tomarme, incluso ahora, por un espíritu.

—No por un espíritu, —le dije, — pero te confieso, señor, que al venir a mi memoria, de repente, lo que Cardán contó sobre su padre, que un día, en su estudio, había sido visitado por personas desconocidas, <13) con ropas de distintos colores, que mantuvieron con él una agradable conversación acerca de sus naturalezas y ocupaciones...

—Te comprendo, —me interrumpió el Conde—. Se trataba de Silfos, de los cuales te hablaré después. Son una especie de sustancia aérea, que a veces acuden a consultar a los Sabios sobre los libros de Averroes, que no comprenden bien. Cardán fue sólo un mequetrefe que publicó eso entre sus ingeniosidades. Encontró esas memorias entre los escritos de su padre —que era uno de los nuestros— el cual, al advertir que su hijo era naturalmente un charlatán, (14) nada le enseñó, sobre lo muy atendible, y dejó que trastornara su seso con la astrología, con la que este último no fue suficientemente sagaz como para impedir que a su hijo lo ahorcaran. Este necio fue la causa de que me afrentaras confundíendome con un Silfo.

—¡Afrentarte!— le repliqué—. ¿Por qué, señor, debería ser yo tan desdichado como para...?

—Eso no me enfada, —me interrumpió— puesto que no tienes la obligación de saber de antemano que todos estos espíritus elementales son nuestros discípulos, pues son muy felices cuando nos agachamos tan bajo como para instruirlos, y el más humilde de nuestros Sabios sabe más que todos esos caballeros. Pero, hablaremos más extensamente de esto en algún momento más conveniente. Por hoy basta para mí, que tuve la satisfacción de verte. Esfuérzate, hijo mío, en hacerte digno de recibir las Iluminaciones Cabalísticas. La hora de tu regeneración ha llegado. La culpa es tuya si no te conviertes en una Nueva Criatura. Rézale fervorosamente a Quien tiene el poder para crear nuevos corazones para que te dé uno que sea capaz de las grandes cosas que he de enseñarte y para que me inspire a no ocultarte nada de nuestros Misterios.

Entonces, se puso de pie y, abrazándome, sin darme tiempo para que le contestara, me dijo: —Adiós, hijo mío. Debo ir a ver a nuestros compañeros que están en París, después de lo cual te comunicaré mis noticias. Entretanto, vigila, reza, espera y guarda silencio.!(15)

Salió de mi estudio mientras eso decía. Me lamenté de su breve visita, mientras le acompañaba hacia su carruaje, por ser tan cruel al marcharse tan rápidamente después de haberme hecho tan feliz como para que /o tuviera una vislumbre de su Luz. Pero, tras asegurarme de buen talante que nada perdería yo con esta re- sentina partida, subió a su carruaje y me dejó con un a- sombro que no puedo expresar. Yo no podía creer lo que mis ojos y mis oídos me indicaran. Me dije: —Estoy seguro que este es un hombre calificadísimo, y con una hacienda de cinco mil libras por año. Además, parece muy Instruido. ¿Es posible que él pueda tolerar Helarse con estas necedades? Me habló muy seriamente de estos Silfos.

En conclusión, ¿no sería un brujo? ¿Y yo no había sido engañado al creer que tales cosas no existían? Pero, supongamos que es un brujo. ¿Algunos de ellos son también tan devotos como este hombre aparenta serlo? (16)

Nada pude comprender de todo esto. No obstante, me decidí ver cómo terminaba esto, aunque previ bastante bien que él se manejaba con algunos discursos fijos y que el Daimon, que lo agitaba, era un gran moralista y predicador.

## NOTAS DE LA PLATICA PRIMERA

"Càbala", "Qabballah" y "Kabalah" son lo mismo. La Alquimia era para el alquimista lo que la Càbala era para el cabalista. A la Càbala, escrito doctrinario de carácter místico, se la usaba como emblema o símbolo de la Esencia o la Vida Divina que existe en el Universo. ¡La Càbala era el símbolo del Alma del Mundo!

Por tanto, ¡el Conde era un Maestro de los Gabalís!

Raimundo Lulio, iniciado hermético y miembro de la Orden de la Rosa, que nació en 1235 en Barcelona, España; era hijo de un Caballero que sirvió bajo el Estandarte de Juan I, Rey de Aragón. La suya era una antigua familia catalana. Durante la conquista española de las islas Baleares, en poder de los islamitas, su padre recibió extensas tierras en Mallorca. Siendo joven, Raimundo Lulio contó con el favor del Rey a quien sirvió como paje y luego como Gran Prevoste (Superior del Palacio). Después de ser nombrado Senescal de las islas, vivió en Palma. Fue discípulo de los grandes cabalistas de la época, y, a través de sus libros sobre alquimia y sus poemas de amor, enseñó el Misterio hermético. Su máximo Testamento fue el relato de su vida: la alegoría de la transmutación de las bajas pasiones. Lulio, él estadista, fue un visionario, que procuró, como lo hizo en una reunión del concejo general en Viena, en 1311, la reducción de todas las órdenes militares del mundo cristiano a una sola orden mundial, para derrotar mejor a las fuerzas del mal (los sarracenos). Murió en 1315.

En relación con los Misterios Filosóficos, "quien conoce, no habla; quien habla, no conoce". El Iniciado no suele ser culpable de revelar los "Misterios Interiores" a alguien, pues sabe que cada ser humano debe despertar y encontrar su propio "yo interior".

Buscar la Iniciación Filosófica es una empresa sublime. No es menester realizarla con tristeza ni con ceño adusto, sino con ansia, sinceridad y seriedad.

"El necio es gobernado por sus astros, pero el sabio es dueño de su destino".

La meta de la Iniciación Filosófica es el mejoramiento del individuo, o sea, la transmutación del hombre mortal en el ser Inmortal, con todo lo que eso significaría para

el ser humano, para el individuo y para la humanidad entera.

Nadie puede culpar a otro por sus propios yerros. Cada cual es o fue la CAUSA de nuestro destino bueno o malo. "Cosecharás lo que siembres."

Muchos Iniciados como Thomas Vaughan, el Conde Cagliostro y Paracelso aparentemente murieron en un lugar y se transportaron a otro: ¡y todos con el expreso propósito de servir mejor a la humanidad!

Aquí, el autor de este relato fascinante procuró inteligentemente tomar desprevenido al lector, sugiriendo que en realidad tenía muy poco interés por estas "Ciencias" y "Misterios". Una razón era la de protegerse de sus superiores y compañeros, y otra era fingir interés por esta extraña disciplina entre adeptos más extraños aún. Este libro fue escrito en una época en la que todavía no había sido olvidado el candente hálito de la Inquisición.

"La Piedra Filosofal", "El Elixir de la Vida", "La Perla de Gran Precio" : todo esto se encuentra (se logra) a través de la Ciencia Sagrada de la Alquimia Espiritual, a la que los Filósofos convirtieron en parte viva de sí mismos, ¡transformando a los elementos densos y carnales, que están dentro de toda la humanidad, en los tesoros arriba mencionados!

A la Cábala, como manuscrito antiguo, la conocían bien los hombres eruditos de este período; en consecuencia, a quienes dominaban sus Misterios se los honraba, respetaba, reverenciaba y es posible que hasta se los temiera realmente en alguna medida. Pero como los cabalistas eran "hombres libres", a nadie temían.

El mapa de nuestro nacimiento es nuestro horóscopo.

Este relato gira totalmente en torno de este incidente: un "mundo dentro de un mundo" que rodea a la humanidad y acerca del cual el hombre prácticamente nada sabe. Este "mundo" es el mundo de los elementales que ¡sólo los puros de corazón, mente y Espíritu pueden llegar a conocer! Pero, luego hablaremos más acerca de esto.

Quienes una vez que ingresaron en el Sendero de la Iniciación Filosofal, piensan que deben hablar a sus esposas, a sus amigos, o a sus compañeros descubrirán que no se les confiarán los secretos de los Misterios Interiores. A quienes hablan

no se les "permite" conocer.

15 Vigila, reza, espera y guarda silencio" es el santo y seña del Iniciado Filosofal hasta hoy, con una leve modificación: "conoce, atrevete, haz, guarda silencio".

16 ¡Los Iniciados Filosofales conocen esto: "Preguntar es interrogarse, interrogarse es dudar, y dudar es fracasar"!

# PLATICA SEGUNDA

EL Conde se complació en permitirme que yo pasara toda la noche en oración. Por la mañana, al amanecer, me hizo saber, mediante una esquela, que pasaría por mi casa a las ocho en punto; y que, si yo gustaba, podríamos salir juntos a tomar fresco. Le aguardé, llegó, y luego de mutuas cortesías, me dijo:

—Vayamos a un sitio en el que juntos estemos en libertad y nadie interrumpa nuestra conversación.

—Rueil (1) —le dije—, parece ser un sitio muy agradable y solitario.

—Entonces, vayamos allí— me contestó.

Por tanto, subimos al carruaje, y durante todo el trayecto observé a mi nuevo Maestro. Jamás vi en persona alguna tan grandes señales de satisfacción como las que aparecían en todos sus gestos. Era de un espíritu más apacible, calmo y franco de lo que yo juzgaba que un brujo podría tener. Todo su aspecto y toda su conducta no eran como los de un hombre cuya conciencia pudiera reprocharle algo malo, y yo estaba muy impaciente hasta que lo vi entrar en materia, siendo incapaz de comprender cómo alguien que me parecía tan juicioso e instruido en todas las demás cosas empleaba su ingenio en estas especulaciones ridículas, con las que estaba infectado según me enterara el día anterior. Me habló muy divinamente de política y le complació infinitamente oír que yo había leído lo que Platón escribiera al respecto.

—Un día, necesitarás bastante todo eso —me dijo—, un poco más de lo que piensas que lo necesitas. Y si hoy juntos nos ponemos de acuerdo, no es imposible que, en poco tiempo, pongas en práctica estas sabias máximas.

A la sazón habíamos llegado a Rueil: nos internamos en el jardín, el Conde se

dignó admirar su belleza y se encaminó directamente hacia el laberinto.

Al ver que estábamos tan libres de compañía como podía desearlo, alzó la vista y las manos hacia el cielo, y exclamó:

—Imploro a la Sabiduría Divina que yo me inspire de tal manera que no te oculte ninguna de estas Verdades Inexpresables. ¡Cuán feliz serás, hijo mío, si el Cielo tiene la bondad de poner, dentro de tu Alma, las disposiciones que los Sumos Misterios exigen de ti ! Estás a punto de aprender a dominar a la Naturaleza. Sólo Dios será tu Amo, y sólo los Sabios serán tus iguales. Las Inteligencias Supremas estimarán una gloria obedecer tus deseos. Los demonios no osarán acercarse adonde tú estés. Tu voz los hará temblar en las profundísimas cavernas de su abismo. Y todos los seres invisibles que habitan en los cuatro elementos se sentirán felices de administrar tus goces.

"¡Te adoro, oh Gran Dios, por haber coronado al hombre con tanta gloria, y por haberle establecido monarca soberano sobre todas las Obras de Tus manos!"

Volviéndose hacia mí, añadió: —¿Sientes, hijo mío, esta ambición heroica que es el carácter seguro de los Hijos de la Sabiduría? ¿Te atreves a desear servir a nada, salvo a Dios solamente, y a dominar todas las cosas que no son de Dios? ¿Has comprendido qué ha de ser un Hombre? Y, ¿no detestas la existencia de un esclavo, puesto que naciste para ser un soberano? Y si tienes estos pensamientos nobles, como la figura de tu nacimiento (2) no admite que lo ponga en duda, considera con calma si podrás tener la valentía y la fuerza para renunciar a todo lo que sea un obstáculo para alcanzar la grandeza para la cual naciste.

Allí se detuvo, y me miró fijamente, como esperando mi respuesta, o como si estuviera leyendo mi corazón.

Aunque el comienzo de este discurso me hizo confiar muchísimo que ya entraríamos en materia, mucho más me hizo desesperar lo que dijo al final. La palabra "renunciar" me asustó tanto que me pregunté si él estaba a punto, o no, de proponerme que renunciara a mi bautismo, o al Paraíso. Por ello, sin saber cómo salir de este aprieto, le dije:

—¿Renunciar? ¿Por qué, señor, necesito renunciar a algo? (3)

En verdad -me replicó- se necesita bastante: y es tanto lo que se necesita, que



primero debemos empezar con esa cuestión. No sé si podrás decidirte al respecto. Pero sé muy bien que la Sabiduría no habita en un cuerpo sujeto al pecado, tal como no entra en un Alma imbuida de error o malicia. Los Sabios nunca te admitirán en su Compañía si no renuncias, desde este preciso momento, a una cosa que no puede rivalizar con la Sabiduría.

–Deberás... –añadió–, agachándose y susurrando en mi oído–. Deberás renunciar a todo comercio carnal con las mujeres.

Me fue imposible no estallar en una carcajada ante esta agradable proposición.

–Bien , señor– exclamé–. Me has pedido que renuncie a algo muy pequeño. Yo había pensado que me propondrías algún renunciamiento extraño, pero, puesto que sólo se trata de mujeres, te aseguro que e- se trabajo ya lo hice hace tiempo. ¡Soy muy casto (gracias a Dios)!

"No obstante, señor, atendiendo a que Salomón fue más sabio de lo que yo tal vez pueda serlo, toda su Sabiduría no pudo impedirle que las mujeres lo corrompieran. Te lo imploro, dime, vosotros los caballeros, ¿de qué arbitrio os valéis para apartaros de este sexo? Y, ¿qué inconveniente habría si, en el Paraíso de los Filósofos, cada Adán tuviera a su Eva?"

–Preguntas sobre grandes cuestiones –me replicó, consultando consigo mismo si debía responder a mi pregunta o no–. Pero, puesto que veo que abandonas a las mujeres sin problemas, te diré una de las razones que obligaron a los Sabios a imponer esta condición a sus discípulos, y de allí sabrás en qué ignorancia viven todos los que no son de nuestro número.

"Cuando te alistes entre los Hijos de la Filosofía y tus ojos se fortalezcan con el uso de nuestra Medicina

Sagrada, (4) descubrirás de inmediato que los elementos son habitados por criaturas perfectísimas, de cuyo conocimiento y trato el pecado del desgraciado Adán ha excluido a toda su demasiado infeliz posteridad. Este espacio inmenso que existe entre la tierra y los cielos tiene habitantes más nobles que las aves y las moscas. Este océano vasto tiene también otros tropeles, a- demás de delfines y ballenas. Lo profundo de la tierra no es sólo para los topos; y el elemento del fuego (más noble que los otros tres) no fue creado para que sea desaprovechable e inútil."

"El aire está lleno de una innumerable multitud de seres, que tienen figura humana, de apariencia algo torva, pero tratables según lo muestra la experiencia: son muy amantes de las ciencias, sutiles, solícitos con los Sabios, y enemigos de los necios y los ignorantes. Sus esposas y sus hijas tienen una especie de belleza masculina, como descubrimos que las Amazonas la tienen."

—¡Pero, señor! —exclamé—, ¿me vas a persuadir de que estos demonios de que hablas se casan?

—No seas tan cruel, hijo mío —me replicó—, por un asunto de tan poca monta. Cree que cuanto te digo es concreto y cierto. No te hago conocer otra cosa que los principios de la antigua Cábala. Y para justificarlos no necesitas otra cosa que dar crédito a tus ojos. Pero, recibe con mansedumbre espiritual la Luz que Dios te envía por mi intermedio. Olvida todo lo que hayas oído sobre estas cuestiones en las escuelas de los ignorantes, en las que te sentirás molesto cuando te convenzas por experiencia y te veas obligado a repudiar aquello de lo que anteriormente tenías buena opinión.

"Escucha, pues, hasta el final y entérate que los mares y los ríos están habitados lo mismo que el aire. A

esta clase de seres, los antiguos Sabios las llamaban Ondinas o Ninfas. Hay muy pocos varones entre ellas. Pero existen mujeres en grandes cantidades. Su hermosura es maravillosa, y las hijas de los hombres nada tienen que pueda compararse con ellas."

"La tierra está llena, casi hasta el centro, con Gnomos o Duendes, que son personas de pequeña estatura, guardianes de tesoros, minas y piedras preciosas. Son ingeniosos, amigos de los hombres, y fáciles de mandar. A los hijos de los Sabios les proveen tanto dinero como necesiten, y jamás piden otra recompensa por sus servicios que la gloria de que se les ordene. Las Gnómides, o esposas de estos Gnomos o Duendes, son pequeñas, pero muy buenas mozas, y suelen ser maravillosamente curiosas."

"En cuanto a las Salamandras, que son las que habitan en la región del fuego, sirven a los Filósofos, pero no buscan con gran avidez la compañía de éstos, y a sus esposas e hijas se las ha de ver raras veces."

—Obran con prudencia —lo interrumpí—, y de mi arte, están disculpadas si no se me aparecen...

—¿Y eso porqué? —me interrogó el Conde.

—¿Por qué, señor? —le contesté—. ¿Qué tengo yo que conversar con una criatura tan fea como una Salamandra, ya sea ésta macho o hembra?

—Te equivocas —me replicó—. Esa es la idea que los pintores y escultores ignorantes tenían sobre ellas, las esposas de las Salamandras son bellas; o mejor dicho, más bien son más bellas que todos los demás, en atención a que son de un elemento más puro. Pero, me abstengo de hablar más de eso y sólo te daré una ligera descripción de estos seres, porque serás tú quien los verá cómodamente, y eso también con muchísima facilidad, si tienes curiosidad de ello. Verás sus hábitos, su dieta, sus modales, su política y sus leyes admirables. Te encantará más la belleza de su ingenio que la de su cuerpo.

"Empero, no podrás dejar de acongojarte por estos seres pobres y desdichados cuando te digan que su Alma es mortal y que no tienen esperanza de gozar de la Felicidad Eterna y del Ser Supremo, a quien reconocen y adoran religiosamente. Te dirán que, por estar compuestos con las partes más puras de los elementos, en los que habitan, y por no tener en ellos cualidades contrarias (por cuanto están constituidos por un solo elemento), mueren, pero ello después de muchos siglos. Pero, ¡ay!, ¿qué es ese tiempo en relación con la eternidad? Deberán disolverse eternamente en su nada. Los aflige muchísimo pensar en esto, y nos es bastante difícil consolarlos en esto.

"Nuestros padres, los Filósofos, que hablaban con Dios cara a cara, se lamentaban ante El de la infelicidad de estas criaturas. Y Dios, cuya misericordia no tienen límites, les reveló que no era imposible encontrar un remedio para este mal. Les inspiró en el sentido de que, por el mismo medio con que el hombre estableció una alianza con Dios y se le hizo partícipe de la Divinidad, de igual modo también los Silfos, los Gnomos, las Ninfas y las Salamandras, mediante la alianza que podrían establecer con el hombre, podrían constituirse en partícipes de la Inmortalidad. De modo que una Ninfa o una Sílfide puede llegar a ser Inmortal y capaz de la bendición a la cual aspiramos cuando sean tan dichosas como para casarse con un Sabio. Un Gnomo o un Silfo cesa de ser mortal desde el momento en que se casa con una de nuestras hijas.

"De allí surgió el error de los primeros siglos, de Tertuliano, Justino el Mártir, Lactancio, Cipriano, Clemente de Alejandría, Atenágoras el filósofo cristiano, y, generalmente, todos los escritores de aquella época. Ellos aprendieron que estos semi-hombres elementales se empeñaban en tener contacto con doncellas, y de a- lli

imaginaron que la caída de los Angeles sólo había o- currido por el amor que sentían por las mujeres. Ciertos Gnomos, deseosos de ser Inmortales, se propusieron conquistar el buen afecto de nuestras hijas, y trajeron abundantes piedras preciosas de las que son los guardianes naturales. Y estos autores, fundándose en el Libro de Enoc, al que comprendieron mal, pensaron que estos Angeles enamoradizos intentaron ofrecer esto a la castidad de nuestras esposas.

"Al comienzo, estos Hijos del Cielo engendraron famosos gigantes haciendo que las hijas de los hombres los amaran. (5) Los cabalistas ignorantes, Josefo y Filón, y después de ellos todos los otros autores que acabo de mencionar, lo mismo que Orígenes y Macrobio, dijeron que eran Angeles y que no habían sabido que fueran Silfos y otras criaturas de los elementos, que bajo el nombre de los Hijos de Elohim se distinguen de los hijos de los hombres. De modo parecido, lo que el Sabio San Agustín tuvo la modestia de dejar sin determinar, sobre las tareas que los llamados faunos y sátiros cumplieron con los africanos de su época, está aclarado, por lo que acabo de alegar, por el deseo que todos estos habitantes elementales tienen de aliarse con los hombres, como el único medio de alcanzar la inmortalidad que ellos no tienen.

"¡No, no! Nuestros Sabios nunca se equivocaron como para atribuir la caída de los primeros Angeles a su amor por las mujeres ni como para poner a los hombres bajo el poder del Demonio imputándole a éste todas las aventuras de las Ninfas y los Silfos, de las que los historiadores hablan tan extensamente. En todo eso nada había de criminal. Fueron los Silfos los que se empeñaron en ser inmortales. Sus ¡nocentes ocupaciones, bastante lejos de poder escandalizar a los Filósofos, nos parecieron tan justas que todos, por común consentimiento, decidimos renunciar por completo a las mujeres y brindarnos para la Inmortalización de las Ninfas y los Silfos."

—¡Buen señor!, —exclamé— ¿qué es lo que oigo? ¿Existió semejante maravilloso... a.....?

—Sí, hijo mío —me interrumpió el Conde—. ¡Admira el maravilloso acierto de los Sabios! En vez de las mujeres, cuya efímera belleza desaparece en breve tiempo y es seguida por horribles arrugas y fealdad, los Filósofos gozan bellezas que nunca envejecen y a las que tienen la gloria de hacer Inmortales. ¡Imagina el amor y el reconocimiento de estas señoras invisibles! ¡Con qué ardor se empeñan en complacer al caritativo Filósofo, que se esfuerza por Inmortalizarlas!

—¡Ay, señor!, —exclamé nuevamente— yo renuncio...

–Sí, hijo mío, –prosiguió él, sin dejarme terminar–, renuncia a los placeres efímeros que se tienen con las mujeres. El más bello de esos placeres es aborrecible en comparación con la Sílfide más sencilla. Los abrazos de nuestros Sabios jamás tienen disgustos como secuelas. ¡Oh, qué triste ignorancia! ¿Cómo has de lamentarte de que no tienes el poder para degustar los goces filosóficos?

–Desdichado Conde de Gabalís –lo interrumpí con un acento que era mezcla de cólera y compasión–, ¡permíteme decirte, al fin, que renuncio a esta

Sabiduría insensata, que considero muy ridícula esta Filosofía visionaria, que detesto los abrazos abominables que te hacen tomar afición por estos fantasmas, y que me estremezco por ti, y me pregunto si alguna de estas Sílfides ficticias no te precipitará al Infierno en medio de tus arrebatos y delirios y por temor, para que un hombre honrado como lo eres tú no perciba el final de su celo necio y quimérico y no se arrepienta de tan gran crimen!

–¡Ay, ay! –me contestó, retrocediendo dos o tres pasos; su mirada era brillante y su aspecto iracundo–. ¡Tropiece el Demonio con tu espíritu discol!

Su acción –debo confesarlo– me asustó; pero me espanté todavía más al percibir que, apartándose más de mí, sacó de su bolsillo un escrito, que, a esa distancia, pude ver fácilmente que estaba lleno de inscripciones. Pero no pude discernir bien de qué trataba. El lo leyó gravemente, y habló en voz baja. Supuse que estaba invocando a algún espíritu para mi perdición, y me arrepentí muchísimo de mi desconsiderado arranque. "Si escapo de esta aventura", dije para mí, "jamás tendré más trato con un cabalista". Fijé mi vista en él, como si fuera él un juez listo para condenarme a muerte, percibí que sus miradas se serenaron.

–Te es difícil –me dijo, sonriente, y acercándoseme otra vez–. Te es difícil patear contra el aguijón. Eres un vaso escogido. El Cielo te ordenó ser el máximo Cabalista de tu época. Mira el plano de tu nacimiento, que no puede fallar. Si no es ahora, y eso también por ni intermedio, será un gran prodigio, como lo muestra este Saturno retrógrado.

–Ay, señor –le dije–, si debo llegar a ser un Sabio, eso no será sino por medio del gran Gabalís. Pero, para ser franco contigo, me temo que te será difícil someterme a esta modalidad filosófica.

—Me parece —continuó él—, que debes estar mal instruido en física como para que no puedas persuadirte de la existencia de estas criaturas.

—No lo sé —le respondí—, pero no puedo imaginar que esto sea otra cosa que demonios disfrazados.

—¿Todavía crees más bien —me interrogó— en tus chifladuras que en la razón natural? ¿Crees en aquéllas más que en Platón, Pitágoras, Celso, Pselo, Proclo, Porfirio, Yámblico, Plotino, Trismegisto, Nolio, Dorneo y Fludd? (6) ¿Crees en aquéllas más que en el grande Felipe Aureolo Teofrasto Bombasto Paracelso de Hohenheim? (?) ¿Crees más en aquéllas que en toda nuestra Sociedad?

—Yo creería en ti —le repliqué—, tan pronto, o mejor dicho, más pronto que en todos estos. Pero, querido señor, ¿no podrías ordenar esta cuestión con el resto de tu Sociedad para que no me vea obligado a tener conocimiento carnal de estas damas elementales?

—¡Fuera de ahí, fuera de ahí! —me contestó—. Sin duda, estás en libertad; pues nadie ama, a menos que lo piense. Pocos son los Sabios que pudieron defenderse de los encantos de tales criaturas. Pero se ha observado que algunos que se reservaron total e íntegramente para grandes cosas, como a su tiempo lo sabrás, jamás hicieron este honor a las Ninfas.

—Entonces, me contaré entre ellos, —le dije—. Empero, tampoco puedo decidirme a perder tiempo con las ceremonias que me enteré que un prelado dice que deben ser practicadas por quienes se propongan conversar con sus genios.

—Ese prelado no sabía lo que decía- me dijo el Conde—. Pues pronto verás que los genios no existen. Además, ningún Sabio empleó jamás ceremonias ni superstición para entrar en tratos con el genio, como tampoco respecto de las criaturas de quienes hablamos.

"Los cabalistas (8) nada hacen sino a través de los Principios de la Naturaleza. Y si a veces en nuestros libros se encuentran palabras, signos y saumerios extraños, es sólo para ocultar a los ignorantes los Principios Filosofales. ¡Admira la sencillez de la Naturaleza en todas sus muy prodigiosas operaciones! Y, en esta sencillez, hay una armonía y una coincidencia tan grandes, justas y necesarias que, a pesar de ti mismo, te hará apartarte de tus débiles ficciones!

"Lo que ahora voy a decirte lo enseñamos a nuestros discípulos a quienes no les permitimos que entren por completo en el santuario de la naturaleza y a quienes, no obstante, no privamos del todo de la compañía de los elementales, por la compasión que tenemos hacia estos pobres desdichados.

"Las Salamandras, (9) como tal vez ya lo comprendiste, están compuestas por las partes sutilísimas de la esfera del fuego, conglobada y organizada por la acción del Fuego Universal (respecto del cual, un día te hablaré más), así denominado porque es el principal de todos los movimientos de la naturaleza..

"Los Silfos (10°) están compuestos, de manera parecida, por los átomos más puros del aire; las Ninfas(11), por las partes más delicadas del agua; y los Gnomos, (12) por las partes más sutiles de la tierra. Hubo una gran armonía entre Adán y estas criaturas tan perfectas. A causa de que están compuestas por lo que es muy puro en los cuatro elementos, Adán comprendió las perfecciones de estas cuatro clases de personas, y fue su rey natural. Pero desde la época en la que su pecado lo precipitó en los excrementos de los elementos, como después lo verás, esa armonía quebrantóse y dejó de haberla, volviéndose él impuro y denso en relación con estas sustancias tan puras y sutiles. ¿Cómo se remediará este mal? ¿Cómo volveremos a ascender a este trono y a recuperar esta soberanía que perdimos? ¡Ay, Naturaleza! ¿Por qué te estudian tan poco?

"¿No comprendes , hijo mío, con qué sencillez la Naturaleza puede devolver al hombre los bienes que éste perdió?

—¡Ay, señor! —repliqué—, soy muy ignorante en todas estas sencilleces de que me hablas.

—Sin embargo —prosiguió él—, es facilísimo ser conocedor de ellas.

"Si recuperáramos ese imperio sobre las Salamandras, deberíamos purificar y exaltar al elemento del Fuego que está en nosotros y elevar la tonalidad de esta cuerda que está floja. Sólo necesitamos concentrar el Fuego del Mundo con espejos cóncavos en una bola de cristal. (13) Y he aquí la gran obra de arte que todos los antiguos ocultaron tan religiosamente, y que el divino Teofrasto descubrió. En esta bola se forma un polvo solar, que cuando se purifica de la mezcla de otros elementos y se lo prepara según el arte, al poquísimos tiempo se torna soberanamente adecuado para exaltar al Fuego que existe en nosotros y volvernos (según nuestra frase) de Naturaleza Ignea.

Desde esa época, quienes habitan en la esfera del Fuego fueron nuestros inferiores, encantados de ver restablecida nuestra mutua armonía, y porque nos acercamos a ellos una vez más. Son muy amables con nosotros a quienes consideran de su propia especie, nos tributan muchísimo respeto como imagen y lugartenientes del

Creador, y se interesan muchísimo para que se patenticen sus deseos de obtener, por medio de nosotros, la inmortalidad que quieren. Es verdad que, puesto que son más sutiles que los de los demás elementos, viven un tiempo muy largo, y por ello no se propasan importunando a los Sabios para que los hagan inmortales. Puedes arreglarte con una de ellas si la aversión que me testimoniaste no perdura en ti hasta el final. Tal vez esa criatura nunca te hable de lo que tanto temes.

"No ocurrirá lo mismo con los Silfos, los Gnomos y las Ninfas, quienes, por vivir menos tiempo, nos necesitan más; por eso, es más fácil lograr familiarizarse con ellos. Sólo necesitas llenar una ampolla con porciones de aire, agua o tierra, taparla y exponerla al sol durante un mes. Separa luego al elemento según el arte, lo cual es facilísimo de hacer si se trata de tierra o de agua. Es algo maravilloso ver qué virtud tiene cada uno de estos elementos purificados para atraer a las Ninfas, los Silfos y los Gnomos. Basta que cada día tomes una porción de cada sustancia, durante más o menos un mes, para que veas en el aire a la República voladora de los Silfos; las Ninfas aparecerán en los bajíos; y frente a ti estarán los guardianes de los tesoros, obsequiándote con sus riquezas. Así, sin signos, sin ceremonias, sin palabras bárbaras, eres amo absoluto de todas estas criaturas. Ellas no necesitan que el Sabio las adore, puesto que saben bastante bien que éste las supera en nobleza. Así, la venerable naturaleza enseña a sus hijos a restaurar a los elementos con los elementos. Así, se restablece la armonía. Así, el hombre recupera su imperio natural y puede hacer de todo en los elementos, sin Daimon ni arte ilegítimo. Así ves, hijo mío, que los Sabios son más inocentes de lo que pensaste. Nada me dices...

—Señor —le dije—, empiezo a temer que me conviertas en un químico...

—¡Ay! ¡Dios te guarde de eso, hijo mío! —exclamó—. No es a estas boberías que tu natividad se refiere. Por el contrario, te garantizaré que eso no te perturbe. Ya te dije que los Sabios no muestran estas cosas, salvo a quienes no admitirán en su Compañía. Tendrás todas estas ventajas, y otras infinitamente más gloriosas y agradables, por medios claramente más filosóficos. No te habría descripto estos métodos, si no fuera para que vieras cuán inocente es esta Filosofía, (14> y apartarte de estos temores.



–Doy gracias a Dios, señor –le contesté–, de que ahora no tengo el miedo que tenía antes. Y aunque todavía no sé a ciencia cierta cuál es el arreglo que me propones con las Salamandras, no puedo reprimir mi curiosidad de saber cómo descubriste que estas Ninfas y estos Silfos mueren.

–Verdaderamente –me replicó–, ellos nos lo cuentan, y nosotros los vemos morir.

–¿Cómo es que puedes verlos morir –le pregunté–, si tu trato con ellos los vuelve inmortales?

–Eso concordaría –prosiguió–, si la cantidad de Sabios fueran igual a la cantidad de estas criaturas. Además de eso, hay muchas de ellas que prefieren morir a correr el riesgo de que, por ser inmortales, sean tan desdichadas como ven que lo son los demonios. Y es el Demonio quien les inspiró estas opiniones, pues no hay maldad que él no realice para impedir que estas pobres criaturas, aliándose con nosotros, sean inmortales. De manera que considero (y tú, hijo mío, debes considerarlo así) como una muy perniciosa tentación, y un acto muy poco caritativo, tener hacia esto la aversión que demuestras."Además, y en relación con la muerte de ellas, de las que tú hablas: ¿Qué fue lo que obligó al Oráculo de Apolo a decir que –lo mismo que él, (como lo refiere Porfirio)– todos los que pronuncian oráculos son mortales? ¿Y qué piensas que significó aquella voz que se oyó en toda la costa de Italia y aterrizó tanto a todos los que estaban sobre el mar: ¡EL GRAN PAN HA MUERTO! ”? (15) Fueron las criaturas del aire quienes a- noticiaron a las del agua que el caudillo y más anciano de todos los Silfos acababa de morir.

–En aquella época, cuando se oyó esta voz –le dije–, supongo que el mundo adoraba a Pan, y a las Ninfas. Y que estos caballeros, de cuyo trato me estás sermoneando, eran los dioses falsos de los paganos.

–Es verdad, hijo mío –me replicó–, que los Sabios fueron siempre de opinión que el Demonio nunca tuvo poder para hacerse adorar. Es demasiado desdichado y débil como para haber tenido este goce y esta autoridad. Pero él pudo persuadir a las huestes elementales a que se mostrasen a los hombres, haciendo que les erigieran templos, y por el dominio natural que cada uno tiene sobre el elemento en que habita, perturbaron el aire y el mar, pusieron a la tierra en combustión, y administraron el Fuego del Cielo, según su humor, por lo que no les fue muy difícil que los confundieran con deidades, mientras el Ser Soberano diferiera la Salvación del Mundo. Pero el Demonio

nunca se benefició totalmente con su maldad, como esperaba hacerlo, pues sucedió que. desde entonces, Pan, las Ninfas y el resto de las criaturas elementales, luego de encontrar el medio para cambiar este trato de adoración por un trato de amor (ya que tal vez recuerdes que, entre los antiguos, Pan era el rey de los dioses a los que llamaban íncubos, y quien siempre buscó ansiosamente entrar en familiaridad con las doncellas), muchos paganos escaparon del Demonio y jamás se quemarán en el Infierno.

—No te comprendo bien, señor, —le dije.

—No estuviste bastante dispuesto a comprenderme —continuó, sonriente, y con tono de mofa—. ¡Mira por donde cruzas! Y, de modo parecido, por donde cruzan tus doctores, que no saben ¡qué es lo que estos excelentes físicos quieren decir! Observa el Gran Misterio de toda esta parte de la Filosofía, que concierne a los elementos, ¡y que te quitará (si tienes un poquito de amor por ti mismo) esta repugnancia hacia la Filosofía que hoy me testimoniaste! Apréndelo, entonces, hijo mío, y no vayas a divulgar este gran Arcano a los ignorantes indignos. Aprende que tal como los Silfos adquieren un Alma Inmortal aliándose en sus tratos con los hombres que están predestinados, de igual modo también los hombres que no tienen derecho a la Gloria Eterna —esos miserables desdichados cuya inmortalidad es sólo un lamentable beneficio, para quienes el Mesías no fue enviado...

—Entonces, ¿vosotros, los caballeros de la Cábala, sois algo así como jansenistas? —lo interrumpí.

—No sabemos qué es eso, hijo mío —continuó, algo enojado —, y desdeñamos informarnos sobre los pormenores de distintas sectas y diversas religiones con las que los ignorantes embrollan sus cabezas. Nosotros nos atenemos a la antigua religión <16> de nuestros Padres, los Filósofos, en la que es muy necesario que te instruya...

"Pero, para volver otra vez al tema: Estos hombres, cuya triste inmortalidad es sólo una desgracia eterna, los hijos desdichados a quienes el Padre Soberano abandonó, tienen también este recurso de que pueden

ser mortales estableciendo una alianza con estas criaturas elementales. Por ello, ya ves que los Sabios nada arriesgan por la eternidad. Si están predestinados, <17> tienen el goce de llevar consigo al Cielo (al abandonar la prisión de este cuerpo) a la Sílfide o a la Ninfa que inmortalizaron. Pero si no están predestinados, el trato de la Ninfa hace que las Almas de los Sabios sean mortales y los libra de los horrores de la

segunda muerte. Por eso, el Demonio ve escapar a todos los paganos que se unen con las Ninfas. Por eso también, los Sabios, o los amigos de los Sabios, cuando Dios nos inspira a comunicar a alguien los Cuatro Secretos Elementales (que te acabo de enseñar), se libran del riesgo de ser condenados."

—¡No es mentira, señor! —exclamé, sin atreverme a ponerlo otra vez de mal humor y juzgando necesario no decirle por el momento francamente mi opinión hasta que yo descubriera todos los Secretos de su Cébala, que por esta vislumbre consideré que debían necesariamente estar llenos de goce y diversión—. ¡No es mentira! ¡Elevas la Sabiduría a gran altura! Tenías razón al decirme que esto superaba a todos nuestros doctores ¡Y creo que, de modo parecido, supera a todos nuestros magistrados también! Si pudieran descubrir quiénes fueron los que escaparon del Demonio por este medio (pues la ignorancia es muy injusta), se pondrían de parte del Demonio contra estos fugitivos, y muchos serían de la partida en favor de él.

—Sí, es por eso —continuó el Conde— que te ordené tan estrictamente, y te lo ordeno de nuevo, que mantengas religiosamente este Secreto. (18) ¡Tus jueces son personas extrañas! Condenan una acción inocentísima como un crimen funesto. ¡Qué barbarie fue consumir en la hoguera a aquellos dos sacerdotes de quienes el Príncipe de Miranda dijo saber que cada uno de ellos había tenido consigo a su Sílfide por espacio de cuarenta años! ¡Qué inhumano fue condenar a muerte a Joan Herviller por haber trabajado cuarenta y seis años para inmortalizar a un Gnomo! ¡Y qué tamaña ignorancia fue la de Bodin que la representó como una bruja, lo cual él desde entonces aprovecharía para autorizar las equivocaciones del vulgo sobre los falsos hechiceros en un libro que tiene tanto de impertinente como su obra De la República lo tiene de razonable!

"Pero es demasiado tarde. No me parece bien que no hayas comido todavía."

Eso te concierne , señor, —le dije—. De mi parte, podría escucharte hasta mañana sin inconveniente.

—¡Me concierne! ¡Ay!— me replicó, riendo, mientras caminaba hacia la puerta—. Fácilmente se advierte cuán poco comprendes qué es la Filosofía. Los Sabios (19) sólo comen para su goce, nunca por necesidad.

—Yo tenía una idea muy opuesta acerca de la Sabiduría, —le respondí—. Pensaba que vosotros, los Sabios, nunca comíais, salvo para satisfacer a la naturaleza.

—Te engañas, —me dijo el Conde—. ¿Cuánto tiempo crees que nuestros Sabios pueden subsistir sin comer?

—¿Cómo podré decírtelo? —le contesté—. Sabes que Moisés y Elias ayunaron durante cuarenta días. No tengo duda de que vosotros, los Sabios, podéis ayunar unos pocos días menos.

—Qué hecho grandioso sería ése! —me replicó—. El hombre más sabio que existió, el divino, el casi adorable Paracelso, afirma haber visto a muchos Sabios ayunar durante veinte años sin comer nada de nada. El mismo, antes de alcanzar la Monarquía de la Sabiduría, de la que acabamos de obsequiarlo con el cetro, él, digo, se propuso vivir muchos años sin comer, ingiriendo solamente medio escrúpulo de su Quintaesencia Solar. Y si tuvieras el placer de hacer que alguien viva sin víveres, sólo necesitas preparar la tierra, como te dije que debías prepararla, para tener la compañía de los Gnomos. Esta tierra, aplicada al ombligo y renovada cuando está demasiado seca, hará que cualquier persona viva sin comer ni beber, y eso sin problemas.

"Y el uso de esta medicina católico-cabalística nos libra mucho mejor de todas las molestas necesidades a las que la naturaleza somete a los ignorantes. Sólo comemos cuando nos place; y nunca nos avergonzamos de ser hombres, pues los desechos de los alimentos (20) desaparecen mediante una transpiración que no se percibe".

Aquí detuvo su marcha, al advertir que estábamos cerca de nuestros sirvientes. Luego, nos dirigimos a la aldea para tomar un corto refrigerio, siguiendo la costumbre de los héroes filosóficos.

## NOTAS DE LA PLATICA SEGUNDA

Está situado en el Departamento de Sena y Oise, en Francia, a 14 kilómetros de París. La ciudad está al pie de las cimas en las que, en el siglo XVII, se alzaba la magnífica residencia del Cardenal Richelieu con sus dos capillas, un centenar de fuentes y elevadas cascadas cubiertas de balaustradas. Entre 1621 y 1642, el Cardenal y Ministro estableció y mantuvo un castillo y una hacienda en Rueil, que eclipsó a los del Rey de Francia. La vasta colección de curiosidades indescriptibles, los extensos jardines, los soberbios naranjales, grutas, fuentes y cascadas superaban a todo lo que pudiera encontrarse en otro sitio. Estos célebres jardines, ensalzados por escritores de su época y envidiados por el rey Luis XIV son, sin embargo, un ejemplo de cuán efímero es todo lo que el hombre construye con sus manos. Poco a poco fueron deteriorándose y fueron destruidos durante la Revolución Francesa. En la actualidad, de ellos casi no quedan rastros.

Su horóscopo.

El renunciamiento —o sea, el hecho de que el yo se libere de todos los pensamientos, sentimientos y deseos indeseables—, es la piedra de toque de la Iniciación Filosófica.

En otras palabras, a su debido tiempo, mediante

instrucción y guía específicas en cuanto a conocimientos ocultos, el abate "vería claramente". Sin embargo, a esta altura, impedido por lo bajo y lo carnal, sólo pudo ver "como si fuera a través de un vidrio oscuro".

Como está escrito en el Génesis 5:1 -4:

"Aconteció que cuando comenzaron los hombres a

multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas.

"Y dijo el Señor: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años.

"Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre".

Robert Fludd, que nació el 9 de julio de 1574, en Bearsted, Kent, Inglaterra, fue uno de los primeros rosacruces y alquimistas. Su padre era un Caballero al servicio de la reina Isabel I. Fludd recibió los títulos de bachiller y maestro en artes por el Colegio de San Juan, en Oxford, luego de lo cual estudió medicina en Francia. En el Continente se familiarizó con la teoría médica de Paracelso, que prosiguió con entusiasmo en Alemania. También estudió la Ciencia Hermética, y viajó extensamente por toda Europa antes de volver a Londres para practicar su profesión. Cinco años después que recibió el título de doctor en medicina, fue miembro de la Facultad de Medicina de Inglaterra. Sus medicinas las preparaba según la modalidad de Paracelso. A. Fludd, prolífico autor de libros sobre los Misterios Filosóficos, se lo considera el primer Hermano de la Luz que tuvo tratos con las Jerarquías Celestiales. Coincidió con la Filosofía de Trismegisto en que Dios es la Luz que está oculta en la oscuridad, o sea, en el cuerpo innoble del hombre, el cual, cuando se transmuta, permite que la Luz –el Alma– brille a través de él. Todos sus escritos filosóficos trataron sobre los Misterios del Fuego y de la Luz. Murió en septiembre de 1637, en Londres, y fue inhumado en su Bearsted natal.

Felipe Aureolo Teofrasto Bombasto, de Hohenheim, nació en Einsiedeln, Suiza, el 17 de diciembre de 1493. A los 13 años de edad, ingresó en el convento de San Andrés, en el que fue educado por los obispos de la Iglesia y se lo introdujo en los Misterios de la transmutación. En San Andrés se lo puso en contacto con el Abad de San Santiago, en Wurtzburg, Juan Tritemio, uno de los grandes maestros y estudiosos de los Misterios Filosóficos de aquella época. A los 16 años de edad Bombasto ingresó en la Universidad de Basilea y en ella estudió la Cábala, alquimia y la Filosofía de la Luz con Tritemio. Luego de morir éste, Bombasto estudió con Segismundo Fugger, y después de esto viajó extensamente por toda Europa, prestando servicios como médico y cirujano del ejército. En 1525, luego de actuar en las guerras de Venecia, volvió a Basilea, y allí fue nombrado por el Municipio profesor de física, medicina y cirugía. Sin embargo, sus métodos de práctica médica estuvieron en conflicto con la autoridad organizada de aquel tiempo. Denunció a la filosofía médica reinante en el sentido de que la enfermedad provenía de Dios por su voluntad directa como advertencia o castigo, de las influencias del Demonio y sus representantes, de los astros, o de trastornos de los fluidos y humores

del cuerpo. Para Paracelso, que para entonces era conocido, la verdadera ciencia médica se basaba en la naturaleza. Él creía que las enfermedades del hombre no se originaban todas dentro de él mismo sino que provenían de las influencias que él permitía que actuaran sobre sí. Diagnosticaba y curaba objetivamente las enfermedades, teniendo especial cuidado de que a las medicinas puras se las obtuviera y preparara correctamente. Como tal, fue el Padre de los conceptos médicos modernos. Su conocimiento de la alquimia, la Cábala y la filosofía se combinaba en su labor curativa. Abandonó Basilea en 1529, viajando por toda Europa y Asia Menor, hasta la India, observando y aprendiendo, enseñando y practicando. Su vida se extendió hasta el final de las Edades Oscuras, cuando autoridades corrompidas y envilecidas mantenían a la humanidad en la ignorancia, y el período del Renacimiento de la ciencia, el arte y la medicina, cuando los hombres pudieron empezar a decir: "Estamos de rodillas; levantémonos". En su Credo, Paracelso escribió sobre su deseo de ayudar a la humanidad, y su gran legado no sólo para la medicina sino también para la filosofía se basó en su objetividad, su intrepidez y su amor por su semejante. Murió en setiembre de 1541.

Los cabalistas recurrieron al origen de la verdadera ciencia en sus esfuerzos por dominar la Sagrada Cábala, o tradición de los Hijos de Seth, tomada de Caldea por Abraham, la cual a su vez fue comunicada por José al Sacerdocio egipcio, acopiada por Moisés, oculta con símbolos en la Biblia, revelada por el Nazareno a San Juan, y, finalmente, encarnada en su plenitud en el Apocalipsis de aquel Apóstol Amado.

Las Salamandras están muy próximas al Alma del hombre, pues el Alma está compuesta por fuego. Dios es un Fuego que Consume, y ¡la base del Amor mismo es el Fuego!

Los Silfos son suaves y benévolos, amistosos con el hombre; a través de ellos, el hombre recibe su fuerza máxima, pues ¡ellos son el "Elemento de la Vida" o el Principio Vital del Aire!

Las Ninfas u Ondinas son también extremadamente amables y amistosas con la humanidad.

No es estrictamente cierto que los Gnomos se deleiten con la maldad. Principalmente, son guardianes de los tesoros de la tierra, y, como tales, celosos de la confianza que se les dispensó. Sin embargo, hay un modo de cortejarlos para poder obtener mucho bien de ellos.

¡El proceso del despertar de nuestra Alma! Nosotros somos la bola de cristal, y dentro de nosotros concentramos el Fuego, reflejándolo en el Centro de nuestra Alma.

La Iniciación Filosófica no se interesa por los fenómenos ni por las manifestaciones, pues éstos nada tienen que ver con un beneficio espiritual para el neófito. La Iniciación Filosófica está consagrada íntegramente a la sublime Filosofía de que el hombre puede elevarse, vencer a los elementos viles y carnales que existen dentro de él, convirtiéndose en Amo entre los hombres y entre los elementales.

Pan era "hijo de Dios y de humana". La leyenda le acredita ser el hijo de Hermes y Penélope. Un himno homérico, que cuenta su nacimiento, relata cómo Hermes lo llevó al Olimpo, en el que deleitó a los dioses. Los griegos llamaban a Pan "el enunciator de todo y el motor perpetuo de todo".

Los antiguos Filósofos eran versados en todo lo que se sabía de astronomía, astrología, magia, alquimia, zoología, química y la prolongación de la vida, junto con la Inmortalización del Alma. Parte de su sistema era la filosofía de los gnósticos, de Pitágoras, Aristóteles y los árabes. Estaban justificados al creer que es posible un contacto con el Mensajero Angélico en todas las etapas de la existencia. En este mundo, denso y en la esclavitud de la materia, ese contacto es esporádico, porque nuestros sentidos materiales no están adaptados para percibirlo. Tal como la Naturaleza Espiritual trasciende lo material, de igual modo las Leyes Ocultas del universo trascienden las leyes de la materia



que nosotros conocemos.

El hombre entra en este mundo no sólo con genes físicos impartidos por sus padres sino también con genes Espirituales de encarnaciones anteriores. De manera que si el hombre se preparó en una encarnación anterior para la Consciencia del Alma, y sigue con esfuerzo y deseo personales, la podrá alcanzar o cumplir en esta vida. Como siempre el deseo es el imán que atrae sus necesidades.

Tarde o temprano, al neófito se le confían los "secretos" que el profano poco conoce. Si es fiel a la Ley del Silencio, recibirá aún más cuando se prepare para ellos. De allí el axioma que dice: "Quienes conocen no hablan; quienes hablan no conocen".

Como lo indicara el Conde: "Los Sabios sólo comen para su goce, nunca por necesidad". Quienes vencieron sus debilidades y defectos se hallan en una fase distinta de la Ley Divina, como la que sigue el Iniciado. Nada le está vedado a quien triunfó: dominó el apetito y los deseos. Mediante el proceso de obtención de ese Magisterio, aprendemos el uso acertado de todas las cosas y a no abusar de ninguna. El Iniciado Filosofal alcanza el equilibrio en todos los planos de la existencia y utiliza todas las fuerzas inherentes del "aire" y del "fuego", de modo que su vida celular está en un "mundo ígneo", que ¡necesita muy poco para mantener la vida!

Una persona depurada necesita alimento puro; pero, para la persona no depurada, lo denso e impuro (el pan blanco desnaturalizado, el azúcar blanca, etc.) resulta al comienzo un lujo y después una necesidad (un hábito o una adicción). Si al cuerpo se lo alimenta de más o se lo sobreestimula con bebida, el elemento o la naturaleza emocional se activará en exceso y el intelecto se debilitará. Alimento o bebida demasiado estimulante es algo dañino para la Evolución Superior porque en tales casos la vida se retirará de los principios superiores y elevadores y se relegará al trabajo en los principios carnales inferiores del hombre.

Grandes cantidades de alimento, como lo implica el Conde, son dañinos por la misma razón, o sea, el principio de la vida que transforma a las energías inferiores en energías superiores es el mismo principio que causa la digestión del alimento. Por tanto, si este principio se malgasta en los órganos inferiores, los órganos superiores sufren.

# PLATICA

## TERCERA

DESPUÉS de comer, cuando regresamos al laberinto, yo estaba algo melancólico. La lástima que sentí ante la extravagancia del Conde (que advertí claramente que era incurable) me impidió complacerme tanto como yo debía por todo lo que me dijera, si es que yo hubiera tenido alguna esperanza de hacerlo volver a sus cabales. Busqué algo antiguo que él no pudiera contestarme, a fin de confundirle. Yo sabía que hablarle sobre la sabiduría de la Iglesia sería en vano, puesto que él me había declarado su única adhesión a la antigua religión de sus padres, los Filósofos. Y haberme puesto a convencer a un Cabalista mediante la razón hubiera sido una empresa completamente frívola. Además, no me interesaba aventurarme a discutir con un hombre cuyos principios yo todavía no comprendía.

Se me ocurrió que lo que me dijera sobre los dioses falsos, a los que él suplantara con los Silfos y las demás criaturas elementales, podría ser refutado con los Oráculos de los paganos, que las Escrituras mencionan siempre como demonios, no como Silfos. Pero, como yo no sabía si, en el sentido de su Cábala, el Conde no atribuiría las respuestas de los Oráculos a alguna causa natural, creí que no sería inadecuado hacer que me explicara su opinión concreta sobre esto.

Me dio una buena oportunidad para que él entrara en materia. Estábamos por ingresar en el laberinto, cuando el Conde se volvió hacia el jardín y me dijo:—En verdad, es muy hermoso, y estas estatuas constituyen un noble espectáculo.

—El Cardenal —le repliqué— que hizo colocarlas aquí, tuvo una imaginación un poco indigna de su gran genio. Imaginó que la mayoría de estas imágenes había formulado Oráculos, y este mismo engreimiento lo pagó caro.

—La flaqueza de muchas personas consiste —me dijo el Conde— en que su ignorancia las hace cometer diariamente una especie de idolatría que es muy criminal, puesto que cuidan tanto y tienen en tan grande estima a los ídolos, y creen que, hasta

ahora, el Demonio ha hecho uso de éstos para hacerse adorar.

"¡Oh Dios!, ¿nunca se sabrá en el mundo que Tú, desde el nacimiento de los tiempos, precipitaste a Tus enemigos bajo Tu escabel? ¿Y que a los Demonios 0) los mantienes prisioneros en la profundidad de la tierra, en torturantes tinieblas?

"Esta curiosidad, algo censurable, de congregar de esta manera a estos ficticios órganos de los Demonios podría ser inocente, hijo mío si consintieran en persuadirse de que a los Angeles de las tinieblas nunca se les permitió pronunciar Oráculos."

—No creo —lo interrumpí— que sea cosa fácil efectivizar esta máxima entre los ilustrados, pero se lo podría intentar con los de sólidas dotes, pues no hace mucho, en una reunión celebrada expresamente sobre este tema por la gente de mayor talento, se decidió que todos estos Oráculos ficticios eran sólo argucias de los avaros sacerdotes de los gentiles, o una estratagema política de los príncipes.

—Quienes efectuaron esta reunión y decidieron así esta cuestión —preguntó el Conde—, ¿eran mahometanos, enviados ante vuestro rey como una delegación?

—No, señor, —le respondí.

—¿De qué religión eran entonces estos caballeros, —continuó— puesto que en nada estiman a las Sagradas Escrituras, que en tantos pasajes hacen mención de tantos Oráculos distintos, y, principalmente, de las Pitonisas, las cuales se afincaban y brindaban sus respuestas a través de aquellas partes que tenían por finalidad multiplicar la Imagen de Dios?

Le contesté dándole los ejemplos de quienes hablaban desde sus vientres y le recordé a mi acompañante que el rey Saúl había proscrito esto de su reino, en el que, no obstante, encontró a quien le predijo su muerte, y cuya voz tuvo la fuerza admirable como para resucitar a Samuel a su arbitrio, y para perdición de aquél. Empero, estos sabios nunca decidieron de otro modo que en el sentido de que nunca hubo Oráculos.

—Si las Escrituras no lo muestran claramente—dijo el Conde—, podrían convencerse por toda la antigüedad, de la que sería cosa fácil exhibir mil pruebas maravillosas, como lo son tantas vírgenes, (2) grandes con el destino de los mortales, que daban la buena o la mala fortuna de quienes las consultaban.

—¿Por qué —me preguntó el Conde— no los remites a Crisóstomo, Orígenes y

Ecumenio, que hacen mención de los Hombres Divinos a quienes los griegos llamaban ENGASTRIMANDRES, cuyos vientres proféticos pronunciaban, con voz inarticulada, tales famosos Oráculos? Y, si tus caballeros no amaran a las Escrituras ni a los Padres, entonces podrías haber tomado el ejemplo de aquellas doncellas milagrosas, de las que hablara el griego Pausanias, las cuales se transformaban en palomas y, con esa forma, brindaban los Oráculos de las Colombae Dodonides.

"O podrías haber dicho, para gloria de tu nación, que hace mucho tiempo existieron en la Galia aquellas ilustres doncellas que se metamorfoseaban en todas las figuras, según el gusto de quienes las consultaban, y quienes (además de los Oráculos famosos que brindaban) tenían un maravilloso dominio sobre las naves en el mar y una autoridad curativa soberana sobre las enfermedades más incurables."

—Habrían rechazado como apócrifas a todas estas pruebas excelentes, —le dije.

—¿Eso se debe —continuó— a que la antigüedad se tornó sopechosas? Deberías haber hecho referencia a los Oráculos, que todavía se formulan diariamente.

—¿En qué parte del mundo? —le pregunté

—En París, —me replicó.

—¡En París! —exclamé.

—Sí, en París, —repitió—. ¿Eres maestro en Israel y no sabes eso? ¿No consultan diariamente a los Oráculos de agua en vasos de agua o en jofainas? ¿Y a los Oráculos de aire en espejos o en las manos de las doncellas? ¿No recuperaban de este modo los collares y brazaletes perdidos y los relojes robados? ¿De este modo no se enteran de noticias de países lejanos? ¿Y no pueden ver a los que están ausentes?

—Señor, —inquirí— ¿qué es lo que me dices?

—Te digo —replicó—, lo que estoy seguro de que ocurre todos los días y de lo que no será difícil encontrar mil testigos oculares.

—No lo creo, señor —le repliqué—. Los jueces aplicarían severo escarmiento a quien hallaran culpable de semejante acción punible, y jamás consentirían tal idolatría...

—¡Ay, qué discreto eres! —me interrumpió el Conde—. En todo esto no hay tanto de

malo como piensas. Y la Providencia nunca permitirá que estos restos de la Filosofía sean enteramente extirpados, los cuales escaparon al triste naufragio que la Verdad sufrió. Si entre la gente hubiera quedado algún vestigio del Poder Ilustre de los Nombres Divinos, ¿abogarías por su destrucción? ¿Harías que las personas perdieran el respeto y el reconocimiento que se debe al gran nombre de A- GLA, (3) que realiza todas estas maravillas, aunque lo invoquen los ignorantes y los pecadores, y que produciría muy diferentes milagros en boca de un cabalista? Si hubieras convencido a estos caballeros sobre la verdad de los Oráculos, sólo necesitarías haber exaltado tu imaginación y tu fe, y, volviendo tu rostro hacia el Este, hubieras gritado estentóreamente: AG...

—¡Detente, señor!, —lo interrumpí—. No me hubiera atrevido a poner en ejecución esta clase de argumentación ante personas tan corteses como las que estaban conmigo pues me habrían tomado por loco. Ciertamente, no habrían tenido fe en todo esto. Y si yo hubiera sabido efectuar esta operación cabalística de la

que me estás hablando, jamás habría salido de mi boca, porque yo tengo aún menos fe que ellos.

—Bien, bien —me dijo el Conde—, si no la tienes, haremos que venga a ti. Pero además, si hubieras pensado que tus caballeros no habrían dado crédito a lo que podrían haber visto diariamente en París, podrías haberles recitado un relato de fecha muy reciente, el Oráculo que Celio Rodígino dijo haber pronunciado hacia fines del siglo pasado: se trata del Oráculo pronunciado por un hombre extraordinario, que hablaba y predecía cosas que ocurrirían, a través del mismo órgano que empleara el Euricles mencionado por Plutarco.

—Yo no habría citado a Rodígino, —le contesté—. .a cita hubiera sido pedante. Además, en una proporción de diez a uno, algunos de ellos me hubieran dicho que este hombre estaba ciertamente poseído por un demonio.

—Esa sería una expresión muy frailuna, — me replicó.

—Señor, —lo interrumpí— a pesar de esa aversión cabalística que percibo que tienes hacia los frailes, no puedo dejar de estar del lado de éstos en esta cuestión. Creo que no hay tanto de malo en negar cabalante que hubiera habido Oráculos o algo parecido, como en decir que no había un Demonio que hablaba en ellos. Y esto porque, en una palabra, los Padres y los teólogos...

—Porque, en una palabra —me interrumpió—, ¿los teólogos no coincidían con la sabia Sambeta, que era más vieja de todas las Sibilas, e hija de Noé?

–Está bien, señor, –le dije–. ¿Y qué hay con ello?

–¿No dijo Plutarco –prosiguió–, que la Sibila más antigua fue la primera que pronunció los Oráculos en Delfos? Este Espíritu que Sambeta alojaba en su vientre no era, pues, un demonio, ni su Apolo era un dios falso, puesto que la idolatría no empezó sino largo tiempo después de la división de las lenguas. Y sería muy absurdo atribuir al Padre de las Mentiras los libros sagrados de las Sibilas (4) y todas las pruebas de la Religión Verdadera (5) que los Padres extrajeron de ellos.

Y continuó, sonriendo: –Hijo mío, tampoco te corresponde romper el matrimonio que un gran cardenal estableció entre David y la Sibila, ni acusar a esta persona conocedora por haber puesto, paralelamente, a un gran profeta con una infeliz energúmena. Y esto porque o bien David fortalece el testimonio de la Sibila, o la Sibila debilita la autoridad de David.

–Te ruego, señor –lo interrumpí–, que empieces otra vez en serio.

–Lo haré, lo haré –me dijo–, con la condición de que no me acuses demasiado por ello. Según tu opinión, ¿el Demonio se divide alguna vez contra sí mismo? ¿Y, en alguna ocasión, está contra sus propios intereses?

–¿Porqué no?–le pregunté.

–¿Por qué no? –me replicó–. Porque no encuentra conveniente lo que Tertuliano llamó tan feliz y magníficamente la Razón de Dios. Satanás (6) jamás se divide contra sí mismo. De donde se colige que el Demonio nunca habló en los Oráculos, o que nunca habló contra sus propios intereses. Y, en consecuencia, si los Oráculos hablaron contra los intereses del Demonio, no era el Demonio el que hablaba en los Oráculos.

–Pero –le dije–, ¿Dios no podría haber obligado al Demonio a dar testimonio de la verdad y hablar contra sí mismo?

–Sin embargo, –me contestó– ¿y si Dios no lo obligara?–

– Bueno, en ese caso –le contestó–, ¡tendrías menos razón que los frailes!

–Veamos, entonces, –prosiguió–. Avancemos indómitos y como buenos cristianos. No presentaré los testimonios de aquellos Oráculos a los que hacen referencia los Padres de la Iglesia, aunque estoy persuadido de la veneración que tienes hacia estos grandes

hombres. Podrían haber primado sobre ellos la religión y el interés. Y su celo por la verdad podría haberlos inducido –puesto que esa verdad estaba bastante fría y desnuda en su época– a buscar algo con qué cubrirla, ya fuera un hábito o un ornamento, aunque fuera de la falsedad misma. Eran hombres y, en consecuencia, ateniéndonos a la máxima del Poeta de la Sinagoga, (7) pueden haber sido testigos infieles.

"Por eso, estoy a punto de presentar a un hombre que en esta causa no-puede suscitar recelo: es un pagano, y un pagano muy distinto que Lucrecio, Luciano o los epicúreos; un pagano que creía realmente que hay dioses y demonios innumerables. Fue un hombre por demás supersticioso y un gran mago, o estoy muy Bquivocado al decirlo, y en consecuencia, un gran amigo del Demonio. Se trata de Porfirio. He aquí algunos oráculos que él menciona, palabra por palabra:

### ORACULO

¡Sobre el Fuego Celestial hay una Llama Incorruptible, siempre centelleante, que es Fuente de Vida, fuente de todos los Seres, Origen de todas las Cosas! Esta Llama produce todas las cosas; y nada perece, salvo lo que Ella consume. Ella Se hace conocer por sí Sola. Este Fuego no puede ser contenido en sitio alguno. Carece de cuerpo, carece de materia. Abarca los Cielos; y de ella sale una Chispita que constituye todo el Fuego del Sol, de la Luna y de las Estrellas. ¡He ahí lo que de Dios conozco! No te empeñes en saber más de El, pues eso está más allá de tu capacidad, por sabio que seas. En cuanto al resto, ¡has de saber que el injusto y el inicuo no puede ocultarse de la Presencia de Dios! Ninguna argucia, ninguna excusa podrá esconder nada de Sus Ojos penetrantes. ¡Todo está colmado de Dios, y Dios está en Todo! (8).

–Hijo mío, ves que este Oráculo no favorece muchísimo al Demonio.

–Al menos –le contesté–, en esto, el Demonio está muy lejos del carácter que se le atribuye.

–Aquí hay otro –me replicó–, que es aún mejor:

### ORACULO

¡En Dios hay una Llama Inmensamente Profunda! No obstante, el corazón no debe temer tocar a esta Llama Adorable, ni ser tocado por Ella. Nunca será consumido por este Fuego tan Suave, cuyo Calor moderado y tranquilo constituye la Ligazón, la Armonía y la Duración del Mundo. Nada subsiste sino mediante este Fuego, que es Dios Mismo. Nadie lo

engendró: El no tiene madre. Conoce todas las cosas y nada puede enseñársele. Es infalible en Sus Designios, y Su Nombre es inefable. ¡He ahí, ahora, qué es Dios! En lo que respecta a nosotros, que somos Sus Mensajeros, SOLO SOMOS UNA PORCIONCILLA DE DIOS. (9)

–¡Y bien, señor! ¿Qué dices ahora de esto?

–Respecto de estos dos Oráculos –le contesté–, yo diría que Dios puede obligar al Padre de las Mentiras a que dé testimonio de la Verdad. –Te ruego, entonces, que observes otro –continuó el Conde–, que te libraré de este escrúpulo:

### ORACULO

¡Plañid, Trípodes, y recitad la oración fúnebre de vuestro Apolo! ¡El es mortal! ¡Va a morir! ¡Se extinguió! Porque la Luz de la Llama Celestial lo hace extinguir.

–Hijo mío, ves claramente, que sea quien fuere el que habla en estos Oráculos, y quien tan bien explica a los paganos la Esencia, la Unidad, la Inmensidad y la Eternidad de Dios, declara que él es mortal, y que es sólo una Chispa de Dios. Por tanto, no es el Demonio el que habla, puesto que es Inmortal; y Dios no lo obligaría a decir que no lo era. La conclusión es que Satanás nunca se divide contra sí mismo, porque decir que sólo hay un Dios ¿sería el modo de hacer que se lo adore (a Satanás)? El (del oráculo) dice que es mortal. ¿Desde cuándo el Demonio fue tan humilde como para despojarse de sus cualidades naturales? Puedes advertir, entonces, hijo mío, que si subsiste el Ser de quien por Excelencia se llama el Dios del Conocimiento, no puede ser el Demonio el que hablaba en los Oráculos.

–Pero, si no se trata del Demonio –le dije–, al que dice mentiras por la protervia de su corazón o dice a verdad porque se lo obliga a ello, cuando habla de Dios, ¿a qué atribuye tu Cábala todos estos Oráculos que tú afirmas que fueron pronunciados realmente? ¿Lo atribuyes a una emanación de la tierra, como lo suponen Aristóteles, Cicerón y Plutarco?

–Nada de eso, hijo mío, –me dijo el Conde–. Grabas a la sagrada Cábala, mi imaginación no se nubló a tal punto.–¿Cómo? –lo interrogué–. ¿Estimas que esta opinión es tan fanática? Quienes por ella abogan son personas de despejado juicio.

–Hijo mío, te lo puedo asegurar, en esto no están atinados –continuó. Es imposible atribuir a esta emanación todo lo que ocurrió en estos Oráculos. Como por ejemplo, aquel hombre (de quien habla Tácito) que se apareció en sueños a los sacerdotes del Templo de



Hércules, en Armenia, y les ordenó que aprestaran caballos para cazar. Hasta allí podría haberse tratado de una emanación. Pero cuando estos corceles regresaron muy cansados por la noche, con sus aljabas sin flecha alguna, y cuando a la mañana siguiente se encontraron tantas bestias muertas en el bosque como flechas que habían sido puestas en las aljábanas, debes confesar que no podría ser una emanación la que pudo concretar este efecto. Menos podría ser el Demonio, pues eso sería tener una idea no del todo razonable, ni cabalística, de la aflicción del enemigo de Dios, para pensar que se le permitiera divertirse dando caza a liebres y bestias salvajes.

—Entonces —le dije—, ¿a qué atribuye la sagrada Cábala todo esto?

—Mira, —me contestó—. Antes de que te descubra este misterio, debo curar a tus espíritus de esta fantasía que puede haberlos dominado en relación con esta ficticia emanación, pues me parece que citaste, recalcándolos, a Aristóteles, Plutarco y Cicerón. De igual modo, podrías haber citado a Yámblico, el cual, aunque talentoso, estuvo algún tiempo en este error. Y se trata, no obstante, de un error que él pronto abandonó luego de examinar mejor el asunto en el Libro de los Misterios.

"Pedro Aponio, Pomponacio, Levinio, Sirenio y Lucilio Vanino se complacieron infinitamente de hallar este defecto en alguno de los antiguos. Todos estos pretendidos talentos, cuando hablaban de cosas divinas, más bien decían lo que deseaban que lo que sabían, y no solían admitir que hubiera nada sobrenatural en los Oráculos, por temor a reconocer algo que estuviera por encima del hombre. Temían tanto tener una escalera que los hiciera ascender hasta Dios que no se atrevieron a reconocer a estas Criaturas Espirituales en sus jerarquías, y prefirieron construir su propia escalera y descender por ésta en la nada. En vez de elevarse hacia el Cielo, se arrastraron descendentemente hacia la tierra. Y el hombre, en vez de buscar entre los Seres Superiores la causa de estos raptos —que lo eleva sobre sí mismo y lo convierte en una especie de Divinidad— atribuye desvaidamente a una débil emanación esta fuerza que penetra en lo que vendrá, descubre las cosas ocultas y lo hace avanzar incluso hasta los supremos Secretos de la Esencia Divina.

"¡Tal es la desgracia del hombre cuando de él se apoderan el espíritu de contradicción y la actitud de pensar en contra de los demás! Muy lejos de alcanzar sus fines, corre hasta internarse en una niebla, y se pierde. Estos librepensadores no someterían al hombre a sustancias menos materiales que él mismo, pero ¡lo someterían a una emanación! Y esto sin considerar que no hay paralelo entre este humo quimérico y el Alma del hombre, entre este vapor y las cosas futuras, entre esta causa frívola y estos efectos milagrosos. Les basta para ser singulares...creer que son razonables. Para ellos esto es suficiente como para que nieguen a los espíritus, y también para que defiendan el

poder de éstos."

—¿Esta singularidad entonces desagrada tanto, señor? —lo interrumpí.

—¡Ay, hijo mío! —me dijo—, es la que destruye el buen juicio y pone obstáculos a las personas más ingeniosas. Aristóteles, que dominó muy bien la lógica, no supo cómo evitar esta infección, o fantasía de la singularidad, y mucho menos aquéllos sobre los cuales opera tan violentamente como sobre él. Te digo que Aristóteles no pudo evitar confundirse, y, por lo demás, tampoco supo cómo librarse de ella.

—En sus obras La Generación de los Animales y Moral a Nicómaco nos dice que el ser humano recibe su talento y su inteligencia desde fuera, los cuales no pueden llegar a nosotros desde nuestro Padre, ni mediante la actividad espiritual de nuestra Alma, y saca en conclusión de que son de una naturaleza distinta de esta composición material que aquéllos animan, cuya densidad sólo nubla las especulaciones, sin contribuirá producirlas.

—¡Cuán ciego fue Aristóteles! Puesto que, por lo que dices, nuestra composición material no puede ser origen de nuestros pensamientos espirituales, ¿crees que una débil emanación pueda ser la causa de pensamientos muy sublimes y de los arrobamientos en los que caían las Pitonisas, cuando daban sus Oráculos? Hijo mío, puedes advertir fácilmente que este gran talento no dio en el blanco, y que la causa' de esto fue su singularidad.

—Tu razonamiento es muy exacto, señor, —le dije, pues me complació muchísimo oír al fin que él hablaba muy sensatamente, y yo confiaba en que su locura no fuera un mal incurable—. Quiera Dios que...

—Aunque Plutarco es serio en todo lo demás, —continuó, interrumpiéndome— en este diálogo se lamentó de que los Oráculos hubieran cesado. Aportó ra-

zones convincentes, pero dejó todo sin resolver. ¿Por qué no contestó a lo que se decía en el sentido de que si la causa de este rapto era una emanación, entonces todos los que se acercaran al trípode profético se arrebatarían de entusiasmo, y no sólo una joven, que debía ser también virgen? Pero, ¿cómo podría esta voz emitir un sonido claro a través del vientre? Además, esta emanación es una causa natural y, necesariamente, debe tener su efecto de modo regular y siempre. Entonces, ¿por qué esta doncella no se inspira independientemente cuando se la consulta? Y, lo que es más atinado: ¿por qué la tierra cesó de descargar esos Vapores Divinos? ¿La tierra es menos de lo que era? ¿Recibió otras influencias? ¿Tiene otros ríos y mares? ¿Quién otro le abrió los poros o cambió su

naturaleza?

"Admiro a Pomponacio, Lucilio y otros librepensadores, por haber tomado esta idea de Plutarco y dejarla como éste la explicó. Plutarco habló más juiciosamente que Cicerón y Aristóteles, pues era un hombre muy sensato. Pero, no supo qué sacar en conclusión respecto de todos estos Oráculos, y luego de una tediosa indecisión, opinó que esta emanación –que él creía que provenía de la tierra– era un Espíritu Divinísimo. De modo que estos movimientos los atribuyó a la Divinidad, y estas Luces extraordinarias a las Sacerdotisas de Apolo. El dijo: "Este Vapor Adivinador es un Soplo Divinísimo y un Espíritu Santísimo".

"Pomponacio, Lucilio y los ateos modernos no concluyen con esta elocución, que da por supuesta una Divinidad. Ellos dicen: 'Estas emanaciones tenían la propiedad de los vapores que afectaban a los hipocondríacos, que hablaban lenguas que no comprendían'. Pero Fernelio refutó muy bien a estos desdichados impíos al demostrar que la bilis, que es un humor muy vivo, no puede ser la causa de esta diversidad lingüística, la cual es uno de los efectos más maravillosos de la razón, y una expresión artificial de lo que pensamos. No obstante, zanjó la cuestión de modo imperfecto cuando apoyó a Pselio, y a todos los que no penetraron con bastante hondura en nuestra Santa Filosofía. Al no saber dónde encontrar las causas de estos efectos tan inaprensibles, imitó a las mujeres y a las monjas, y las atribuyó al Demonio".

–¿A qué se las deberá atribuir, entonces ?–le pregunté–. Pues hace tiempo que espero este secreto cabalístico.

–Plutarco efectuó también muy buenas observaciones –me dijo– y hubiera hecho bien si se hubiera detenido allí. Este pagano dijo que, atendiendo a que no era suficientemente serio que las explicaciones las diera de esta manera irregular un órgano indecente –que tampoco era decoroso para la majestad de los dioses –y si bien lo que los Oráculos dijeron superaba también el poder del Alma humana, prestaron gran servicio a la Filosofía, y establecieron a criaturas mortales entre los dioses y los hombres, a las que pudiera imputárseles todo lo que supera a la fragilidad humana, lo cual, no obstante, no se aproxima a la Magnificencia Divina.

"Esto es lo que toda la filosofía antigua opina. Los platónicos y los pitagóricos lo tomaron de los egipcios, y éstos del Patriarca José y de los hebreos, que habitaron en Egipto antes de cruzar el Mar Rojo. A estas sustancias que están entre un Angel y un hombre, los hebreos (1°) las llamaron 'Sadaim'. Los griegos trastocaron las sílabas y añadieron dos letras, llamándolas 'Daimonas'. Estos demonios eran, según los antiguos filósofos, criaturas aéreas, que regían sobre el elemento aire; engendraban y se

multiplicaban, pero eran mortales; en esta época no las conocen quienes poco indagan la Verdad en su antigua morada, es decir, en la Cébala y en la teología de los hebreos, quienes aprendieron el peculiar arte de mantener tratos con estos seres del aire y de conversar con todos los que allí habitan...

–¡Caramba, señor! –lo interrumpí–. Advierte que has vuelto otra vez a tus Silfos.

–Efectivamente, hijo mío, –continuó–. Los terafím de los judíos no eran sino la ceremonia que debía observarse para este contacto. Y el judío Micaías, que en el Libro de los Jueces se quejaba de que le habían llevado sus dioses, sólo lloraba la pérdida de una estatua mediante la cual los Silfos tenían tratos con él. Los dioses que Raquel sustrajo a su padre eran también terafím. Ni a Micaías ni a Labán se los acusó de idolatría, y a Jacob jamás se lo indujo a vivir durante cuarenta años con un ídola ni a casarse con la hija de éste. Lo único que existió fue un contacto con los Silfos; y, por tradición, sabemos que a la sinagoga se le permitía este contacto, y que la idolatría de la esposa de David estaba constituida sólo por los terafím, con cullo favor ella atendía a las criaturas elementales, pues bien puedes imaginar que el profeta del Corazón de Dios no habría tolerado la idolatría en su casa.

- "Mientras Dios postergó la Salvación del Mundo astigando el primer pecado, estos elementales, mediante Oráculos, se complacieron en explicar a los hombres lo que ellos sabían de Dios, en enseñarles a vivir moralmente y en darles consejos muy sabios y provechosos, como los que encontramos en Plutarco y en los historiadores. Pero, desde que Dios se apiadó del mundo, y El Mismo fue su Doctor, estos maestros se retiraron y, de allí en adelante, los Oráculos se silenciaron".

–Entonces, señor, el resultado de tu discurso –le dije– es que hubo ciertamente Oráculos, y que quienes los formulaban eran los Silfos, los cuales todavía lo hacen diariamente a través de copas o espejos.

–Los Silfos o las Salamandras, los Gnomos o las Ondinas, –me replicó el Conde.

–Si eso es así, –le dije– todos los elementales son muy falsarios.

–¿Y eso porqué? –me preguntó.

–¿Por qué? –continuó–. ¿O es que no tienes noticias de sus bribonadas, con todas esas respuestas ambiguas que siempre han dado?

–¿Siempre? –me replicó–. No, no siempre. La Sífide que, en la ciudad de Adrimeto, en Africa, se le apareció al romano Quinto Curcio Rufo, y le predijo que un día alcanzaría la dignidad de procónsul, ¿habló oscuramente? ¿Y Tácito y Plinio Segundo no refirieron cómo esas cosas ocurrieron como ella las predijo? La inscripción y las imágenes famosas, mencionadas en la historia de España, que el desgraciado rey don Rodrigo II vio, su curiosidad al abrir la gruta encantada y su incontinencia al desflorar a Elvira, la hija del Conde don Julián, que serían castigadas por hombres vestidos y armados tal como aparecían en aquellas imágenes, y que estos hombres morenos –árabes o moros– conquistarían España y reinarían allí largo tiempo... ¿todo esto podría ser más claro, y el hecho de que se cumpliera allí ese mismo año no lo justifica suficientemente? ¿No llegaron los moros para destronar a este rey afeminado? Ya conoces la historia. Y puedes ver claramente que el Demonio –que desde que reina el Mesías no dispone de imperios– no pudo ser el autor de este Oráculo, y sí ciertamente algún gran cabalista, que lo aprendió de alguna de las más sabias Salamandras, pues como éstas son muy afectas a la castidad, de buena gana nos previenen sobre males que deben ocurrir en el mundo cuando falte esta virtud.

–Discúlpame, señor, –le dije– pero, ¿estimas que este órgano heteróclito –que ellas usan para predicar su moralidad– es propio de la modestia cabalística?

–¡Caramba!–exclamó el Conde, sonriendo– Nuevamente se nubló tu imaginación y no percibes la razón física de esto: la encendida Salamandra se deleita naturalmente en los sitios más ardientes, y es atraída por el...(11)

–Entiendo. Te comprendo, –lo interrumpí–. No es necesario que te tomes la molestia de darme más explicaciones.

–Y en cuanto a la oscuridad de algunos Oráculos -prosiguió seriamente– a la que tú llamas una impostura, ¿la Verdad no se recubre habitualmente con oscuridad? ¿No se complace Dios en ocultarse en sus oscuras sombras? ¿Y el Oráculo continuo que El dejó a sus hijos –las Sagradas Escrituras– no tiene una adorable oscuridad que, como una nube, confunde y decienta a los orgullosos, mientras Su Luz guía a los humildes?

"Pero, si tienes esta dificultad, hijo mío, yo te aconsejaría que no postergues tus contactos con los elementales. Verás que son muy honrados, plenamente inteligentes, amantes del bien y temerosos de Dios. Y debo aconsejarte que comiences con una Salamandra, es en tu horóscopo tienes a Marte en lo alto del Cielo cual es señal infalible de que, en tus acciones, y muchísimo fuego. Y en cuanto a tu matrimonio, mi opinión es que, si eliges a una Sífide, has de ser más feliz con ella que con cualquier otra, pues tienes a Júpiter en el ángulo de tu ascendente, al que Venus mira desde un sextil. Ahora bien, Júpiter

rige el aire y a los seres de aire. No obstante, debes consultar, sobre todo, a tu corazón, pues, como un día verás, el Sabio es gobernado por los Astros Interiores.(12)Y los astros del cielo exterior sólo le sirven para que conozca con más certidumbre los aspectos de los astros del Cielo Interior, que existe en toda criatura.

"En consecuencia, deberás decirme ahora por qué te inclinas, qué te gustaría más, con el fin de que procedamos a unirme con estas criaturas elementales."

—Señor—le respondí—, en mi opinión, este asunto exige un poco de reflexión.

—Me complace esta respuesta tuya,—me dijo, poniéndome una mano en mi hombro—. Este asunto consúltalo con aquél a quien, por excelencia, llamamos el Angel del Gran Consejo. Vé, arrodíllate en oración, y volveré a estar contigo mañana, a las dos en punto de la tarde.

Regresamos a París. Durante el trayecto, le induje nuevamente a perorar contra los ateos y los librepensadores. Jamás oí a nadie debatir o expresar tan bien cosas tan elevadas y serias en favor de la existencia de Dios y en contra de la ceguera de quienes pasan sus vidas sin dedicarse enteramente a adorar de modo formal y continuo a Aquel de Quien tenemos nuestro ser y que, de modo parecido, nos lo preserva. El carácter (13) de este hombre me dejó atónito y no pude comprender cómo, al mismo tiempo, era tan fuerte y tan débil, tan admirable y tan ridículo.

## NOTAS DE LA PLATICA TERCERA

1. Es probable que el hombre haya usado, ultrajado y maltratado al término "Demonio" más que cualquier otro de las Escrituras. El Demonio o genio maligno que se supone que tienta y extravía a los hombres es, en realidad, la naturaleza carnal en el ser físico humano ("prisioneros en la profundidad de la tierra", como lo señala el Conde) ¡que está presente hasta que se trasmuta en Bien! Como decían los filósofos de la antigüedad: "El Demonio no tiene poder suficiente para arreglar ollas viejas, y mucho menos para enriquecer a un hombre. El es lo más pobre en que puede pensarse, y es más pobre que cuanto ser se encuentre en los cuatro elementos".

2. Durante muchos siglos, a las vírgenes de elevada pureza moral se las consagraba como Oráculos. Inspiradas divinamente, se las llamaba Pitias. El Oráculo de Apolo, en Delfos, era uno de los más famosos. En los Oráculos confiaban los gobernantes, reyes y nobles de todo el mundo antiguo, particularmente en Grecia. A los templos se los mantenía y establecía como sitios de profecía y adivinación, en los que los dioses se comunicaban a través de las vírgenes-Oráculos.

3. La invocación de las Jerarquías fue siempre parte importante de la instrucción de los Filósofos, y sigue siéndolo hasta hoy.

4. Los Oráculos de las Sibilas, colección de catorce libros en hexámetros griegos, fueron durante largo tiempo considerados como una recopilación auténtica de las profecías de las Sibilas. Se los llamaba sibilinos porque los habían escrito más de una Sibila. A todas las profetisas los antiguos las llamaban Sibilas, que significaba "ser lleno de Dios"; los antiguos creían que la Sibila era impulsada por el Espíritu de Dios.

Debido a que esos libros profetizaban con exactitud el advenimiento, la enseñanza, los milagros, la muerte y la resurrección de Cristo, los Padres de la Iglesia los aceptaron y usaron sin vacilación. Los libros sibilinos originales, ocultos en el Capitolio de Roma, se perdieron cuando fue destruido por el fuego en el 405 de nuestra era. Esos libros, a los que se veneraba profundamente, eran consultados solamente por decreto del senado romano.

5. La Religión Verdadera se refiere a la de los "Conocedores" o gnósticos, y a las Enseñanzas Internas que Jesucristo sólo hizo conocer a sus discípulos. ¡Al vulgo y a las multitudes sólo les enseñaba en parábolas!

6. Mientras el "Demonio" es el seductor y el tentador, Satanás es el incitador a la acción o al esfuerzo, y Lucifer (el Lucífero) es la fuerza o el espíritu de insatisfacción.

7. Según la máxima de David, el Poeta de la Sinagoga, en Salmos 116:11: "Y dije en mi apresuramiento: todo hombre es mentiroso".

8. Ver La Filosofía del Fuego, del Dr. R. Swinburne Clymer.

9. La antigua enseñanza de los Misterios Filósofa- es consistía en esto: "SOLO SOMOS UNA PORCIÓN- HILLA DE DIOS". Todos los seres humanos normales reciben esta "chispa" cuando nacen. "El Señor formó al hombre...y sopló en su nariz aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente". Génesis 2:7.

10. Los hebreos eran muy versados en la cabala; este conocimiento estaba muy incorporado en su existencia y en su vida diaria. Abraham, hijo de Heber, provenía de Ur, Caldea. Es muy probable que la Cabala tenga origen ario, llegando a Ur a través de la India, Asia Central, Persia y Mesopotamia.

El Génesis hebreo y muchas partes del Antiguo testamento tienen matices de pensamientos arios, babilónicos y caldeos: Isaías, Daniel, Ezra y Ezequiel, por ejemplo, se hallaron bajo la influencia del saber persa caldeo. Las palabras del Conde arrojan una nueva luz sobre los antecedentes y orígenes de la Biblia!

11. La fuerza que se manifiesta en la generación es idéntica a la que, cuando se la controla acertadamente, es instrumento de la Regeneración: la fuerza que desarrolla al Alma humana. Esta Verdad la conocieron los más avanzados de cada civilización.

Por ejemplo, Platón, en El Banquete, dijo: "Los hombres llamaron Eros al Amor porque tiene alas; los Dioses lo llamaron Pteron porque tiene la virtud de dar alas". En El Libro Egipcio de los Muertos aparece esto: "Oh altura del amor, tú abres la doble puerta del horizonte!" Zohar escribió: "En el amor se halla el secreto de la Unidad Divina; el Amor une los estadios superiores con los inferiores, y lo eleva todo hacia el estadio en el que todo deberá ser uno solo".

12. Si bien la humanidad se halla, en alguna medida, bajo la influencia de las estrellas y los planetas, es correcto el axioma de Shakespeare en Julio César. "Querido Bruto, ¡tu destino no está en los astros, sino en ti mismo!" Paracelso, en su Credo, escribió: "El sabio puede gobernar y dominar a los astros, no los astros a él".



Los defectos que percibimos en los demás son sólo el reflejo de los defectos que hay dentro de nosotros. Hasta que alcance el Magisterio, un hombre no podrá evaluar adecuadamente a otro.

# PLATICA

## CUARTA

TAL como lo conviniéramos al despedirnos, aguardé en mi casa a mi Señor, el Conde de Gabalís. Llegó a la hora prefijada, y, dirigiéndome una sonrisa, me dijo: –Y bien, hijo mío, ¿qué es lo que Dios más te ha hecho apetecer de los seres invisibles? ¿Y con qué te gustaría más unirse: con las Salamandras, los Gnomos, los Silfos o las Ninfas?

–Señor –le respondí–, todavía no me decidí del todo sobre este matrimonio.

–¿Por qué? ¿Dónde está la duda, ahora? –me interrogó.

–Para decírtelo libre y claramente, señor –le repliqué–, todavía no puedo curar mi imaginación, que aún me representa a todas estas huestes de los elementos como si fueran legiones de demonios.

–¡Dios mío!, –exclamó–. ¡Oh Dios de la Luz, te suplico que disipes las nubes con que la ignorancia y la educación perversa (1) irrumpieron en el espíritu de este incrédulo que, como me lo hiciste saber, está designado para tan grandes cosas!

"¡Y tú, hijo mío, no clausures el paso hacia esta Verdad, que podría entrar en ti! Sé dócil. Y ahora, debo evitar que seas así, pues yo podría agraviar a la Verdad en la preparación de sus caminos. Ella sabe cómo abrir por la fuerza las puertas de hierro y puede entrar Donde quiera, a pesar de toda la resistencia de la falasia. ¿Qué puede inducirte a oponerte a ella? ¿Ello se debe a que crees que Dios no podría crear estas sustancias en los elementos, tal como yo te lo represente?

–No estoy del todo satisfecho–le dije–, sobre si existe o no una posibilidad en la cosa misma; si un elemento puede suministrar sangre, carne y huesos; si puede haber un temperamento sin mezcla, y acciones sin contrariedad. Pero, supongamos que Dios pudiera hacerlo. ¿Qué prueba concreta existe de que El lo hizo?

–¿Te convenceré ahora mismo –me replicó– sin más alharaca? Haré que te

aproximes a los Silfos de Cardán. Puedes enterarte por sus bocas sobre qué son y lo que te estuve enseñando de ellos.

—¡Por nada del mundo, te lo suplico! —exclamé, aterrorizado—. Abstente, te lo ruego, de esta clase de prueba hasta que yo me persuada de que estas mismas criaturas no son enemigas de Dios. En lo que a e- respecta, preferiría morir a causarle este trastorno a mi conciencia...

—¡He aquí, he aquí la piedad ignorante y falsa de tos tiempos desdichados! —me interrumpió el Conde, con tono colérico—. Entonces, ¿por qué no borran del Santoral al más grande de todos los anacoretas?(2) ¿Y por qué no queman sus estatuas? ¡Y es muy de maravillarse que no afrenten a sus cenizas venerables! ¡Y que no las dispersen por los aires, como lo hicieron con aquellos infelices acusados de haber tenido tratos con los demonios! ¿Se nos aconseja que exorcicemos a los Silfos? ¿Y no se los trató como si fueran hombres? ¿Qué tienes que decir a eso, Señor Escrupuloso, tú y todos tus tristes doctores? Aquel Silfo que habló sobre su propia naturaleza con este patriarca, según tu opinión, ¿era un hijo del Demonio? ¿Este hombre incomparable conversó sobre el Evangelio con un espíritu maligno? ¿Y le acusarás de que profanó los Misterios adorables, al conversar con un fantasma, con un enemigo de Dios?

"Atanasio y Hierom son entonces muy indignos del gran nombre que tienen entre tus sabios, por haber escrito con tanta elocuencia el panegírico de un hombre que trató tan humanamente a los demonios. Si confundieron a este Silfo con un demonio, debieron haber ocultado la aventura o desdejar lo que un espíritu predicara, junto con este apostrofe tan patético, que el anacoreta (más fervoroso y crédulo que tú) formuló en la ciudad de Alejandría. Y si lo hubieran considerado una criatura que, cómo él se lo aseguró, era partícipe de la redención igual que nosotros, y si esta aparición, según su opinión, era un favor extraordinario que Dios hacía al santo de cuya vida ellos escribieron, ¿estás en tus cabales si piensas que parecerías más sabio que Atanasio y Hierom, y más santo que el divino San Antonio? ¿Qué le habrías dicho a este hombre, si te hubieras contado entre los diez mil anacoretas a quienes refirió la conversación que acababa de disfrutar con el Silfo? Más sabio e ilustrado que todos estos ángeles terrestres, sin duda habrías objetado al santo abad que esta aventura era una mera ilusión y habrías disuadido su discípulo, Atanasio, de hacer público a todo el mundo un relato que tan poco coincidía con la religión, filosofía y el sentido común. ¿No es cierto?

—Es cierto, —le dije—, que mi opinión habría sido decir nada de nada, o decir más.

—Atanasio y Hierom —continuó—, no tuvieron intención de decir más, pues nada más sabían. Y si lo hubieran sabido todo, lo cual no podrían, a menos que fueran uno de

nosotros, no hubieran divulgado temerariamente los secretos de los Sabios.

–Pero, ¿por qué –le dije– este Silfo no le propuso a San Antonio lo que me propusiste hoy?

–¿A qué te refieres?, –me contestó el Conde, sonriendo–. ¿Al matrimonio? ¡Caramba! ¿Esto habría servido de algo?

–Es cierto, –le repliqué– es totalmente probable aquel buen hombre no hubiera aceptado el ofrecimiento.

–Con seguridad que no, –me dijo el Conde– pues habría sido tentar a Dios casarse a esa edad y haber deseado hijos de él.

–¿Cómo es eso? –le interrogué–. Entonces, ¿se casan con los Silfos para tener hijos con ellos?

–¿Por qué? –me preguntó–. ¿Alguna vez se permitió que el casamiento tuviera otra finalidad?

–Yo no creía –respondí– que esto tuviera como proposito la propagación de la especie. Yo suponía la finalidad y la intención de todo esto había sido solamente inmortalizar a las Sílfides.

–¡Ja, Ja! –continuó–. Estás bromeando la caridad de los filósofos tiene como finalidad la inmortalidad de las Sílfides. Pero la naturaleza les hace desear que sean fecundas. Cuando gustes, verás en el aire las familias filosofales. El mundo sería feliz si sólo existieran estas familias y no existiera ninguno de los hijos del pecado.

–Señor, ¿qué quieres decir con los hijos del pecado?–lo interrumpí.

–Hijo mío, –continuó– ellos son todos los hijos que nacen del modo corriente; los hijos concebidos por la voluntad de la carne, no por la Voluntad de Dios; los hijos de la ira, y de la maldición; en una palabra los hijos de un hombre y una mujer. Tienes ganas de interrumpirme. Percibo lo que quieres decirme.

"Esto es cierto, hijo mío. Debes saber que nunca fue la Voluntad de Dios que el hombre y la mujer tuvieran hijos como los tienen. La idea del Artista Prudentísimo era muchísimo más noble. Lo que se propuso es haber poblado la tierra de manera diferente de

como se pobló. Si el desdichado Adán no hubiera desobedecido neciamente la orden que Dios le dio, –la de no tocar a Eva– y si se hubiera contentado con los otros frutos del Jardín del Placer, –con todas las bellezas de las Ninfas y las Sílfides – el mundo no habría padecido la vergüenza de verse poblado con hombres tan imperfectos que pueden parecer monstruos donde están presentes los Hijos de los Filósofos.

–Señor, por lo que percibo, –le dije– ¿cómo piensas que el pecado de Adán fue algo más que comer la manzana?

–¡Caramba!, hijo mío –me replicó el Conde–, ¿te cuentas entre los ingenuos que al relato sobre la manzana lo toman en el sentido literal? ¡Ay! Has de saber que la Lengua Sagrada usa metáforas inocentes para quitar de nosotros las ideas indecorosas que han sido la causa de todas las aflicciones de la humanidad. Por tanto, cuando Salomón dijo: "Subiré a la palmera y recogeré sus frutos" apetecía otra cosa, y no comer dátiles.

"Esta Lengua que los Angeles consagran, y que utilizan para entonar sus himnos al Dios Vivo, no tiene vocablo que denomine figuradamente a una manzana o un dátil. Pero el Sabio descifra estas castas figuras, advertir que el paladar y la boca de Eva eluden el castigo pero que élla, da a luz con dolor, el Sabio sabe que quien delinquiró no fue el paladar. Y al descubrir en qué consistió el primer pecado, por el cuidado con que los primeros pecadores cubrieron con hojas ciertas partes de sus cuerpos, el Sabio llega a la conclusión de que Dios no quiso que los hombres se multiplicaran de este modo bestial.

"¡Oh Adán!, no debiste haber engendrado hombres, sino seres parecidos a ti, o héroes, o gigantes".(3)

–¡Ay! ¿A qué se podría recurrir –lo interrumpí– para satisfacer una u otra de estas maravillosas generaciones?

–Obedeciendo a Dios, –me replicó–. No tocando a nadie, salvo a las Ninfas, los Gnomos, las Sílfides o Salamandras. Así veríamos cómo nacen los héroes y el universo se llenaría de criaturas maravillosas, colmadas de fortaleza y sabiduría. Dios nos permitiría vislumbrar la diferencia existente entre aquel mundo inocente y este mundo culpable que vemos, consintiéndonos, cada tanto, contemplar a los hijos que nacen según él lo había proyectado. (4)

–Entonces, señor–lo interrumpí–, a estos hijos los elementos se los ha visto cada tanto? En tal caso un licenciado de la Sorbona, que el otro día me citó ;an Agustín, San Jerónimo y Gregorio Nacienceno, esta equivocado al creer que no podrían fructificar estos

amoríos con los espíritus por parte de nuestras esposas, o por los contactos que los hombres pudieran tener con ciertos demonios, que él llamó hyphialtes.

–Lactancio expresó esto mejor–me replicó el Conde–, y el confiable Tomás de Aquino decidió que esos contactos no sólo suelen ser fecundos sino que los hijos de ellos nacidos son de naturaleza más generosa y heroica. Cuando gustes, mucho podrás leer sobre los grandes logros de hombres pujantes y famosos –acerca de los cuales Moisés escribe–(5) que nacieron de esta manera. En el capítulo XXI del Libro de los Números, tenemos los relatos sobre las Guerras del Señor. Entretanto, juzga qué sería el mundo si todos sus habitantes fueran, por ejemplo, como Zoroastro.

–¿Zoroastro–le dije–, quien, según se informa, fue el autor de la nigromancia?

–El mismísimo–me contestó el Conde–, de quien los ignorantes escriben esta calumnia. El tuvo el honor de ser hijo de la Salamandra masculina Oromasis y de Vesta, la esposa de Noé. Vivió mil doscientos años, fue el monarca más sabio del mundo, y luego, su padre Oromasis lo transportó hasta la región de las Salamandras.

–No dudo –le dije– de que Zoroastro esté con la Salamandra Oromasis en la región del fuego. Pero yo no agraviaría a Noé como tú lo haces.

–El agravio no es tan grande como crees, –me contestó el Conde–. Todos estos patriarcas consideraban un gran honor ser los supuestos padres que los Hijos de Dios tenían por sus esposas. Pero esto está todavía fuera de tu alcance. Pasemos a Oromasis; era amado por Vesta, la esposa de Noé. Al morir, esta Vesta fue el genio tutelar de Roma, y el Fuego Sagrado –que ella ordenó que las vírgenes debían preservar con tanto esmero– era en honor de la Salamandra masculina que era su galán. Además de Zoroastro, de sus amores nació una hija de extraordinaria belleza y sabiduría excelente. Fue la divina Egeria, de quien Numa Pompilio recibió todas sus leyes. Ella obligó a Numa, que la amaba, a erigirle un templo a su madre Vesta, en el que el Fuego Sagrado pudiera conservarse en honor de su padre Oromasis.

"Esta es la verdad de la fábula que los poetas e historiadores romanos concibieron acerca de la Ninfa Egeria. Guillermo Postelo, uno de los menos ignorantes de todos cuantos estudiaron la Càbala en sus libros corrientes, observó que Vesta era la esposa de Noé, pero no advirtió que Egeria era hija de aquella Vesta, luego de leer los libros secretos de la antigua Càbala (de los que el Príncipe de Miranda compró un ejemplar a tan caro precio). Postelo confundió las cosas al creer solamente que Egeria era el genio bueno de la esposa de Noé. Pero, en estos libros aprendemos que Egeria fue concebida por las aguas, en la época en que Noé (6) era

lanzado de un lado al otro en las vengativas olas que ahogaban al universo. A la sazón, las mujeres se habían reducido a la pequeña cantidad que se salvó en el arca cabalística, que este segundo padre del mundo había construido. Este gran hombre lamentó ver el terrible castigo con que Dios escarmentó aquel pecado cuya causa fue el amor que Adán tuvo por su Eva. Cuando Noé advirtió que Adán había destruido a su posteridad al preferir a Eva antes que a las hijas de los elementos y substraérsela a las Salamandras y los Silfos –que sabían cómo hacerse amar por ella– (lo repito, Noé) se hizo sabio con este triste ejemplo, consintió que su esposa Vesta fuera entregada a la Salamandra masculina Oromasis, Príncipe de las Sustancias Igneas, y persuadió a sus tres hijos también para que dieran sus tres esposas a los príncipes de los otros tres elementos. En poco tiempo, el universo se repobló con hombres heroicos tan sabios, bellos y admirables que su posteridad, admirando su virtud, los adoró como deidades.

"Uno de los hijos de Noe se rebeló contra el consejo de su padre, al no poder resistir el atractivo de su esposa, tal como Adán no pudo resistir los encantos de su Eva. Pero así como el pecado de Adán dejó una mancha sobre las almas de todos sus descendientes, de igual modo esta falta de complacencia de Cam con los Silfos enegreció a toda su posteridad. De allí deriva, según dicen los cabalistas, la horrible negrura de los etiopes, y toda esa gente digna de lástima a la que se le ordenó habitar debajo de la zona tórrida como castigo por el profano apetito de su padre" .(7)

–Estos son relatos particularísimos, señor –le dije, admirando la extravagancia de este hombre– y me parece que tu Cábala así empleada es maravillosa para arrojar Luz sobre la antigüedad.

–Es tan maravillosa –me replicó, gravemente– que sin ella, las Escrituras, la historia, la fábula y la naturaleza son oscuras e ininteligibles. Por ejemplo, crees que el agravio que Cam(8) infirió a su padre fue tal como parece expresarlo el escrito. En verdad, está clara otra cosa. Noé salió del arca y, al ver que Vesta, su esposa, no hacía otra cosa que acicalarse para sus relaciones que mantenía con su galán Oromasis, se enamoró otra vez, apasionadamente, de ella. Cam, temeroso de que su padre llenara a la tierra con otra raza de personas tan negras como sus propios

etíopes , aprovechó un día la ocasión en que el buen anciano se embriagó y lo castró sin misericordia. ¿Te ríes?

–Me río del indiscreto celo de Cam, –le dije.

–Más bien deberías admirar –me replicó el Conde– la bondad de la Salamandra Oromasis, cuyos celos no le impidieron compadecerse de la desgracia de su rival, el le enseñó a su hijo Zoroastro, también llamado Jafet, el nombre del Dios Omnipotente, que expresa Su Fecundidad Eterna. Volviendo hacia el patriarca, Jafet pronunció seis veces, alternándose con su hermano Sem, el nombre poderoso: JABAMIAH. (9) Y así hicieron que el anciano se restableciera totalmente. Esta historia, que los griegos comprendieron mal, les indujo a decir que el más antiguo de los dioses había sido castrado por uno de sus hijos. Pero aquí ves la verdad del asunto en que puedes observar en qué medida, en su moralidad, los seres del fuego son más humanos que los nuestros, y, en realidad, superan a los del aire y del agua, pues los celos de éstos son crueles, como nos lo mostró el divino Paracelso en una aventura que el relató(10) y que fue vista por todas las personas de la ciudad de Stauffenberg:

"Un filósofo, con quien una Ninfa estaba en relaciones en procura de su inmortalidad, fue tan falso que se enamoró de una mujer. Pero, mientras cenaba con su nueva amante y algunos amigos, vieron en el aire a la criatura más bella del mundo –la cual era la amante invisible–, que se propuso dejarse ver por los amigos del galán infiel para que pudieran juzgar cuán poca razón podía tener para preferir a una mujer y no a ella, luego de lo cual la Ninfa enfurecida lo hizo morir de inmediato".

–¡Caramba, Señor! –exclamé–. Eso podría fastidiarme bastante contra estas amantes tan celosas.

–Te confieso –prosiguió– que sus celos son un poco violentos. Pero si entre nuestras mujeres hemos visto a amantes enfurecidas que mataron a sus galanes perjuros, no deberíamos asombrarnos de que estas amantes, tan bellas y fieles, se arrebaten cuando las tratan con falsía. Y mucho más, en atención a que a los



hombres sólo les piden que se abstengan de mujeres, cuyos defectos no pueden soportar, y nos permiten que entre ellas amemos tantas como nos plazca. Ellas (refieren el bien y la inmortalidad de sus semejantes antes que su satisfacción particular. Y se contentan con que los Sabios den a su república tantos hijos inmortales como sean capaces de dar.

–Pero, por favor, señor –le pregunté–, ¿cómo ocurre que hay tan pocos ejemplos de todo esto que me cuentas?

–Hay muchísimos, hijo mío, –me respondió– pero los seres humanos reflexionan de verdad cuando no anexan su fe; o cuando lo explican mal porque les falta un verdadero conocimiento de nuestros Principios. Atribuyen a los demonios todo lo que debería atribuirse a los seres de los elementos. Un pequeño Gnomo se enamoró de la famosa Magdalena de la Cruz, abadesa de un monasterio de Córdoba, España. Ella le hizo feliz contando sólo doce años de edad, y siguieron su relación por espacio de treinta años hasta que un director espiritual ignorante persuadió a Magdalena que su amante era un espíritu maligno y la obligó a que pidiera la absolución del Papa Pablo III. Empero, es imposible que pudiera tratarse de un demonio, pues toda Europa conoció, y lo hizo saber a toda la posteridad, los andes milagros que diariamente se cumplieron en favor de esta santa mujer, y que ciertamente no hubieran ocurrido si su contacto con el Gnomo hubiera sido tan diabólico como aquel director espiritual venerable imanaba. El mismo doctor afirmó muy positivamente, si no me equivoco, que el Silfo que se inmortalizó con Gertrudis, la joven monja del monasterio de Nazareth, la Diócesis de Colonia, era algún demonio.

–En verdad –le dije–, yo también lo diría.

–¡Ay, hijo mío!, –prosiguió el Conde, sonriendo– si eso fuera cierto, el Demonio no estaría muy triste. ¿Podría el Demonio tener el poder para mantener un amorío con una bonita jovencita de trece años y escribirle sus apasionadas cartas, como las que se encontraron en la habitación de ella?

"No, no, hijo mío. Créeme que el Demonio, en su región de la muerte, tiene una ocupación más triste y más adecuada a la vergüenza que el Dios de la Pureza le ordenó. Pero lo que ocurre es que los seres humanos cierran voluntariamente sus ojos. Por ejemplo, en Tito Livio descubrimos que Rómulo era el hijo de Marte. Tus grandes talentos dicen: esto es una fábula; tus teólogos dicen que era el hijo de un incubo; los alegres bromistas dicen que la Amante Silvia había perdido sus guantes y, como excusa para esconder su vergüenza, informó que el dios se los había robado. Nosotros, que conocemos a la naturaleza, y a quienes Dios llamó desde las tinieblas a esta Luz Admirable, sabemos que este Marte supuesto era una Salamandra (masculina) quien, enamorada de la joven Silvia, la hizo madre de Rómulo. Este héroe, luego de fundar su magnífica ciudad, fue llevado por su padre en un carro de fuego, como Zoroastro por Oromasis.

"Otra Salamandra (masculina) fue padre de Servio Tulio. Tito Livio dijo que el padre de Rómulo fue el Dios del Fuego, y se engañó por el parecido, pero los ignorantes adhirieron a la misma opinión.

"El famoso Hércules y el invencible Alejandro eran hijos de algunos de los grandes Silfos. Como los historiadores no sabían esto, dijeron que el padre de aquéllos era Júpiter. Dijeron la verdad: pues, como te enteraste, estos Silfos, Ninfas y Salamandras se convierten en deidades. Los historiadores, que así los creían, llaman hijos de los dioses a todos los que nacen de aquellos. Así lo fueron el divino Platón, el más divino Apolonio de Tiana, Teseo, Aquiles, Sarpedón, el piadoso Ineo y el famoso Melquisedec.\*11) ¿Y tú sabes quién fue el padre de Melquisedec?"

—En verdad no —le dije—, pues San Pablo no lo sabía.

—Entonces di que no quiso decirlo —continuó el Conde—, y que no le estaba permitido revelar los Misinos cabalísticos. El sabía bastante bien que el padre de Melquisedec era un Silfo, y que el Rey de Salem le fue concebido en el arca por la esposa de Sem. La manera con que este sacerdote realizaba sus sacrificios era la misma que su prima Egeria enseñara al Rey Numa, lo mismo que la adoración de una divinidad soberana sin imagen ni estatua, razón por la cual los romanos, que algún

tiempo después se hicieron idólatras, quemaron los sagrados libros de Numa que Egeria había dictado. El primer dios de los romanos fue el Dios verdadero. Sus sacrificios eran verdaderos: ofrendaban pan y vino al Amo Soberano del Mundo. Pero todo esto después se pervirtió. No obstante, Dios se complació, en recompensa por esta primera adoración, en dar a esta ciudad, que reconoció Su Soberanía, el imperio del universo. El mismo sacrificio, que Melquisedec....

–Te suplico, señor–lo interrumpí–, que dejemos esto de Melquisedec, el Silfo que lo engendró, su prima Egeria y el sacrificio de pan y vino. Estos ejemplos son traídos de muy lejos. Me harías un gran favor si me presentaras algunos ejemplos de fecha más reciente; pues a un doctor le oí decir, cuando le preguntaron lo ocurrido con todos los compañeros de aquel sátiro que se apareció a San Antonio, y que tú llamas Silfo, que todas esas clases de seres están muertos ahora. Por ello, es posible que todos los seres elementales hayan perecido, puesto que afirmas que son mortales y no tenemos más noticias de ellos.

–¡Pluguiera a Dios!, –dijo el Conde, enfurecido– ¡pluguiera a Dios que yo nada supiera para mantener a este ignorante aún en su ignorancia, pues se aferra tan torpemente a lo que no comprende! ¡Quisiera Dios confundirle y confundir a todos los que sean como él! ¿Dónde aprendiste que los elementos están vacíos, y que estas criaturas maravillosas se reducen a la nada? Ojalá ese doctor se tomara la molestia de leer unas pocas biografías y no atribuyera al Demonio lo que la naturaleza realiza (como lo hacen todas las buenas comadres con todo lo que esta teoría quimérica aprueba), pues en todo tiempo y lugar hallarían pruebas suficientes de lo que te estoy diciendo.

"¿Qué diría tu doctor sobre este relato auténtico, que ocurrió no hace mucho en España? Una bella Sífide se hizo amar por un español, vivió tres años con él, tuvo de él tres bonitos hijos, y luego murió. ¿Deberemos decir que se trataba de un Demonio? ¡Qué sabia respuesta sería ésta! Según qué física el Demonio podría organizar el cuerpo de una mujer, que conciba, dé a luz y amamante? ¿Qué prueba hay en las Escrituras de este poder extravagante que tus teólogos están obligados a dar, en este relato, al Demonio? ¿Y con qué razón probable podría procurárselos su

débil física? El Jesuíta Delrío, que era muy creyente, relató extensamente muchas de estas aventuras y, sin que lo perturbaran las razones físicas, resolvió la cuestión con una sola palabra, diciendo que estas Sífides eran demonios. ¡Y esto es tan cierto que los máximos doctores, en su mayoría, no conocen de ellas más que las mujeres simples! ¡Es tan cierto que Dios se complace en recogerse en Su Trono de Nubes y, espesando las tinieblas que rodean Su Majestad Omnipotente, habita en una Luz inaccesible y no permite que Sus Verdades las vean otros que no sean los humildes de corazón!

"Aprende a ser humilde, hijo mío, si quieres penetrar en las nubes sagradas que rodean a la Verdad. Aprende de los Sabios a no dar a los demonios poderes sobre la naturaleza, puesto que la piedra fatal los encerró en los pozos del abismo. Aprende de los filósofos a buscar siempre las causas naturales de todo accidente extraordinario; y cuando las causas naturales fracasen, ocurre a Dios y a Sus Santos Angeles, pero nunca a los demonios que no tienen poder sobre nada, salvo para sufrir. De lo contrario, blasfemarás muchas veces cuando no pienses en esto y atribuyas al Demonio el honor de las muy maravillosas obras de la naturaleza.

"Cuando te digan que, por ejemplo, el divino Apolonio de Tiana fue concebido sin participación de varón, que una de las Salamandras más ilustres descendió para inmortalizarse con su madre, ¿dirás que esta Salamandra era un Demonio, y al Diablo le atribuirás la gloria de engendrar a uno de los máximos hombres que procedieron de nuestros matrimonios filosóficos?"

—Pero, señor —lo interrumpí—, este Apolonio tiene fama, entre nosotros, de ser un gran hechicero, y no es todo lo bueno que de él dicen.

—¡He ahí —continuó el Conde— uno de los efectos más admirables de la ignorancia y la mala educación! Debido a que a nuestras nodrizas les oímos contar los cuentos de brujas y brujos, cuanto se realice por medios extraordinarios deberá ser necesariamente obra del Demonio. Los grandes doctores se ven en figuras; no se les creará si no hablan como nuestras nodrizas. A Apolonio no lo engendró un hombre. El comprendía el idioma de los pájaros; se lo veía en dos distintas partes del

mundo en un mismo día; desapareció ante el Emperador Domiciano, que quería castigarlo; resucitó a una doncella en virtud de la onomancia; en Efeso, ante una asamblea de toda Asia, dijo que en ese preciso instante estaban matando al tirano en Roma. ¿De qué modo puede juzgarse a este hombre? La nodriza dice que es un brujo; san Jerónimo y san Justino, el mártir, dicen que sólo fue un gran filósofo. Jerónimo, Justino y nuestros cabalistas deben ser fantasiosos, y la tonta mujer debe cargar con eso. Que los ignorantes perezcan en su ignorancia. Pero tú, hijo mío, ¡sálvate del naufragio!

"Cuando leas que el famoso Merlín nació de una religiosa –la hija del Rey de la Gran Bretaña– sin intervención de varón, y que predijo lo que ocurriría con más claridad que Tiresias, no digas con la gente que él fue el hijo de un incubo, puesto que no fue tal cosa. Y tampoco que él profetizó mediante el arte del Demonio porque el Demonio es lo más ignorante de todas las criaturas, según la Sagrada Cábala. Di con los Sabios que, en su soledad, la Princesa británica era consolada por un Silfo que se apiadó de ella, que él se encargó de divertirla, que supo cómo complacerla, y que Merlín, su hijo, fue educado por el Silfo en todas las Ciencias Secretas, y que le enseñó a realizar todos los prodigios que la historia de Inglaterra relata de él.

"Tampoco debes agraviar a los Condes de Cleves diciendo que el Demonio es padre de éstos. Y ten una mejor opinión del Silfo, de quien la historia dice que llegó a Cleves en una nave milagrosa atada por un cisne que estaba atado a ella con una cadena de plata. Luego que este Silfo tuvo diversos hijos con la heredera de Cleves, se marchó a mediodía, ante la vista de muchísimas personas, en su nave aérea. ¿Qué les hizo a tus doctores como para inducirlos a que lo clasifican entre los demonios?

"Pero, de modo parecido, ¿manejarás tan duramente el honor de la Casa de Lusignan? ¿Y darás una genealogía diabólica a los Condes de Poitiers? ¿Qué diras de su famosa madre?"

–Señor, creo que vas a contarme –lo interrumpí– el cuento de Melusina. (12)

—De ningún modo. Si niegas la historia de Melusina —me replicó—, he terminado contigo. Y te digo que, niegas eso, deberemos quemar los libros del gran Paracelso quien, en cinco o seis pasajes, sostiene que nada hay más cierto que esta Melusina fue una Ninfa, deberás también desmentir a tus historiadores quienes dicen que, desde que ella murió, o, para hablar con más propiedad, desde que ella desapareció de la vista de su esposo, nunca dejó de aparecerse (todas las veces en que su posteridad fue amenazada por algún infortunio, o cuando algún Rey de Francia murió alguna manera extraordinaria) vestida de luto sobre gran torre del Castillo de Lusignan, que ella hiciera construir. Tendrás que reñir con todos los descendientes de esta Ninfa o vinculados con esta familia, si te obstinas en sostener que se trataba de un Demonio.

—Señor, ¿ piensas —le dije— que estos señores complacen más en deducir su estirpe de los Silfos?

—Sin duda, estarían más complacidos —me contestó— si conocieran lo que yo te enseño, y estimarían como un gran honor estos nacimientos extraordinarios, a menos que tuvieran alguna Luz de la Cábala, no sabrían que esta modalidad de generación es más adecuada a la manera con que Dios se propuso, al principio que el mundo se multiplicara. Los hijos que nazcan son más felices, sabios, valientes y famosos, y más bendecidos por Dios. ¿No es más glorioso, para estos hombres ilustres, descender de estas criaturas tan perfectas, prudentes y poderosas que de algún espíritu inundo o de algún Asmodeo infame?

—Señor —le dije—, nuestros teólogos no dirán que el Demonio es el padre de todos aquellos seres humanos que nacieron sin que sepamos quién los puso en el mundo. Los teólogos reconocen que el Demonio es un Espíritu, y, en consecuencia, incapaz de engendrar.

—Gregorio de Niza —continuó el Conde— no se expresó así, pues era de opinión que los demonios se multiplican entre sí, igual que los hombres.

—Nosotros no somos de este parecer, —le contesté pero lo que ocurre (dicen

nuestros doctores) es que...

–¡Detente! No digas, –me interrumpió el Conde– no digas lo que ellos dicen, pues, igual que ellos, expresarás una idea torpe y muy falsa. ¿Qué abominable imperfección descubrieron? Asombra pensar cómo todos ellos abrazaron unánimemente esta idea inmunda, y cómo se complacieron corrientemente en anunciar desde fantasías hasta imposturas, en sacar provecho del animalesco ocio de quienes se consagran a prácticas ermitañas, y en promover rápidamente en el mundo la fama de estos milagrosos cuya ilustre memoria ellos la festejan a partir de tan vil original. ¿A esto lo llaman filosofar? ¿Es digno de Dios decir que es así de bondadoso con el Demonio, como para apoyar estas abominaciones, permitirles el favor de ser prolíficos, el cual les fue negado a los más grandes santos, y recompensar a estos espíritus malignos creando para estos embriones de la iniquidad almas más heroicas que para quienes se formaron en la castidad de un matrimonio legítimo? ¿No es un menoscabo decir con tus doctores que, mediante este artificio detestable, el Demonio puede hacer que una virgen conciba durante el sueño sin perjuicio alguno para su virginidad? Lo cual es tan absurdo como la anécdota de Tomás de Aquino (por lo demás, un autor muy serio y que conocía un poco de la Cábala), olvidándose, refirió en su décimosexto Quodlibet, acerca de una doncella que se acostó con su padre, a la cual éste hizo que le ocurriera lo mismo que algunos rabinos herejes dicen que le ocurrió a la hija de Jeremías, a quien hacen concebir al gran cabalista Ben-Syrach, sólo porque fue al baño después que el profeta. Yo debo juzgar que esta impertinencia fue imaginada por alguien...

–Permíteme, señor, interrumpir tu arenga, –le dije–. Para aplacarte, declaro que yo hubiera deseado que nuestros doctores hubieran ideado alguna otra solución, con la que unos oídos puros como los tuyos pudieran ofenderse menos. O ellos deberían haber negado por completo el asunto sobre el cual se fundaba la cuestión.

–¡Qué recurso admirable –me replicó el Conde– el que tú pensaste: negar lo que es real! Imagina que fueras uno de estos grandes doctores, con tu toga rayada con armiño, y supón que el bendito Danhuzero llegara a ti como ante el oráculo de su religión...

En ese instante llegó un criado para decirme que un joven señor había acudido a visitarme.

—No quisiera que me viera en absoluto, —me dijo Conde.

—Te ruego me disculpes, señor, —le dije—. Tal vez supongas, por el nombre de este señor, que no podre librarme de él, aunque le haga decir que no hablaré con él. Por eso, ten a bien tomarte la molestia de pasar a aquella otra habitación.

—No hay problema, —me dijo—. Me haré invisible.

—¡Oh, señor! —exclamé—. Nada de brujería, te lo suplico. No comprendo ese juego.

—¿Qué ignorancia es ésta? —dijo el Conde, sonriendo y encogiéndose de hombros—. ¡No saber que ser invisible es poner ante uno algo opuesto a la Luz!

Entró en mi estudio; y casi al mismo instante el joven señor entró en mi habitación, y le pedí disculpas por no haberlo aguardado abajo.

## NOTAS DE LA PLATICA CUARTA

1. Según el viejo adagio: "No es excusa ignorar la Ley (la Voluntad de Dios)". El ser humano debe hacer todos los esfuerzos para "conocerse", para ser consciente de sus flaquezas, sus fuerzas, y su finalidad en la tierra. La educación, como hoy la conocemos, es de poquísima ayuda en este sentido; a menos que el ser humano busque la guía de las antiguas Escuelas filosóficas, no es probable que su búsqueda tenga resultados positivos.

2. San Antonio, el anacoreta, que nació en Egipto, en el año 250 de nuestra era, es considerado el fundador del monasticismo cristiano. Según un hecho que sobre san Antonio documentara san Jerónimo en La vida de Pablo el primer ermitaño (capítulo VIII), un día el anacoreta se encontró con un elemental. "...Al poco tiempo,



en un vallecito rocoso cerrado por todos lados vio a un ser de nariz ganchuda, frente con cuernos y extremidades como las de un chivo. Al ver esto, Antonio, como buen soldado, blandió el escudo de la fe y el yelmo de la esperanza: no obstante ello, la criatura empezó a ofrecerle el fruto de las palmeras para sostenerse en su viaje y, por así decirlo, promesas de paz. Al percibir esto, Antonio se detuvo y le preguntó quién era. La respuesta que recibió de aquella criatura fue: –Soy un ser mortal y uno de los habitantes del desierto, a quienes los gentiles, engañados por sus diversas formas, adoran bajo los nombres de faunos, sátiros e íncubos. Me enviaron para que representara a mi tribu. Te rogamos que, en nuestra representación, supliques el favor de tu Señor y el nuestro, quien, como nos enteramos, advino una vez para salvar al mundo, y cuyo mensaje se expresó por toda la tierra.

"Bastó que aquella criatura pronunciara estas palabras para que las mejillas del anciano viajero se undieran de lágrimas –señales de sus profundos sentimientos– las que derramó plenamente gozoso. Antonio se regocijó con la Gloria de Cristo y la destrucción de Satanás, mientras durante todo ese tiempo se maravilló de poder comprender el lenguaje del sátiro. Golpeando el suelo con su cayado, le dijo: –¡Ay de ti, Alejandría, que en lugar de Dios adoras a monstruos! ¡Ay de ciudad prostituida, a la que afluyeron juntos los demonios del mundo entero! ¡Qué dirás ahora! Los animales hablan de Cristo, y tú, en lugar de Dios, adoras a los monstruos.

"Antonio no había terminado de hablar cuando, como si tuviera alas, aquella criatura salvaje se marchó."

Atanasio –citado en este discurso– también escribió una Vida de Antonio.

3. El que habla es un filósofo. Tal como es posible elevar a un elemental a la inmortalidad por la voluntad y el amor de un mortal, de igual modo la relación sexual entre un hombre y una mujer puede elevarse para satisfacer las exigencias de Dios. El "pecado original" no fue tanto el acto sexual per se, sino su uso con una finalidad profana e improductiva. Ver el libro El Misterio del Sexo y la Regeneración de la Raza, publicado por Editorial Kier S.A.

4. Si bien es cierto que si el Adán y la Eva alegóricos no hubieran usado mal sus fuerzas creativas, dirigiéndolas solamente hacia su placer, el mundo podría hallarse en un estado mucho más ordenado, si no hubiéramos desobedecido a la Ley Original, no tendríamos la actual oportunidad de elevarnos hacia la Deidad redirigiendo esta misma fuerza creativa para beneficio de nosotros mismos y de toda la humanidad. Ahora tenemos la opción de cohabitar con los elementales, como fue el plan original, o de usar estas energías sexuales para transmutar los apetitos carnales a la Luz del Alma con la compañera terrena de nuestra elección. Así, la "caída" del hombre le creó una oportunidad sin paralelo, según lo que conocemos, en todo el universo.

5. "Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre." –Génesis VI:4.

6. El Arca de Noé ejerció una absorbente atracción en la mayoría de la gente en una época u otra de sus vidas. Es de lamentar que, luego de cierto lapso, el interés desaparezca, convirtiéndose en una mera reminiscencia de una fábula o de un "juguete" para divertir a los niños. Un escrito antiguo declara que el Arca de Noé representaba al "Arca de la Alianza" dentro del hombre y que el ingreso de éste allí salvó al mundo. El escrito infiere, además, que en el mundo de entonces campeaba un apetito sexual desenfrenado, el cual produjo el diluvio, que destruyó todo, salvo a la familia de Noé. Filón declaró que el Arca fue construida imitando el cuerpo humano.

7. Si consideramos dónde estaba ubicada la raza negra en 1670, este comentario del Conde resulta más comprensible. En los pasados 300 años, ninguna raza tuvo mayores logros que la raza negra. Así como todos debemos y podemos vencer al pecado de Adán, de igual modo la raza negra puede vencer y está venciendo al pecado de Cam.

8. Cam es lo mismo que Ham, uno de los hijos de Noé. (Véase Génesis IX: 20-24).

Según los escritos antiguos, la embriaguez de Noé es un "Misterio de la Sabiduría", relativo al pecado de la primera caída del hombre y una solución de ésta. Los cabalistas afirman que el origen de nuestro conocimiento es divino, que Dios lo revela sólo a los puros de corazón, y que la fuente de la luz verdadera del Conocimiento sólo la conocen quienes son iluminados por esa Luz dentro de sus almas.

9. Según Enrique Cornelio Agrippa von Nettesheim, autor de La Filosofía Oculta (publicada por Editorial Kier S.A.): "Platón, en Crátilo y en Filebo, ordenó reverenciar a los nombres de Dios más que a las imágenes o estatuas de los dioses, pues hay una imagen y un poder de Dios más expresos, reservados en la facultad de la mente, especialmente si la inspiración proviene de lo alto, que en las obras creadas por el hombre. En consecuencia, las palabras sagradas no tienen su poder en la operación mágica, derivado de ellas mismas, pues son palabras, sino procedente de los Poderes Divinos Ocultos que operan por sí en las mentes de quienes, con la fe, adhieren a ellos; y mediante esas palabras, el Poder Secreto de Dios, por decirlo así, a través de canales conductores, es transmitido a quienes tienen los oídos purificados por la fe, y mediante una conversación y una invocación purísimas de los Nombres Divinos se convierten en la habitación de Dios y capaces de estas Divinas Influencias; por tanto, quien use acertadamente estas palabras o estos nombres de Dios con esa pureza mental, de esa manera y con ese orden, como fueron entregadas, obtendrá y hará muchas cosas prodigiosas".

Cornelio Agrippa fue filósofo, médico, teólogo, soldado, agente de servicio secreto, estadista, maestro, escritor y reformador. Nació en Colonia, en setiembre de 1486, y se educó en la Universidad de Colonia. Se formó sirviendo al Emperador Maximiliano I, de Alemania, quien tenía gran fe en sus aptitudes. Luego de completar acertadamente una misión secreta en Inglaterra para el Emperador, Agrippa le sirvió durante siete años en Italia. Ocupó un puesto en Metz, regresó a Colonia, y practicó la medicina en Ginebra. Fue médico de Luisa de Saboya, madre de Francisco I, y luego aceptó un puesto que le ofreciera Margarita, Duquesa de Saboya, Regente de los Plises Bajos. Estudió alquimia y filosofía con Juan Tritemio. En 1506, al viajar a París para asistir a la Universidad, tomó contacto con muchos alquimistas a la sazón en

actividad, y con muchos ocultistas, místicos y estudiantes de las Ciencias secretas que estaban en París. Organizó una sociedad de personas interesadas en las Ciencias Secretas y estableció filiales en Londres y en Lyon, Francia. Durante toda su vida no vaciló en poner al descubierto los males e imposturas de su época. Por esa razón, concitó el odio o la malevolencia de aquellos cuyas malas prácticas deseaba reformar; como siempre fue blanco de persecuciones y juicios, nunca permaneció largo tiempo en un lugar. Fue autor de obras sobre filosofía y magia, publicadas entre 1531 y 1535, año este último en el cual murió.

10. En el Libro de las Ninfas, los Silfos, los Pigmeos y las Salamandras, Tratado IV, traducido de una edición latina de las obras de Paracelso publicadas en Ginebra en 1658 (volumen II), esto se menciona como una anécdota verídica, y se relaciona con la Ninfa de Stauffenberg: "Era de notable belleza y se sentó a la vera del camino aguardando al señor que había escogido para sí. Es verdad que algunos teólogos juzgan que estas cosas son meras burlas y tretas del Demonio, aunque no lo creen así los teólogos de verdad. ¿Puede haber en las Escrituras algo más importante que no descuidar nada, sopesarlo todo con honradez y fidelidad, asimilar con juicio sobrio y atento, examinarlo todo por doquier con exactitud y no desdeñar nada que se desconozca? De donde está claro que estas personas pasan sobre estas cosas con ligereza e indolencia, ignorando la verdad, alegando enjuagues del Demonio, aunque a éste no lo conozcan. Debería reflexionarse que Dios permite tales prodigios con el fin de que no todos nosotros nos casemos y vivamos con las Ninfas, sino sólo uno aquí y otro allá, para que se revelen las maravillosas obras de Dios entre sus criaturas, y se difunda un conocimiento más seguro de ellas. Si éstas hubieran sido obras del Demonio, habrían merecido sin duda el desprecio. Tales cosas no puede hacerlas el Demonio, sino sólo Dios. Pero, volvamos a lo nuestro. Esta fue una Ninfa del Agua, y se casó con este ciudadano de Stauffenberg ya mencionado... Ocurrieron otros hechos de índole parecida, pero se los pasa por alto desdeñosamente por ser un mal ejemplo. De esto resulta muy clara la marcada necedad de los hombres".

11-El Conde se refiere a una parte de las Escrituras, que es poco reverenciada por los Padres de la Iglesia, de ayer y hoy. La sucesión apostólica del

Sacerdocios de los Magos, o sea, de Melquisedec, se remonta al año 4255 antes de Cristo. El Génesis 14:18-20 dice: "Melquisedec, rey de Salem, sacó pan y vino; era él sacerdote del Dios Altísimo, y bendijo a Abram diciendo: 'Bendito seas Abram del Dios Altísimo que creó el cielo y la tierra y bendito sea el Dios Altísimo que ha puesto en tus manos a tus enemigos'. Luego, le dio el diezmo de todo".

Los Magos ya eran milenariós cuando nació el Nazareno, y, como está documentado, ellos lo visitaron, reconociéndolo como el nuevo intérprete de la Ley. Como lo escribiera Pablo en la Epístola a los Hebreos 5:5- 10:

"Así también Cristo no se atribuyó la gloria de constituirse sumo sacerdote, sino que la recibió de que le dijo: 'Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy';

"Como dice también en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.

"El, que en los días de su vida mortal, habiendo presentado con violento clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte y habiendo sido escuchado por su piedad.

"aunque era Hijo, aprendió, por lo que padeció, la obediencia;

"y hecho perfecto se convirtió para todos aquellos que le obedecen en principio de salud eterna,

"pues fue proclamado por Dios sumo sacerdote 'según el orden de Melquisedec'".

El actual Sacerdocios de Melquisedec desciende directamente de las antiguas Escuelas de los Misterios a través del Orden de los Magos.

12. Según Paracelso, en El Libro de las Ninfas, los Silfos, los Pigmeos y las Salamandras, Tratado IV, la historia de Melusina (o Melusine, o Melosina) corres-



# PLATICA

## QUINTA

CUANDO el gran señor se marchó y volví de acompañarlo hasta su carruaje, encontré al Conde de Gabalís en mi aposento.

–Entraña una gran pérdida para nosotros –me dijo– el hecho de que este señor que acaba de despedirse de ti deba llegar a ser un día uno de los setenta y dos príncipes del Sanhedrín de la nueva Ley. Si no hubiera sido por eso, él habría sido un sujeto digno de nuestra Sagrada Càbala. Es de ingenio profundo, extraordinariamente atractivo, vasto, sublime y audaz.

"Echemos un vistazo a la Figura Geomántica (1) que tracé para él durante el tiempo en el que ustedes dos estuvieron conversando. Nunca vi puntos más felices ni que señalaran un Alma tan bella. Mira a esta Madre. ¡Qué magnanimidad le da! Esta Hija le procurará la púrpura. Me siento mal inclinado hacia él y su fortuna en razón de que aparta de la Filosofía a un sujeto que tal vez te supere. Pero, ¿dónde estábamos cuando él llegó?.

–Señor, me hablabas –le dije– de un bienaventurado a quien nunca vi en todo el santoral romano. Creo que lo llamaste Danhuzero.

–Es cierto –prosiguió–, lo recuerdo. Te decía que deberías ponerte en el lugar de uno de tus doctores, y suponer que el bienaventurado Danhuzero acudiera a ti a abrir su conciencia y decirte:

–Señor, vengo de más allá de los Alpes a presentarte mis respetos, al tener noticias de tu sabiduría. Tengo un poco de escrúpulos que perturban algo mi conciencia. En una montaña de Italia, hay una Ninfa(2) que tiene allí su corte. La sirven

mil Ninfas, casi tan bellas como ella; y de modo parecido, otros tantos hombres bien parecidos, muy sabios y probos. Hasta allí llegan de toda la tierra habitable; aman a estas Ninfas y son amados por ellas. Llevan allí la vida más apacible del mundo. Ellas tienen hijos bellísimos merced a aquellos a quienes aman. Adoran al Dios Vivo. A nadie hacen daño, y su anhelo es la inmortalidad. Un día escalé esta montaña, y le agradé a la Reina de las Ninfas, quien se hizo visible y me mostró su encantadora corte. Los Sabios, que percibieron que ella me amaba, me respetaron casi como si yo hubiera sido su Príncipe. Me exhortaron a escuchar y ceder ante los suspiros y la belleza de la Ninfa. Ella me hizo presente su pasión, y nada olvidó que pudiera conmover mi corazón. Finalmente, me declaró que ella moriría si yo no la amaba, y que si yo la amaba se sentiría muy agradecida conmigo por su Inmortalidad. Las razones de aquellos sabios convencieron a mi espíritu, y los atractivos de la Ninfa ganaron mi corazón. La amo; ella me ha dado hijos que

prometen muchísimo.

"Pero, en medio de mi felicidad, a veces me perturbo cuando recuerdo que la Iglesia de Roma no aprueba todo esto. Por eso acudo a ti, señor, para consultarte y saber qué son esta Ninfa, estos Sabios y estos niños; y cuál es el estado de mi conciencia.

—Doctor magistral, dime ahora: ¿qué respuesta le darás al señor Danhuzero?

—Yo le diría: —le contesté— Señor mío Danhuzero, salvando el respeto que te debo, o estás un poco loco, o lo que ves es brujería. Tus hijos y tu amante son espíritus inmundos, y, según mi opinión, tu conciencia está algo insensibilizada.

—Hijo mío, con esta contestación muy bien podrías merecer un birrete de doctor, pero jamás serías recibido en nuestra Compañía, —continuó el Conde, con un gran suspiro—. ¡Esta es la bárbara disposición de todos los doctores de esta época! Basta que un pobre Silfo asome su cabeza entre nosotros para que se lo tome por un espíritu maligno. Una Ninfa no puede esforzarse en ser inmortal sin que la confundan con un espíritu inmundo. Y una Salamandra no debe aparecerse, no sea que se la



repute un demonio, y que a las llamas puras, que la componen, y la acompañan, se las confunda con el fuego del infierno. (Para disipar estos recelos) idearon hacer la señal de la cruz cuando se aparezcan, para que se prosternen ante los Nombres Divinos y los pronuncien también con reverencia. Empero, todas estas precauciones son en vano. Todos tus trucos tampoco procurarán jamás que se las repunte enemigas de Dios, a quien adoran más religiosamente que aquellos que huyen de ellas.

—Muy bien, Señor, —le dije—. Aparentemente, crees que estas criaturas son también maravillosamente devotas. (3)

—Muy devotas —me contestó—, y muy celosas de la Deidad. Los excelentes discursos que pronuncian sobre la Esencia Divina y sus plegarias admirables nos edifican mucho.

—¿También tienen plegarias? —le pregunté—. Me gustaría ver una hecha por ellas.

—Es fácil contentarte —me replicó—, y con el fin de despejar tus recelos y de que no sospeches de que esto lo inventé, escucha lo que la Salamandra, que respondía en el Templo de Delfos. enseñaba a los paganos, lo cual lo relata Porfirio. Contiene sublime teología y a través de esto verás que aquél no recibió de estas sabias criaturas otra doctrina que no fuera que el mundo debe adorar al único Dios Verdadero:

## PLEGARIA DE LA SALAMANDRA

¡Padre Inmortal, Eterno, Inefable y Sagrado de todas las cosas!, que eres transportado eternamente sobre los carruajes rodantes de las esferas. Gobernante de los ejércitos del éter, <4) en el que se alza el Trono de tu Poder; desde cuya cima tus ojos omnipenetrantes lo contemplan todo, y tus oídos puros y sagrados lo oyen todo. Ayuda a tus hijos, a quienes amaste desde el nacimiento de los siglos, pues tu Majestad brillante, grande y Eterna resplandece sobre la tierra, los cielos y las estrellas. Te elevas sobre ellos, ¡oh Fuego Chispeante! <5). Allí das Luz, y te

entretienes con tu propio Esplendor, y de tu Esencia manan los ríos eternos de Luz que nutren tu Espíritu Infinito.\*6) Este Espíritu Infinito produce todas las cosas y crea este tesoro inagotable de la materia, que jamás puede dejar de generarse, que siempre la abarca, en razón de las formas innumerables con las que está grávida y con las que tú la llenaste al principio. De este Espíritu también sacan su original los santísimos reyes que entornan tu Trono y componen tu Corte. ¡Oh Padre Universal! ¡Oh Santo! ¡Oh Padre de los Mortales y los Inmortales Bienaventurados! Tu creaste particularmente poderes, que son maravillosamente parecidos a tu Pensamiento Eterno, y a tu Esencia Adorable. Tú los estableciste sobre los ángeles, quienes declaran tu Voluntad al mundo. Finalmente, tú creaste una tercera clase de poderes,(7) en los elementos. Nuestro ejercicio continuo consiste en alabarte y adorar tus gracias. Ardemos en deseo de poseerte. ¡Oh Padre! ¡Oh Madre, la más tierna de las Madres! ¡Oh Ejemplo! admirable de las pasiones y la ternura de las Madres! ¡Oh Hijo, la Flor de todos los Hijos! ¡Oh Forma de todas las Formas! ¡Alma, Espíritu, Armonía y Número de todas las Cosas!

—¿Qué tienes que decir sobre esta plegaria de las Salamandras? ¿No es sapientísima, elevadísima y devotísima?

—Y también oscurísima, —le contesté—. En una ocasión, oí la paráfrasis de una oración como ésta, y quedó demostrado que el Demonio, amén de los demás vicios que tiene, es, sobre todo, un gran hipócrita.

—¡Caramba! —exclamó el Conde—. ¿Entonces, a qué tendréis que recurrir, pobres criaturas elementales?! Habláis maravillas de la Naturaleza y de Dios, del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, de las inteligencias coadyuvantes, de los ángeles y de los cielos! Formuláis plegarias admirables, y las enseñáis a los hombres...pero, después de todo, ¡sois solamente espíritus malignos e hipócritas!

—Señor, —lo interrumpí— no me haces ninguna gracia al invocar, de esta manera, a esta clase de criaturas.

—¡Ay, hijo mío! —continuó—. No te perturbe que yo las invoque, sino tu

flaqueza que te impide admirarte de aquí en más que no hayas visto tantos ejemplos como desearás haber visto de su alianza con los hombres. ¡Ay! ¿Dónde está la mujer, cuya imaginación tus doctores no hayan corrompido tanto que no piense sino con horror en este trato, y tiemble ante el aspecto mismo de un Silfo? ¿Dónde está el hombre, que no huya de la vista de esas criaturas, si se empeña en ser virtuoso y honesto? ¡Cuán raramente encontramos un hombre digno que desee estar en trato con aquéllas! Con lo único que nos encontramos es con personas corrompidas, codiciosas, ambiciosas o impostoras, que buscan este honor, pero que jamás lo alcanzarán, te lo aseguro.

"Pues, el temor de Dios es el comienzo de la sabiduría."

—¿Qué será, entonces —le pregunté—, de todas estas criaturas del aire, que por ser todas honestas están tan indispuestas contra aquéllas?

—Bien —me dijo—, el brazo de Dios no se acorta, y el Demonio no obtendrá todos los beneficios que él espera por la ignorancia y el error que él expresó para perjudicarlas, pues, además de los filósofos, que son muchísimos y remedian esto del mejor modo que pueden renunciando por completo a las mujeres, Dios permitió que todos estos elementales usen todas las artes inocentes!8) que puedan idear, para conversar con los hombres sin que éstos lo sepan.

—¿Qué es lo que me dices, señor?—exclamé.

—Te digo la verdad, —prosiguió—. ¿Crees que un perro puede tener hijos a través de una mujer ?

—No, —le contesté.

—¿Y un mono, tampoco?—añadió.

—Tampoco, —le repliqué.

–¿Ni un oso? –continuó.

–Ni un perro, ni un oso, ni un mono, –le dije–. Eso es indiscutiblemente imposible, está por completo contra la naturaleza, la razón y el sentido común.

–Muy bien, –me dijo el Conde–. Pero, ¿los Reyes de los godos no nacieron de un oso y una Princesa sueca?

–Es verdad; la historia lo cuenta.

–Y los de Pegú y Sioni, en la India, –me replicó– ¿no nacieron de un perro y una mujer?

Eso también lo leí, –le dije.

–¿Y aquella mujer portuguesa –continuó– a la que abandonaron en una isla desierta, no tuvo hijos por su contacto con un mono grande?

–Nuestros teólogos, señor, –le dije– responden a eso que el Demonio, tomando la forma de estas bestias...

–Otra vez vas a expresar –me interrumpió el Conde– lo que neciamente imaginan tus autores. Aprende entonces, de una vez por todas, que como a los Silfos se los confunde con demonios cuando aparecen en forma humana, adoptan las figuras de aquellos animales como un medio para disminuir esta aversión que los hombres tienen hacia ellos. Por ello se ajustan a la caprichosa flaqueza de las mujeres, que se asustarían de un Silfo bello, pero no se asustarían de un perro o de un mono. Podría contarte muchas historias sobre tus perritos boloñeses y ciertas damas bonitas del mundo, pero tengo un Secreto mayor que enseñarte.

"Has de saber, hijo mío, que muchos que se creen hijos de hombres, son hijos de Silfos. Otros piensan que están en la cama con sus esposas, y, sin siquiera saberlo, inmortalizaron Silfos. Esta mujer supone que está abrazando a su esposo, y

está entre los brazos de una Salamandra. Y aquella jovencita juraría, al despertar, que es virgen, pero, mientras dormía se le tributó un honor con el que poco soñó. Así es como tanto el Demonio como los ignorantes son engañados por igual.

—¿Cómo? —le dije—. ¿El Demonio no puede despertar a la jovencita e impedir que la Salamandra se vuelva inmortal?

—El podría hacerlo, —me contestó el Conde— si los Sabios no dispusieran de algo al respecto. Pero, nosotros, a todas estas criaturas les enseñamos el modo de atar a los demonios\*9) y cómo oponerse a sus sutiles esfuerzos. ¿No te dije el otro día que los Silfos, y los otros señores de los elementos, estuvieron muy felices cuando les mostramos la Cábala? Si no fuera por nosotros, el Demonio, su gran enemigo, los habría inquietado penosamente, y les hubiera sido difícil immortalizarse sin la primicia de las jovencitas.

—Mi asombro no puede ser bastante —me contestó— ante la profunda ignorancia en que vivimos. Por lo general, se cree que las potencias del aire dan a veces su ayuda a quienes están enamorados y los ayudan a cumplir sus fines. Pero, aparentemente, la cuestión es todo lo contrario; las potencias del aire necesitan hombres que las ayuden en sus amoríos.

—Es precisamente como dices, hijo mío, —prosiguió el Conde—. Los Sabios socorren a estas pobres criaturas; sin ellos, ¡ay!, serían demasiado desdichadas y débiles como para resistir al Demonio, pues, cuando un Silfo aprendió de nosotros a pronunciar cabalísticamente el potente nombre NEHMAHMIHAH, y unirlo formalmente con el deliciosísimo nombre ELIA- EL, todas las potencias de las tinieblas se ponen en fuga, y el Silfo goza apaciblemente de aquello que él ama.

"Tal fue lo que ocurrió con aquel Silfo ingenioso que se immortalizó asumiendo la figura del amante de una dama de Sevilla. La historia es bastante bien conocida. Aquella joven dama española era bella, pero su belleza iba a la par de su crueldad. Un caballero castellano, que la amaba en vano, decidió una mañana abandonarla sin darle explicaciones, y viajar hasta que llegara el tiempo en que se

curara de su inútil pasión. Un Silfo encontró a esta bella de su agrado, y juzgó que lo mejor que podía hacer era aprovechar esta oportunidad; y, armándose con todo lo que uno de nuestros Sabios le enseñara para defenderse contra las estratagemas que el Demonio, envidioso de su buena suerte, pudiera idear para causarle un contratiempo, fue a ver a aquella señora,\*10) tomando la forma de su amado ausente. Se deshizo en quejas y suspiros, pero fue rechazado. Insistió, imploró y perseveró. Luego de muchos meses, movió su compasión, hizo que ella lo amara, y la persuadió; y, en suma, fue feliz. De sus amores nació un hijo, cuyo nacimiento se mantuvo en secreto, y el trato de este amante del aire fue ocultado para que no lo supieran los padres de ella. El amor continuó; y ella tuvo la bendición de un segundo embarazo. Entretanto, aquel caballero, curado por su ausencia, regresó a Sevilla. Impaciente por ver nuevamente a su cruel amante, con toda la prisa que pudo le hizo saber que, al fin, él estaba en condiciones de no disgustarla más, y que había venido para declararle que no había dejado de amarla.

"Trata de imaginar el asombro de esta joven, sus lágrimas, sus reproches y su sorprendente diálogo. Ella afirmaba que lo había hecho feliz (lo cual él lo negaba), recordándole que su hijo de ambos estaba en tal sitio, que él era su padre, y que ella estaba encinta de otro, del cual él también era el padre. El caballero se obstinó en negarlo todo. Ella se tiró al suelo, mesándose los cabellos. Los padres entraron precipitadamente ante los gritos de ella. La desesperada amante siguió con sus quejas e invectivas. El caballero testimonió que había estado ausente por espacio de dos años. Buscaron al primer hijo, y lo encontraron; el segundo nació en el plazo correcto".

—¿Y, durante todo este tiempo, —lo interrumpí— qué papel representó el amante del aire?(11)

—Advierto bastante bien —me contestó el Conde— que te desagrada que él haya abandonado a su amante, dejándola librada al rigor de sus padres y a la furia de los inquisidores. Pero él tenía razón como para quejarse de ella; ella no era bastante devota, pues cuando estos caballeros se immortalizan, trabajan con seriedad y viven muy santamente, para no perder el derecho que llegaron a adquirir del Dios

Soberano.

Por eso, quieren que la persona con la cual se unen viva con inocencia ejemplar, como puede observarse en aquella aventura famosa de un joven señor de Bavaria:

"No se consolaba por la muerte de su esposa, a la que amaba apasionadamente. Uno de nuestro Sabios aconsejó a una Sífide que asumiera la forma de esta mujer. Fue persuadida de ello, y se presentó ante el afligido joven, diciéndole que Dios la había resucitado de los muertos para consolarlo en su extrema aflicción. Vivieron juntos durante muchos años y tuvieron muchos hijos bellos. Pero el joven no era tan fiel como debería haber sido para retener a su discreta Sífide. Acostumbraba blasfemar y pronunciar palabras groseras e impúdicas. En ocasiones, ella lo censuraba, pero viendo que sus advertencias eran inútiles, un día desapareció y lo único que le dejó fueron sus vestidos y el arrepentimiento de él por no haber seguido sus santos consejos. Hijo mío, así adviertes cómo los Silfos tienen a veces razón para desaparecer. Y ves que el Demonio, lo mismo que tus caprichosos doctores, no pueden impedir que los elementales procuren, con buenos resultados, inmortalizarse cuando algunos de nuestros Sabios los ayudan.(12)

—Pero, en serio, señor —le dije— ¿estás convencido de que el Demonio es tan enemigo de estos sobornadores de bellas doncellas?

—Es un enemigo mortal—me dijo el Conde—, especialmente de los Silfos, las Ninfas y las Salamandras. Pero, en cuanto a los Gnomos o las Hadas, no los odia tanto, porque, como creo que has oído, temerosos del terrible alboroto, que los demonios crean en el centro de la tierra, prefieren seguir siendo mortales que correr el riesgo de sufrir tales tormentos si adquieren la inmortalidad. De allí que los Gnomos,\*13) y los demonios, sus vecinos, tengan muchísimo trato. Ellos persuaden a estos Gnomos (que naturalmente son grandes amigos del hombre)<14) de que prestan a éste un gran servicio y lo libran de un gran peligro compeliéndolo a que renuncie a su inmortalidad. De modo que a los Gnomos los comprometen a que le procuren al hombre (a quien persuaden a que renuncie a la inmortalidad) todo el

dinero que les pida, a fin de impedir los peligros que podrían amenazar su vida durante cierto tiempo, o alguna circunstancia parecida, como mejor le plazca a aquel con quien establecen este desdichado pacto. Así, el Demonio, que es un perverso, mediante su convenio con este Gnomo, hace que el alma del hombre se vuelva mortal, y la priva del derecho a la Luz Eterna\*15).

—¿Cómo es eso, señor? —exclamé—. Según tu opinión, ¿estos pactos de los que los demonógrafos dan tantos ejemplos, no son con el Demonio?

—Con seguridad que no, —continuó el Conde—. ¿Al Príncipe del Mundo no se lo ahuyentó? ¿No se lo excluyó? ¿No se lo limitó? ¿No se lo maldijo y condenó a estar lejos de la tierra, y se lo arrojó para que permaneciera en el fondo de la obra del Arquitecto Supremo? ¿Puede él ascender hasta la Región de la Luz y hacer que allí resplandezcan sus concentradas tinieblas? No. El nada puede hacer contra el hombre.\*16) Sólo puede inspirar a los Gnomos, que son sus vecinos, para que formulen estas proposiciones a los hombres que él más teme que puedan salvarse, con el fin de que su alma muera con el cuerpo.

—Entonces, ¿crees —añadió— que las almas mueren?

—Mueren, hijo mío, —me respondió.

—Y quienes hacen estos pactos—proseguí—, ¿no se condenan?

—No pueden condenarse —me dijo—, porque sus almas mueren con sus cuerpos.

—Entonces se libran fácilmente —continué—, y sólo reciben un leve castigo por haber cometido tan enorme crimen de renunciar a su bautismo y a la muerte de Cristo.

—¿Estimas —me replicó el Conde— que es un leve castigo reingresar en el negro abismo de la nada? Has de saber que hay un dolor mucho mayor que ser



condenado, pues hay aún un resto de misericordia en la justicia que Dios ejerce contra los pecadores en el infierno, puesto que es un gran favor no consumirlos en el fuego que los quema. Ser nada(17) es mayor aflicción que estar en el infierno.

"Esta es la doctrina que los Sabios predicán a los Gnomos, cuando ellos se juntan, para hacerles comprender qué daño se infieren al preferir la muerte antes que la inmortalidad, y la nada antes que la esperanza de la Felicidad Eterna, a la que con justicia podrían aspirar si se unieran con los hombres y no solicitaran estos renunciamentos criminales. A algunos de ellos, que nos creen, los casamos con nuestras hijas.

—Entonces, ¿predicas el Evangeio a estas criaturas subterráneas, señor? —le pregunté.

—¿Por qué no debería predicarlo? —me replicó—. Somos sus doctores, lo mismo que de las demás criaturas del fuego, del aire y del agua; pues la caridad filosofal se extiende, sin diferencias, hacia todos los hijos de Dios, ya que, como son más sutiles y diáfanas que los corrientes hijos de los hombres, son más dóciles y capaces de disciplina. Y escuchan las Verdades Divinas con una atención y un respeto que nos dejan atónitos.

—Debe ser un espectáculo arrebatador —le dije sonriendo— contemplar a un Filósofo Rosacruz que, desde su cátedra, predica a todas estas criaturitas.

—Hijo mío, te darás ese gusto cuando quieras, —me dijo el Conde—. Y si lo deseas, las reuniré esta misma tarde y les predicaré a medianoche.

—¡A medianoche! —exclamé—. He oído decir que esa es la hora de su Sabbath.

Ante estas palabras mías, el Conde contuvo su risa.

—Me haces acordar —me dijo— de todas las bobes- rías que los demonógrafos

refieren sobre esta cuestión de su imaginario Sabbath. El concepto es tan extraordinario que es posible que tú también lo creas.

–¡Caramba! No creo en ninguna de las historias sobre el Sabbath–le contesté.

–Haces bien, hijo mío –me dijo– pues – y te lo debo decir una vez más–, el Demonio no tiene poder como para divertirse así con la humanidad, ni para mantener tratos o relaciones con ella, y mucho menos para hacerse adorar, como los inquisidores creen. Lo que dio pábulo a este rumor popular es lo que se refiere de los Sabios que, como te dije, reúnen a los habitantes de los elementos para predicarles los misterios de las Ciencias Secretas y su moralidad. Y, corrientemente, ocurre que algún Gnomo, convencido de su craso error y captando el horror de ser reducido a la nada, consiente en su inmortalización. Entonces recibe una linda doncella, se casa, y la boda se celebra con todo el regocijo que exige una conquista que se acaba de efectuar. Estas son las algazaras y señales de alegría que Aristóteles dice que se oían en ciertas islas en las que, no obstante, no se podía ver a nadie. El gran Orfeo fue el primero en convocar a aquellas criaturas subterráneas, y ante su primer sermón, Sabasio, el más viejo de los Gnomos, alcanzó la inmortalidad. Y de este Sabasio tomó su nombre esta reunión en la que los Sabios le dirigieron sus discursos mientras vivió, como aparece en los Himnos del Divino Orfeo.

"Los ignorantes confundieron estas cosas y las aprovecharon para armar mil relatos impropios, y para describir una reunión que nosotros sólo convocamos para glorificar al Ser Soberano".

–Nunca imaginé que este Sabbath –le dije– hubiera sido una reunión devota.

–Pero lo es, –continuó–. Es una reunión santísima y muy cabalística de la que el mundo no se convencerá con facilidad. Pero la deplorable ceguera de este siglo injusto es tal que los hombres todavía se embrutecen con un rumor del vulgo y no permiten que se los desengañe. Mucho fastidió a los Sabios que creyeran a los necios antes que a ellos. Un filósofo tendría una apreciable tarea si examinara todas

las absurdas falsedades y quimeras que se han forjado y diera pruebas manifiestas contra ellas, pues, sea cual fuere la experiencia o la sólida razón que empleare, aparecería un hombre de birrete cuadrado que escribiría debajo: "Esto es falso", la experiencia y la demostración no tienen más fuerza, y ya no está en la capacidad de la Verdad restablecer su Imperio. Los hombres creerán a este birrete cuadrado antes que a sus propios ojos.

"El famoso cabalista Zedequías se transportó en espíritu hasta el reino de su rey Pipino para convencer al mundo de que los elementos están habitados por todas estas criaturas cuya naturaleza te estuve describiendo. Para realizar todo esto se valió de lo siguiente: Aconsejó a los Silfos que se aparecieran en el aire ante todo el mundo. Ellos lo hicieron muy magníficamente: estas criaturas se aparecieron en el aire con figura humana, a veces en formación de batalla, marchando ordenadamente, velando sus armas, o acampadas bajo muy majestuosas tiendas de campaña; en otras ocasiones, en naves aéreas de estructura admirable cuya flota voladora se desplazaba bajo el impulso de los céfiros. Bien, ¿y cuál fue el problema en todo esto? ¿Piensas que este siglo ignorante se puso a estudiar la naturaleza de estos espectáculos maravillosos? La gente que estaba allí creía que se trataba de brujos que, mediante un poder en el aire, ejercían sus conjuros y hacían caer granizo sobre sus campos de cereales. La gente ilustrada, los teólogos y los letrados eran de la misma opinión que la chusma. Los emperadores también creían eso; y esta ridícula quimera gozó de tanto crédito entre todos que el sabio Carlomagno, y después de éste, Luis el Benigno, infligieron graves tormentos a todos aquellos supuestos tiranos del aire. Puedes ver esto en el primer capítulo de las Actas Capitulares de estos dos emperadores.

"Cuando los Silfos vieron que tanto el pueblo como la gente ilustrada y las testas coronadas también se alzaban en armas contra ellos, decidieron hacer que perdieran esta mala opinión que se habían formado sobre su inocente flota; se aparecieron de modo integral y claro a los seres humanos en todos los lugares; se dejaron ver con sus bellas esposas, y dejaron que vieran su nación y su gobierno; y luego descendieron en la tierra en distintas regiones del mundo. Obraron tal como lo habían proyectado; y las personas que los vieron descender se alejaron de todos los

sitios, dueños ya de la opinión de que se trataba de brujos que habían dejado a sus compañeros para arrojar veneno sobre sus frutos y sus pozos. Arrebatados de furia inspirada por todo eso que imaginaban, llevaron a la rastra a estos ¡inocentes para castigarlos. Es increíble lo que se hizo sufrir a muchos de ellos mediante fuego y agua en todo este reino.

"Uno de esos días sucedió que en Lyon fueron vistos descender de estas naves aéreas tres hombres y una mujer. Se congregó toda la ciudad, gritando que eran magos, y que Grimoaldo, el duque de Benevento, enemigo de Carlomagno, los enviaba para destruir la cosecha de Francia. Los cuatro inocentes dijeron que podrían justificarse; que eran de ese país; que hacía un rato que los hombres milagrosos los habían llevado por el aire y les habían hecho ver prodigios inauditos, y que les habían suplicado que efectuaran un relato de éstos. La gente, enfurecida, no quiso oír su defensa, y ya iba a quemarlos cuando el tumulto pudo apaciguarlo Agobardo, aquel hombre bueno que luego fue obispo de Lyon, y a la sazón era monje en esta ciudad, y de gran autoridad entre ellos, quien casualmente pasaba por el lugar.

"Y después de oír la acusación que el pueblo formulaba y la defensa efectuada por los acusados, declaró gravemente que lo que decían unos y otros era falso, que estas personas no habían descendido del aire, y que lo que los otros afirmaban haber visto era imposible.

"El pueblo, creyendo más en lo que su Padre Agobardo les había dicho que en lo que vieran sus ojos, se apaciguó, puso en libertad a los cuatro embajadores de los Silfos, y recibió con admiración el libro que Agobardo escribió<sup>18</sup>) para confirmar el fallo que dictara. Por tanto, lo que atestiguaron aquellos cuatro testigos no tuvo validez.

"Entretanto, tras escapar del castigo, estuvieron libres para relatar lo que vieran, lo cual no fue completamente en vano, pues, si lo recuerdas, aquel siglo de Carlomagno fue muy fructífero en hombres heroicos. Bien puede conjeturarse que la mujer, que había estado entre los Silfos, logró que las mujeres de aquella época la creyeran. Por eso, por la Gracia de Dios, muchos Silfos se inmortalizaron. También

se immortalizaron muchas Sílides, por el relato que estos tres hombres efectuaron sobre la belleza de aquéllas, lo cual indujo a la gente de aquella época a dedicarse a la filosofía más que antes. Y de allí derivan todos los relatos de hadas que encuentras en las leyendas amorosas de aquella época de Carlomagno y su corte.

"Todas aquellas supuestas hadas eran Sílides y Ninfas. ¿Leiste estos relatos\*19) sobre héroes y hadas?

—No, señor, —le dije.

—Lo lamento, —continuó—. Ellos te habrían dado alguna idea del estado al que los Sabios habían un día decidido reducir al mundo. Todos aquellos hombres heroicos, aquellos amores de las Ninfas, aquellos viajes hacia el paraíso terrestre, aquellos palacios y grutas encantados, y todas aquellas aventuras encantadoras sobre las cuales leemos, son sólo una pequeña idea de la vida que los Sabios llevaban, y de lo que el mundo será cuando ellos hagan que allí reine la Sabiduría. Allí sólo se verán héroes; el más insignificante de nuestros hijos tendrá la fuerza de Zoroastro, Apolonio o Melquisedec, y la mayoría de ellos llegará a ser como los hijos que Adán hubiera tenido con Eva, si él no hubiera pecado con ella.

—Señor, ¿no me dijiste —lo interrumpí— que Dios no quería que Adán y Eva tuvieran hijos; que Adán sólo debía haberse unido con las Sílides, y que Eva sólo debía haber pensado en Silfos o Salamandras?

—Es cierto —me dijo el Conde—, ellos no debieron haber tenido hijos del modo que lo hicieron.

—Entonces, señor —continué, ¿tu Cábala enseña algún invento para que el hombre y la mujer tengan hijos de un modo que no sea el método corriente?

—Efectivamente, créeme que lo enseña, —me respondió.

—Te suplico, señor—proseguí—, que me hagas el favor de enseñármelo.

—Alto ahí, señor, eso no lo sabrás hoy, por favor, —me dijo, sonriendo—. En ti vindicaré a las criaturas de los elementos, por haberse tomado tanta molestia en desengañarte de que se las juzgue demonios. No dudo que ya te has librado de tus terrores. En consecuencia, te dejo un tiempo libre para que medites y reflexiones ante Dios sobre qué especie de sustancias elementales será la más adecuada para su Gloria, y para la tuya, a fin de que la hagas participe de tu Inmortalidad.

"Entretanto, iré a recogerme un poco a fin de preparar el discurso que me pediste que esta noche pronuncie ante los Gnomos.

—¿Les expondrás —le dije—algún capítulo de Averroes?

—Creo, —me dijo el Conde— que de allí podría extraerse un tema muy bueno, pues me propongo predicarles sobre la excelencia del hombre, para inducirlos a que procuren unirse con nosotros. Y, siguiendo a Aristóteles, Averroes sostuvo dos cosas que sería bueno que yo aclarara. Una es sobre la naturaleza de la inteligencia, y la otra sobre el Bien Soberano. El dice que hay sólo una Inteligencia Creada, que es la Imagen de lo Increado, y que esta Inteligencia única basta para todos los hombres. Esto exige una explicación. Y sobre el Bien Soberano, Averroes dice que consiste en la conversación de los ángeles, que no es bastante cabalística.

"Pues el hombre durante su vida puede disfrutar, y está creado para disfrutar a Dios,(2°) como hace tiempo que lo percibes; y como lo experimentarás cuando estés en la jerarquía de los Sabios".

Así terminó mi conversación con el Conde de Gaba- lís. A la mañana siguiente regresó y me trajo el sermón que había pronunciado ante las criaturas subterráneas. ¡Es excelente! Te lo daría, con el resto de la conversación que una Vizcondesa y yo sostuvimos con este gran hombre, si yo estuviera seguro de que todos mis lectores tuvieran una real inteligencia y no tomaran a mal que yo me divertiera a costa de los tontos. Si veo que mi libro les complacerá, tanto como otros, y que no son injustos conmigo como para recelar que doy crédito a las Ciencias Secretas fingiendo ponerlas en ridículo, tal vez continúe yo divirtiéndome con el

Conde de Gabalís y te brinde de improviso otro tomo.

## NOTAS DE LA PLATICA QUINTA

A la humanidad la fascinaron siempre los métodos para averiguar los pensamientos más secretos de los demás e interiorizarse de los misterios del pasado y del futuro. La geomancia, medio que tiene esta finalidad, es una forma de adivinación o profecía, y emplea líneas formadas por puntos que, originalmente, se trazaban en tierra, y después en un papel. "Madre" e "Hija" son términos de la geomancia.

Las cuatro clases de elementales de que se habla no se mezclan entre sí. Los Gnomos no se relacionan con las Ondinas, las Salamandras, o las Ninfas, etc. Cada cual vive en su propio elemento. Las Ninfas, que tienen sus residencias y palacios en el agua, se sabe que adoptan la forma, la vestimenta y las costumbres humanas para unirse al hombre.

Las Ninfas –elementales– tienen mente e intelecto como el hombre, pero, a diferencia de éste, carecen del Alma Inmortal (de la Chispa del Alma). En el Plan Divino, la Omnipotencia de Dios no se limita a cuidar solamente del hombre, sino que también incluye a los Espíritus de la Naturaleza y a muchas otras cosas de las que el hombre nada sabe. Los elementales ven al sol y al cielo igual que nosotros. Como pertenecen a un elemento puro y están en éste, ese elemento es transparente para quienes allí viven.

¡Los dioses son muchísimos! Como el Maestro de Galilea le dijera a Pedro en el Huerto de Getsemani: "¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?" Mateo 26:53.

El principio subyacente de toda religión verdadera, la base misma de los Misterios Antiguos, es la Filosofía del Fuego. Dios se apareció en el Querubín que custodiaba la puerta del Edén como una Espada Flamígera, a Abraham como una Llama de Fuego, a Moisés como un Fuego en la zarza de Horeb, y a toda la reunión de personas en Sinaí, donde descendió sobre la montaña como FUEGO. El mismo



Moisés le dijo al pueblo de Israel que Dios era FUEGO CONSUMIDOR.

La Salamandra y la Salamandrina, elementales del Fuego, están más próximos al Alma del hombre, pues el Alma está compuesta por Fuego. Dios es FUEGO VIVO; la base del Amor es Fuego.

Tal como HAY UN SOLO DIOS, de igual modo hay un solo Principio de Vida. Dios es LUZ, la Luz de la Vida, y la Luz es el Principio de Vida. Dios se manifiesta en la Luz, y la Luz se manifiesta en la Vida, y la Vida se manifiesta en la forma material. Por tanto, la vida que se manifiesta en la vegetación, en los animales y en el hombre es semejante en su fuente y origen: LUZ. El término "Espíritu" se usa con frecuencia aquí y

en otras partes de modo indiscriminado, hecho este que puede causar confusión. Como ya se indicó, Espíritu, en su verdadero sentido, es "Unidad", una única "Fuerza Universal Viva", la fuente de toda Vida. Espíritu, con mayúscula, se usa a menudo como sinónimo de "Dios" en la Biblia y en otros textos sagrados.

La Plegaria de la Salamandra aclara que a los Angeles no se los debe confundir con los elementales, pues los Angeles están "por encima de" los elementales. Los Angeles son eternos; creados por Dios como tales, son Mensajeros de Dios. Tales Angeles pueden aparecerse, y realmente se aparecen a la humanidad, como en la Biblia se lo indica muchas veces, pero no tienen contactos sexuales con los hombres, puesto que no los necesitan y, por tanto, no los desean.

¡Todo lo que el elemental desea de verdad es que lo amen y lo deseen con un deseo puro! Bajo la Ley Divina, los elementales pueden usar todo medio legítimo para tomar contacto con un hombre o una mujer, como cuando se aparecen en sueños. Como tienen la habilidad de cambiar de forma, pueden aparecerse vestidos según la ocasión y de una forma específica. Protegerán a alguien inocente o amado, y lo prevendrán en tiempo de peligro. Ejemplos de esto son Ariel, en "La Tempestad" de Shakespeare, o Puck en "Sueño de una Noche de Verano".

Como ya se indicó, el Demonio es parte de la conciencia interior del hombre, y, en consecuencia, también reside en ese reino interior, invisible, y espiritual, con el que los elementales toman contacto. Los Sabios instruyen a los elementales a este respecto, advirtiéndoles que este mal no puede afectarlos ni afectar al hombre, en tal sentido, a menos que el hombre permita que su mal se desarrolle.

Este relato, artificio de un elemental, sirvió de base de muchos cuentos de hadas y leyendas.

A diferencia del hombre, los elementales son fieles sólo a una persona. De paso, los elementales tienen forma parecida a la humana, salvo que sus cuerpos son mucho más perfectos. Como están compuestos sólo con el elemento puro, sin materia densa que entre en su organismo, pueden ser tan perfectos como lo deseen.

Hacia fines del siglo XVI, el estudio de la Cábala, las Ciencias Secretas y la alquimia intrigaban a toda Europa occidental, especialmente a Alemania. El interés por este tema afectaba a todas las clases: a los de arriba y a los de abajo, a los cultos y a los incultos. La Cábala pasó a ser una tarea importante, y el cabalista tenía tratos con los habitantes de los mundos desconocidos que lo rodeaban.

Como se sabe, el hombre es una combinación de los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Como los Gnomos son de un solo elemento (tierra), viven exclusivamente en este elemento. Cada uno de los cuatro elementos es visible y tangible para los seres que allí viven, y sus habitantes conocen plenamente sus cualidades. Por ejemplo, los Gnomos pueden ver todo lo que ocurre en el interior de la corteza terrestre que rodea a nuestro planeta Tierra: para ellos esta corteza es como el "aire" para nosotros. El elemento de

los Gnomos es la tierra, y por eso atraviesan rocas, muros y piedras como un espíritu, ya que tales cosas no son para ellos mayores obstáculos que el aire para nosotros. Por eso están muy al tanto de la ubicación de todos los tesoros (oro, plata, piedras preciosas) de la tierra.

Hablando en general, los elementales sienten aversión hacia las personas engreídas y porfiadas, las vulgares y pendencieras, y los borrachos, pero aman a los hombres naturalmente sinceros, inocentes y que son como niños. Estas "criaturitas" son tímidas como los animales de los bosques y la selva. Cuanto menos vanidad e hipocresía tenga el hombre, más fácil le es acercarse a ellas. Los hombres pueden aprender a conocer a estos espíritus benévolos, pero las condiciones son tales que sólo un Maestro es capaz de cumplirlas, porque quien intime con ellos no sólo debe estar espiritualmente avanzado sino que necesita observar inviolablemente la castidad.

Nuestro "Demonio" está dentro de nosotros. Si le permitimos que nos tienta para acciones que quemen la sustancia con la que nuestra alma está compuesta (nuestra Chispa Interna de Dios), podemos perder nuestra inmortalidad y el derecho a la Vida Eterna. Los Gnomos personifican los tesoros de la tierra, y con frecuencia, mediante promesas y seducciones con aquellos, su "Demonio" lo persuade al hombre a que "venda su alma". El relato de Fausto es el de la tentación de todos los hombres pues: "¿De qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si al final pierde su alma?"

En el mundo de Dios el MAL no existe: el único mal que puede afectar al hombre procede de dentro de él mismo. Ninguna fuerza externa puede hacerle cometer el mal: ¡sólo él mismo puede inducirle a eso! Como lo explica el Conde, estas fuerzas latentes en el mundo invisible están "limitadas"; no pueden traspasar su frontera, a menos que el hombre las busque o las invite!

En suma, a los espíritus del mal los generan las influencias del mal que en el hombre existen y, en consecuencia, estas fuerzas pasan a ser las administradoras y ejecutoras del mal, y elaboran su destino. Tal como una "enfermedad" o una dolencia no pueden existir en un ambiente interior puro, limpio y sano, el mal no puede existir en el hombre espiritualmente puro; de manera que es hora de que cesemos de culpar a los "gérmenes" por la enfermedad, ¡y al "Demonio" por el mal!

El castigo final del hombre, o de cualquiera de las criaturas de Dios es cesar

de existir. Hasta mediando la condena eterna existe siempre la esperanza de un cambio de mentalidad. La mente del hombre está constituida de modo tal que la enorme mortalidad "no se computa", y él no puede concebir la pérdida en su verdadera luz. Si pudiera, pocos serían los que seguirían el sendero del mal, y este mundo sería el cielo en la tierra de la Revelación.

Agobardo, en El Libro de Grandine y Tronituis –Del Granizo y los Truenos–, Capítulo II, escribió: "Sin embargo, supimos de muchos hombres sumidos en tan grande estupidez, hundidos en tales abismos de locura, que creían y decían que existe cierta región, llamada Magonia, de donde unas naves surcan las nubes y llevan a esa región los frutos de la tierra destruidos por el granizo y las tempestades: los marinos recompensan a los brujos de las tormentas y éstos reciben cereales y otros productos. Entre quienes por la ciega locura en que están por demás sumidos se permiten creer posibles estas cosas, vi cómo exhibían en público a cuatro personas encadenadas –tres hombres y una mujer– quienes decían haber caído de estas mismas naves. Luego de mantenerlas algunos días en cautiverio, las hicieron comparecer ante la multitud congregada, como dijimos, en nuestra presencia, para lapidarlas. Pero prevaleció la verdad".

Las vidas y poderes de los habitantes del mundo invisible se hallan en muchos de los denominados cuentos de hadas. Los "hechizos místicos", los encantamientos, las fuerzas mágicas se revelan con claridad en cuentos favoritos antiguos, como "Los Duendes y el Zapatero", "La Luz Azul", "Blanca Nieves y los Siete Enanitos", "El Hada de las Aguas", "Rumpelstiltskin", "El Rey de la Montaña de Oro" y los otros célebres relatos de los hermanos Grimm. Los cuentos del rey Arturo y su Tabla Redonda, la Señora del Lago, y la espada mágica dotada de poderes invisibles, "Excalibur", añaden riqueza y colorido ¡a una época que no es fácil olvidar! En ninguna parte podrá encontrarse mayor participación de estos habitantes del mundo invisible en los asuntos de los hombres que en las obras maestras de William Shakespeare, como "La Tempestad" y "Sueño de una Noche de Verano". Incuestionablemente, Shakespeare estaba muy informado sobre los encantamientos y poderes de los elementales y sobre el papel que éstos representaban en los asuntos de los hombres. "El hombre durante su vida puede disfrutar, y está creado

para disfrutar a Dios." ¡Qué frase, qué pensamiento incomparable! Aquí no nos dicen como lo expresan todos los demás prelados, que nuestra finalidad es adorar a Dios, sino disfrutarlo: físicamente. De repente, Dios deja de ser el Omnipotente Padre severo, y pasa a ser el Omnisciente Amigo y Compañero de nuestras ocupaciones creadoras, en esta vida. ¡La Imaginación del filósofo de verdad puede afincarse, y realmente se afinca en esta perspectiva mientras vive!

## EPISTOLA A MI SEÑOR

Mi Señor:

Siempre te mostraste tan generoso con tus amigos que creo que perdonarás la libertad que me tomo en representación de quien se cuenta entre mis mejores allegados, y te suplico seas tan benévolo con él como para tomarte la molestia de leer su libro. No voy a apalabrarte con la parte que siga que mi amigo, el autor, promete publicar después, puesto que sé que estos autores tienden a darnos grandes esperanzas sobre lo que se proponen, pero a menudo no cumplen. Le dije claramente que para ti es una cuestión de honor decir únicamente lo que piensas, y que no se haga la ilusión de imaginar de que deseches una cualidad tan extraordinaria y novedosa en la corte diciendo que su libro es bueno si descubres que es todo lo contrario. Mas lo que ahora deseo de tu Señoría, y que humildemente te ruego y no me negarás, es que resuelvas una diferencia que hemos tenido entre nosotros. Mi Señor, no habrías acumulado para ti una cantidad tan prodigiosa de conocimiento y erudición si no tuvieras una mente a la que hay que consultar antes que a los más grandes doctores. Señor, esta es la discusión que he tenido con mi amigo:

Quise persuadirlo de que modificara toda la estructura de su libro, pues este modo festivo de desarrollarlo no me parece propio del tema. Estos Misterios de la Cabala (le dije) son asuntos serios, que muchos amigos míos estudian seriamente: en consecuencia, se los debe refutar con el vigor de los argumentos sólidos. Y como los errores que a aquéllos se refieren son, por lo general, sobre lo Divino (además de lo difícil que es hacer reír a un Sabio en cualquier tema), son en verdad muy peligrosos como para bromear con ellos: y muy bien podemos temer, no sea que proyecten un escándalo sobre nuestra religión. Es cierto que él debe hacer que un cabalista hable como un santo, o de lo contrario manejará mal al personaje; pero si éste habla como un santo, con su apariencia de santidad estará engañando con sus juicios pocos consistentes, y es probable que induzca a los hombres a que crean en estas extravagancias con más intensidad que lo que sus chanzas sean capaces de refutar.

Mi amigo contestó a esto con la misma presunción que acostumbran usar los autores al defender sus obras: que aunque estos Misterios cabalísticos son tan serios, empero sólo las personas melancólicas son afectas a su estudio; que si hubiera tratado este tema de modo directo, siguiendo el método dogmático, él hubiera quedado en ridículo por tratar con seriedad semejantes necedades; y que juzgó más adecuado hacer que todo este ridículo recayera en el Conde de Gabalís; que las ciencias secretas de la Cábala se cuentan entre las quimeras, a las que les asignamos suma autoridad cuando las combatimos seriamente; y que, por ello, debemos procurar desbaratarlas y destruirlas burlándonos solamente de ellas. Y como él es erudito en los Padres de la Iglesia, me remitió a Tertuliano. Señor, tú que los entiendes mejor que él o yo, puedes juzgar si su cita es veraz o no: *Multa sunt risu digna revinci, ne gravitate adorentur.* El me dijo que Tertuliano empleó esta excelente afirmación contra los valentinianos que, en su época, eran una especie de rosacruces muy fanáticos.

En lo que concierne a la devoción, que aparece en esta obra casi en todas partes: (él me dijo) que es inevitablemente necesario que un cabalista hable de Dios. Pero, en cuanto a esto es, incluso más inevitablemente necesario, para mantener este carácter cabalístico, que de Dios no se hable sino con extremo respeto: de modo que la religión no sufra deshonra alguna; y los de juicio poco consistente se apasionarán más con ello que el Señor Gabalís, cuando permitan hechizarse con esta devoción extravagante, si es que la chocarrería aquí empleada no obstruye el hechizo.

Por estas razones de él, (mi Señor), y muchas otras, que me abstendré de repetirte (porque aspiro a que estés de mi parte), mi amigo pretende que debía escribir contra la Cábala de esta manera agradable. Mi Señor, confío en que te complacerá resolver esta controversia. Afirmo que sería muy adecuado refutar a los cabalistas, o los rosacruces, o todas sus ciencias secretas, mediante argumentos serios y vigorosos. Mi amigo dice que la verdad es naturalmente vivida y alegre, y que es muy potente cuando ríe: pues uno de los antiguos, a quien sin duda conoces, dice, en cierto pasaje (que sólo tienes que traer a tu mente, puesto que estás dotado de tan

fiel memoria): Convenit veritati ridere, quia laetans<sup>1</sup>)

Mi amigo agregó que las ciencias secretas son peligrosas si no las encaramos de manera tal que sintamos desdén hacia ellas; describiendo sus Misterios ridículos, impidiendo que el mundo pierda su tiempo buscándolas, mostrando su vanidad y su finalidad, y evidenciando su extravagancia. Te ruego (mi Señor) que dictes tu sentencia, luego de oír nuestras razones. Recibiré tu decisión con el respeto que, bien sabes, me siento obligado a reconocerte. Mi Señor,

Tu Humilde Servidor

---

1 Conviene reír ante la verdad, porque es alegre.



## ANIMADVERSIONES DEL TRADUCTOR DE LAS PAGINAS PRECEDENTES

EN mis horas libres (porque siento particular curiosidad por las ciencias cabalísticas) me atreví a traducir este tratado, que guarda alguna semejanza con un cuento filosofal, tan fabuloso y de poca consistencia como una antigua leyenda de frailes. En él descubrirás que el cabalista es un ser desdichado y ciego, compatible con un perro y una campanilla, que se ufana de ver más que todo el mundo y estar mejor calificado para el oficio de guía; muy consagrado a tradiciones vanas, con cuyas líneas torcidas mide la religión y la razón; y muy misógino, aunque muy aficionado al acto venéreo, de modo filosofal. En una palabra, una criatura de mucha ira y poco seso. Su locura tal vez te haga reír; pero, a veces, te dará pesadumbre.

Presumo que nadie que no fuera francés se hubiera tomado, por primera vez, el trabajo de reunir, y de dar semejante crédito a estas extravagancias cabalísticas como mi autor parece habérselo tomado: la nación (a la cual pertenece) es tan de aire, y tan enamoradiza, que puede jactarse, si le place, de haber surgido de los Silfos, aquellos vivaces habitantes del aire, mencionados en el tratado precedente. Yo no envidiaré (a los franceses) si dicen que Faramand es el fundador de su reino, y que lo engendró la Salamandra Oromasis o cualquier otro sucesor ígneo, quien sólo para su GLORIA, libró desagradables guerras con sus pacíficos vecinos; y que mientras vivió fue el incendiario de Europa, y luego de su muerte, ganó el nombre de Nimrod, un poderoso cazador de quien se dijo que, como conejos, las naciones huían de él. Sin embargo, para consuelo de un inglés, los historiadores griegos nos dicen que Jerjes, que se embarcó hacia el Continente, y cruzó el mar, que fue tan descarado como para vencer a Neptuno y bramar de cólera con el viento norte, fue finalmente vencido por el pueblo, que por orden de la Providencia aguardó confiado en Wooden-Walls. Pero, en lo que concierne a esta plática cabalística, que mi francés recogió para nosotros, pretendiendo darle matices ridículos, pero realmente sin conseguirlo con mucha utilidad, -pues más bien parece que, como quien acostumbra mentir, luego de constantes embustes no repara en ellos- tal vez no convenga

responder a su vana hipótesis sobre los autores (que él cita), hipótesis que procura defender, pero maltrata a aquéllos. Los escritores paganos, tanto filósofos como poetas, sólo mencionan, aparte de los dioses, a dos clases de seres dotados de inteligencia, a saber: los semi-dioses y las almas de los hombres. Siempre estimaron que los semi-dioses eran inmortales, para complacencia de Júpiter; a quienes Platón presenta hablando de ellos de esta manera: Vos quidem, Immortales esse non potestis, sed mea potestate Immortales eritis.(1) En cuanto a las almas de los hombres, por sólidas razones, no pudieron negar su inmortalidad; y puesto que no pudieron comprender las circunstancias de nuestro estado futuro (al no saber cómo disponer de las almas de los hombres después de la muerte) necesitaron admitir la transmigración de que hablaba Pitágoras, que era el paso del inquilino inmortal de una casa a otra, al caducar su arriendo, o, según Virgilio – que lo tomó de Platón – el alma deseaba encarnar de nuevo, luego de purificarse en los Campos Elíseos: Rursus et incipiunt in corpora velle reverti(2)

Pero, en todas las épocas, los hombres reflexivos, en su metafísica sutilísima, jamás podrían creerse bien en sus cabales si presumieran la existencia de semi- hombres, de semi-hombres y semi-mujeres, que habitaran en los elementos, en criaturas compuestas por almas y cuerpos materiales, de carácter inferior, pero superiores al ser humano en cuanto a facultades y poderes. ¡Qué extraña contradicción!: que seres que sólo consisten en materia, actúen de modo imposible contra su naturaleza. Y esto porque la materia, según los axiomas y los principios de todos los filósofos –ya sean académicos, peripatéticos, estoicos o cínicos–no puede actuar y pensar realmente. Ahora bien, para abatir de inmediato lo que se afirma sobre estas criaturas elementales, y, minando la base, destruir la superestructura: consideremos qué puede ser más absurdo .o falaz en la lógica o en la filosofía que una petición de principio de una cosa que no puede ser; y luego, ajustarse a una conclusión a partir de premisas totalmente erróneas: esto es, proponer una criatura, cuya esencia y forma son mortales, y consiguientemente materiales; pero, al mismo tiempo, hacer que esta criatura sea de facultades divinas, de accionar sutil, y de inteligencia superior al hombre en lo atinente a objetos divinos o humanos; y que de nada procede, salvo de una causa inmortal e inmaterial.

---

2 De nuevo empiezan a querer regresar a los cuerpos

Piense cualquier persona si tales ideas no merecen más bien heléboro,(3) para purificarlas, que un debate para refutarlas, y si Bedlam(4) no es la academia más adecuada para quienes creen eso.

Esta fantasía cabalística, ciertamente en su original, se parece con exactitud a las locuras del Corán. Los poetas de la antigüedad inventaron tres dioses que orinaron sobre un cuero de buey para crear al famoso Orion: de tal manera, los ingredientes del arianismo, el judaísmo y el eutiquianismo compusieron una religión que obligase al turco lascivo; de tal manera, un intérprete profano del Antiguo y del Nuevo Testamento, con conceptos falsos de la filosofía pagana, degenera pronto en un cabalista. A veces, las locuras veniales de muchos pasajes me hicieron reír, pero me afligió la incoherente profanación de algunos pasajes de las Sagradas Escrituras: Pingé dúos Angues Sacer \o- cus estS5)

Entre otras profanaciones, me refiero al sentido espurio que él da a Adán comiendo la manzana y yaciendo con su esposa. Si es necesario, y seriamente, responderé con las palabras ortodoxas de san Agustín, en La Ciudad de Dios, Libro XIV, Capítulo XXVI: Praeoccu- pante peccato, exilium de paradiso ante meruerunt, quam in opere ferendae propaginis tranquillo arbitrio convenirent. (6)

Entonces, si estas criaturas elementales son de índole buena, justa y santa, y honran a Dios, ¿cómo se atreven a despojarlo del honor (que a El le corresponde), permitiendo que se lo tributen a ellas? En lo atinente a este relato, entre otros errores escolásticos de historia y cronología, tenemos esto:

Oromasis, según las quimeras (de los cabalistas) fue príncipe del pueblo que habita en el fuego, y tuvo dos hijos, con Vesta, la esposa de Noè, a saber, Zoro- astro

---

3 Para curar su locura.

4 Hospital de Santa María de Belén, utilizado como manicomio.

5 Pinta culebras, es lugar sagrado. Persio Flaco.

6 Con el pecado como precedente, merecieron ser desterrados del paraíso antes de convenir, con tranquilo arbitrio, en la labor de llevar a cabo la propagación (de la especie).

y Egeria. Zoroastro, un gran héroe, y según Justino el inventor de la magia, fue el rey de los bactrios pero fue vencido por Nino, a pesar de su magia y su valentía, y, según este cálculo, vivió hacia el final de la vida de Noé. Ahora bien, ¿cómo saben los cabalistas que la esposa de Noé (suponiendo que su nombre fuera Vesta) no murió antes de que naciera su hijo Zoroastro?; y, si Justino está equivocado, pues esto es muy probable, es posible que llame Zoroastro a quien Ctesias llama Oxiartes, rey de los bactrios: pues Plinio duda muchísimo de que la magia sea de tanta antigüedad, y si Xanto, el lidio, escritor antiquísimo, sólo computa seiscientos años entre Zoroastro y Jerjes, entonces Zoroastro debió vivir cien años después de las guerras de Troya, y nuestro cabalista deberá buscar otro héroe, o llegar a la conclusión de que el hijo nació ochocientos años después que murió la esposa de Noé, presuponiendo que ella hubiera vivido tanto tiempo como Noé.

Pero, entonces, ¿cómo Egeria, la hija, mencionada como nacida en el arca, pudo vivir hasta la época de Numa Pompilio, de quien era su amante, aunque muy anciana, de unos mil seiscientos años?

Empero, ¿es razonable que ella haya pervivido tanto tiempo?, puesto que los hijos de estos seres elementales eran hombres y mujeres, de sustancias mixtas, y no superarían de modo desproporcionado la vida común del ser humano. Puesto que Roma fue construida unos mil ciento noventa y cuatro años después de la muerte de Noé, en consecuencia, yo les aconsejaría a los escritores fantasiosos y cabalistas que, si fueran fábulas, las pasaran por alto lisa y llanamente, para evitar groseros absurdos, históricos y cronológicos. Además, según ellos, esta Egeria instruyó a su amante (contrariando el supuesto anhelo y la supuesta piedad de los elementales) para que adorara a su padre Oromasis, bajo el carácter de fuego vestal. Ves así como todo lo divino y humano se convierte en un caos: *Con gestaque eodem /Non bene junctarum discordia semina rerum.*(7)

En cuanto a los Oráculos, en los que mi autor parece complacerse muchísimo: es facilísimo demostrar quién los inspiraba, pero, al cabalista lo refutaré con Porfirio, porque es tan afecto a éste. En su libro precedente, asienta esta expresión: que el Demonio no está en libertad como para vagar a su antojo, y que

tampoco podría ser él quien hablara en los Oráculos, pues jamás diría nada contra su propio interés, como debería, si fuera el Demonio quien los pronunciara; en consecuencia, que el Oráculo debió ser pronunciado por algunos elementales quienes, concedores de Dios, hablaban tan reverentemente de él. A este respecto, propongo sólo, un Oráculo, extraído de Porfirio, y si él concede que cualquiera de los elementales sea quien lo que pronuncie, me doy por satisfecho, y acabo con ellos (si puede probar su existencia) que son peores que los Demonios. Porfirio, en su libro Sobre la Teología Filosófica, dice que al preguntar a Apolo a qué Deidad debería sacrificar para apartar a su esposa del cristianismo, el Demonio le contestó en verso griego, de este modo: "Escribirás en el agua, o, creciéndote alas, volarás como un pájaro por el aire, antes que recuperar la cordura de tu inicua esposa, una vez que se mancilló de tal manera. Déjala ir adonde le plazca, déjala perseverar en sus vacuas falacias, y que cante himnos a su Dios Crucificado, con muy vanas lamentaciones, a aquel a quien jueces probos condenaron, y a quien una muerte ignominiosa destruyó." (7) Y en un mismo sitio se amontonaron los orígenes de las cosas que no estaban bien unidas.

No pretendo inmiscuirme aquí con este maldito Porfirio, puesto que san Agustín lo hizo por mí plenamente en este caso, en La Ciudad de Dios, Libro XIX, Capítulo XXIII.

Ahora bien, si aquí habió el Demonio, el cabalista está desvirtuado, y si quien pronunció esto fue un Silfo, está en igual proporción confundido; por tanto, según su precaria suposición, que invalide este dilema, si puede.

No entretendré más al lector: que al leer esto, o algún fragmento de esta índole, ría y se maraville de la extravagante audacia de la imaginación humana, piense en qué peligro de naufragio está la nave que tenga velamen de más y muy poco lastre. Por último, el modo más seguro de especular con lo divino y lo humano consistirá, en lo que concierne a los SAGRADOS ORACULOS DE DIOS, en someter a prueba todo lo que convierta al hombre en óptimo filósofo y óptimo cristiano.

*Exemplaria Sacra*

Nocturna      versate      manu,      versate      diurna.      (8)

(8) Examinad (o estudiad), de noche y de día, los textos sagrados.

**LOS**

**GNOMOS**

**IRRECONCILIABLES**

(o La Continuación de la Obra **EL CONDE DE GABALIS**)

## PREFACIO

### DE LA EDICION DE 1911

EL Conde de Gabalís es, con justicia, famosísimo entre todos los textos ocultistas, por el primerísimo lugar que ocupa y porque su filosofía contiene importantes verdades inhallables en otra parte.

No hace mucho, John Yarker efectuó una traducción al inglés, imprimiéndose cien ejemplares para ser distribuidos de modo privado. Tuve bastante suerte como para (obtener un ejemplar de) esta obra rara, y ésta es la primera edición que aparece en América. Es difícil comprar, a cualquier precio, la obra original, y ya no es posible conseguir aquellos ejemplares en inglés.

Estas pláticas que continúan sobre las Ciencias Secretas tienen lugar en Irlanda. Un exiliado en Berlín viajó a Irlanda con el Maestro de Ceremonias de Schomberg, quien había aceptado prestar servicios con Guillermo, Príncipe de Orange, al llegar a Inglaterra. El narrador aceptó la hospitalidad de un caballero irlandés, llamado Schitz, a quien prestó algún servicio en el perturbado estado de ese país... El señor Schitz se dedicaba a las Ciencias Ocultas, y un hecho fortuito suscitó una breve conversación sobre la naturaleza de la peregrinación de la Gruta de san Patricio, en Lough Derg, Donegal, en cuyas cercanías san Patricio y san Da-beoe fundaron el Priorato, privilegio éste que el irlandés consideró que se había convertido en una especie de bufonada inducida por la avaricia de los monjes. Entonces, propuso que su huésped, dando prioridad a esta aventura, visitara a un ermitaño llamado Macna-mara, hombre de gran fama. El narrador partió en su busca y tuvo la suerte de encontrar al filósofo místico, con el resultado que se da en esta obra.

## LOS GNOMOS IRRECONCILIABLES

LA diligencia con que Macnamara concertó mi plática con mi Genio (1) fue señal segurísima de que el Príncipe Gnomo, que reconocía la autoridad de los Filósofos,(2) sobre los seres elementales, no rehusaría platicar conmigo. Yo me moría de ganas por enterarme de esta conversación, y me hubiera contentado con cualquier condición que aquéllos desearan imponerme. Por eso, cuando él me solicitó que me pusiera una vestimenta adecuada para recibirlo, me apresté sin renuencia a la ceremonia. Me puse la túnica y el sombrero misterioso, sin olvidar las claves secretas, los sahumerios ni las abluciones. Vuelto hacia el Este y de rodillas, recité las preces necesarias. Efectué otros preparativos y, finalmente, luego de hacerme beber algunas gotas de elixir extraído de una tierra sublimada y purificada, Macnamara se sentó en un sillón filosófal, y, de parte del gran Dios del universo, y en virtud de su santísimo, augustísimo y adorabilísimo Nombre, le ordenó al Príncipe de los seres subterráneos que se presentase de inmediato en su aposento. El obedeció la orden del Filósofo y se presentó. Claramente, observé ante mí al Príncipe de los Gnomos. Era de estatura más bien baja, pero en su persona todo estaba tan bien proporcionado que lo encontré muy agradable. No sé si él presentía por qué yo lo había convocado, pero en su rostro apareció un aire sombrío, que podría indicar alguna desazón reciente. No dudé de que este ser era él; y luego de calmarme –se trataba de una pequeña emoción que no dominamos por completo durante apariciones insólitas, aunque no nos resulten inesperadas– me dirigí a él de esta manera:

–Gran Príncipe, te pido perdón por haberte hecho salir de tu asiento para acudir al nuestro. Bien me habría abstenido de causarte esta molestia, si yo no hubiera advertido vividamente que estás ligado con nosotros. De buena gana me impongo el deber de cultivar una reconciliación. No resistas un retorno que será para tu gloria y esplendor; te confieso que tu alejamiento nos causa graves pérdidas. Pero considera también que, si perdemos la ocasión de serte útil, tú también pierdes, al rechazarnos, la dicha de elevarte hasta el trono del Altísimo, hasta unirse con el primero y principal de todos los seres y poseer al Bien Soberano, al que no osarías aspirar sin la ayuda de los hombres.!)3) Que no nos maltraten nuestros enemigos



comunes, los espíritus diabólicos, cuya cercanía es tan perniciosa, y que, aparentemente, anhelan cubrir de devastación tus despojos. Son ellos los autores verdaderos y fatales de nuestras intrigas y desinteligencias. Son ellos quienes arrancaron a nuestro primer Padre de los brazos de tus Gnomides para asfixiarlo, por así decirlo, en los abrazos ilícitos de su esposa, y cada día inspiran todavía a alguna parte de sus descendientes los desvarios de los que ellos son el origen. Pero lo más deplorable es que ellos hacen que a lo que sobreviví por tu seducción, (descarrío) lo consideres efectos de nuestra maldad y nuestras flaquezas como factores concomitantes. Nosotros soportamos los dolores del mal que recibiste. Los animales se rebelan, los elementos se libran de cadenas, la naturaleza toda, con sus pasiones y enfermedades, se subleva; en suma, nuestra especie genera aún abortos y monstruos que se unen para castigarnos por una iniquidad de la que tuvimos tan pequeña participación, y que fue cometida seis mil años antes de que ingresáramos en el mundo. Pero, ¿por qué este castigo debe envolver a todos los hombres, si éstos no participaron de ese delito? Los Filósofos desearon siempre hacerte justicia y hay una infinidad de sabios de ambos sexos que, mediante votos solemnes, renunciaron a todo trato con la raza humana para beneficiarse con su reingreso en la tuya.(4)

"Si la probidad y los ardientes anhelos de los virtuosos ermitaños, que te tienden sus brazos, no pueden propender a que se restablezca nuestro antiguo entendimiento, por tu bien tú solo deberás restablecerlo. La nada te devora, mueres sin remedio y, al cesar la vida, cesas de ser. ¿Por qué renuncias tan porfiadamente al privilegio de ser inmortal por nuestro intermedio?(5) ¿Por qué perder la alegría del corazón, fruto de tu Creador? ¿Por qué, por pura extravagancia, te privas de conversar con los ángeles en quienes tu Maestro Averroes fundó el bien soberano, y que los más sabios depositaron tan razonablemente en la posesión y el amor del gran Jehová? ¿Estás destinado solamente a custodiar los tesoros inútiles en tus profundas cavernas? ¿No existes, además, para esparcir sobre la tierra y dejar en ella una posteridad ilustre y generosa?

"Abandona tu resentimiento y tus ilusiones, y no recluyas tu calidez dentro de los estrechos lindes de tu especie. Sal, pues, de este estado perecedero. El amor te inmortalizará mediante un afectuoso trato con los hijos de los hombres.

"Aumenta el número de los hijos de Dios, y no sacrifiques la esperanza de una felicidad eterna al temor de un infortunio que difícilmente llegue alguna vez, y que, además, debe ser menos temible que la nada a la que vosotros os reducís de mala gana.

"Nada es tan excelente como el hombre, nada es más glorioso para él que el hecho de que le des tus afectos. Su cuerpo es excelente, puesto que las manos industriales y omnipotentes del Altísimo lo formaron al principio del tiempo; y puesto que se alimentó con todo lo más puro y sutil, y, por decirlo así, con la quintaesencia de todos los elementos. Para quedar plasmado sólo es necesario considerar la estructura, la proporción de sus partes, los delicados resortes que sirven para que se mueva. Su Alma es más excelente todavía. Es expresión e imagen viva de la Divinidad, que imprimió en ella sus caracteres augustos con el poder de comunicarse con ellos. Es una antorcha que proyecta luz dentro del seno de la Verdad, y esta Verdad Eterna está siempre unida con ella, sin cesar jamás de iluminarla, de hablarle y de complacerla. Es un indicador de que el Señor dio su Bien a la más perfecta de sus criaturas, la cual es para El segura fianza de la perseverancia de Dios en colmarla de beneficios. Es una medalla, una moneda, en la que El grabó su Retrato, y que debe ser reintegrada a El como tributo en nombre de toda la naturaleza, de modo tal que los hombres no pueden descuidar este deber, no sea que todos los seres infinitos, de los que el hombre es el nexo y el eje, sean capaces de ingratitud y participen con él en su castigo. Esta alma y este cuerpo, unidos, son bajo el cielo la composición más digna de ser amada, y es menester abstenerse extrañamente para rehusar el honor de una alianza tan bella e ilustre".

Aunque el Príncipe Gnomo escuchó mi alocución con bastante calma, advertí que se violentó algo, por el respeto que tenía hacia Macnamara, quien estaba presente en nuestra conversación. A pesar de estar separados de nosotros, aquellos seres subterráneos (aquellas criaturas de la tierra) han preservado mucha estima y consideración hacia los Filósofos. Obedecen sus órdenes y, a menudo, su más bello conocimiento lo deben a la Luz que de aquéllos reciben. Ignoro quién fue el que instruyó al Príncipe Gnomo. No carecía de erudición, y aunque sus errores eran grandes y numerosos, nos contentó bastante escucharlo cuando se refirió a lo suyo.

Una vez que cesé de hablar, se puso a refutar, muy ardorosamente, todo lo que yo adelantara sobre lo excelente que era nuestra naturaleza.

—Nos crees descarriados, —me dijo, volviéndose hacia mi lado— nos crees obstruidos, pero sólo tus prejuicios hacen que expreses estos sentimientos injustos. Pienso que, al nacer el mundo, el hombre estaba colmado de bien, y podía hacernos participar en él, pero su transgresión lo privó de todos estos grandes beneficios, y los perdió al perder el modo de comunicarse con nosotros.<sup>6</sup>) En vez de ser todavía el edecán y favorito del Altísimo, el rey de los animales y el más noble de todos los seres creados, es sólo una criatura vil y mezquina, un sujeto en desgracia, un rechazado juguete de la naturaleza en rebelión; (?) en suma, es sólo el teatro de una guerra intensa y extraña, puesto que él coincide tan escasamente consigo mismo como con el resto del universo.

"Considéralo minuciosamente. Su cuerpo es un saco de suciedad e inmundicia, asiento de enfermedades, origen de las pasiones, fuente inagotable de deseos y exigencias, y botín de gusanos y podredumbre. Fue compuesto con todo lo más puro, sutil y refinado de los cuatro elementos.<sup>8</sup>) De aquello sólo quedan hoy en día los excrementos y las heces, y las partes tan depuradas y Espirituales, que solían establecer su vigor y su perduración, desaparecieron como las esencias que se evaporan al exponerlas al aire, de modo que, por la ausencia y privación de aquéllas, se precipitó en el abismo de la debilidad y la enfermedad, lo cual aumentó por las cualidades contrarias que son en él concomitantes. El calor lo consume, el frío lo entumece, la sequedad lo agota, la humedad lo agobia, y todo esto, en su conjunto, lo destruye.<sup>9</sup>) El encuentra la muerte en el aire que respira y en el alimento que lo nutre. Es una máquina delicada, artificialmente construida, que cuesta mucho cuidado estructurarla, mucho esfuerzo ponerla sobre sus pies, muchos gastos instruírla, y que, no obstante, un grano de arena, un vapor sutil, una gota de fluido, y la mínima inflamación que se haga patente, basta para confundirlo y tornarlo enteramente inútil.<sup>10</sup>)

"Pero todo esto nada es en comparación con el precio de las aflicciones del alma que habitan esta casa en ruinas. Ella no sabe de dónde viene, ni adonde va, ni

qué es, ni dónde reside. No conoce a su autor, ni a su fin, y mucho menos aún a su naturaleza. Advierto que en el tiempo en que fue producida, en aquel momento feliz cuando se unió a Adán(1) y antes del tiempo en que se esparciera y multiplicara en su posteridad, tenía la Razón de Dios como guía, Su Espíritu por compañía, Su Imagen como adorno, y la Inmortalidad como su condición natural. Pero desde que él desobedeció, todo cambió; estos dones y honores huyeron de él, la inmutable exclusión del cielo lo privó de la dignidad de su naturaleza. Fue degradado de su nobleza, fue borrado su carácter inmortal, desapareció la impresión del Sello Divino que él recibiera, se encuentra despojado de todas estas excelentes prerrogativas, y está hundido en una noche profunda que lo despoja de toda su brillantez y hace que se parezca a las bestias y sea perecedero como éstas.

"Consideremos a esta alma por las conexiones esenciales que ella tiene con Dios, con el cuerpo y consigo misma. En estas tres cuestiones importantes, que abarcan sus funciones y sus deberes, nada hay tan ciego y extravagante; el artesano ignoró la obra del Altísimo, acentuó los rasgos grabados en lo profundo de su naturaleza, y transfirió la gloria y el honor a asuntos indecentes. A todas las cosas las consideró Dios, y a éste lo reemplazó con todas las cosas. Los seres sin vida recibieron su incienso y sus adoraciones, igual que los seres inanimados y, fabricándose fantásticamente, siempre, su propio Dios, le atribuyó sus propios vicios y pasiones, y lo sometió a sus propias desgracias y alteraciones.

"Pero, si está tan ciego sobre la naturaleza de su Autor, lo está incomparablemente más sobre su propia naturaleza, sobre lo que ésta es. Como nos lo asegura uno de tus maestros, los hombres razonaron más apropiadamente sobre la naturaleza del alma en la medida

en que comprendieron mejor la naturaleza de Dios. Entonces, no te asombres de que se ignore en la medida en que lo hace. No sabe si es carne o pez. Basta con que recorras los siglos y todas las escuelas para que ahí descubras una infinidad de sectas y almas armadas una contra la otra, listas para masacrarse a fin de apoyar sus extravagancias sobre la naturaleza y la cualidad de la materia. A las sectas y a los filósofos los denomino las sectas de las almas, y no los denomino mal,

pues, aparte de que se espiritualizan de un modo completamente diferente de los demás, es cierto que, siguiendo sus principios, y los tuyos, sus cuerpos no participan de su razonamiento. En verdad, señor, es admirable ver cómo estas almas bellas se enfervorizan y emplean toda la fuerza de su elocuencia y su razón para apoyar cada cual su opinión diferente sobre lo que ellas son. Este estudio que efectúan con tanto esfuerzo es sólo una prueba de su degradación, y de su rebajamiento, y nada causa más vergüenza.

"¿Qué te dirían en el mundo si acudieras a sitios públicos y preguntaras seriamente si eres Oronres, Lícides, Tirsis, Filandro, francés o español? ¿Vacilarían en condenarte, con pleno derecho, a un manicomio? Sin embargo, todas estas almas filosóficas representan públicamente el cometido en que se empeñan y emplean muchos años en busca de noticias sobre su naturaleza y su existencia. Además, es cierto que entre todas las sectas de las almas, tan opuestas en sus sentimientos, algunas sostuvieron que no son sino aire sutil; otras, sólo un conjunto de partículas delicadas provenientes de la sangre; otras, sólo un vapor delicado; otras, sólo la armonía de los humores; otras, sólo un rayo de sol; otras, sólo un lustre, o, si lo deseas, una porción de la Divinidad. Son pocos los bien informados al pensar que son Espirituales. Si alguna vez lo creyeron, casi siempre fue apoyándose en la fe de otros o porque desean la inmortalidad que creen que es inseparable del Espíritu, y no por su propia convicción".(12)

Sacudí la cabeza y estaba a punto de interrumpirlo si Macnamara no hubiera detenido este impulso al decirme que en lo que concierne a la fe de los demás, primaban nuestros sentimientos religiosos, imborrablemente fundados sobre la fe que debemos tener en la Autoridad Divina. El Gnomo continuó:

—Ella (el alma) no sabe de dónde extrae sus ideas, ni por qué medio se preserva. Luego de despojar al cuerpo de sus sensaciones, y de despojarse ella misma de sus atributos, escrupulosamente los conjura como un bien usurpado que proviene de lo alto. No comprende su elevación ni la bajeza de sus deseos; se crea designios que siempre se invalidan, y deseos que sabe que no se cumplirán. Todos sus razonamientos son vacuos y se apoyan sólo en una base tambaleante y en falsos

prejuicios. Está siempre indecisa, siempre irresoluta, y ello tanto si está alborozada como si está deprimida. Está siempre inquieta y descontenta.

"Hasta el siglo pasado, respetaba a tres facultades ilustres, que daban alivio a su ser. Desde entonces se complació tan bien en restringir su amplitud y sus funciones que se redujeron a la nada. La inteligencia no es más que un triste receptáculo, lleno de ideas que le son extrañas, porque nada puede sacar de su fondo. La voluntad es una veleta, que el mínimo soplo de la pasión hace que gire a su antojo, pues es ella la que casi siempre toma las decisiones en las cuales consiste el acto de la libertad, y, en consecuencia, toda su gloria. Pero, como esto es generado por la impresión de lo externo, y por el calor o el frío de la sangre, el alma tiene, sin duda, menos participación que el cuerpo en su voluntad. En lo que concierne a la memoria, el alma tiene que cambiar de morada en nuestros tiempos, y tanto se la degrada que no retiene una sombra de su nobleza primera. Efectivamente, fue transferido por completo este vasto depósito en el que el alma debería encerrar una infinidad de imágenes que tiene la obligación de destilar y espiritualizar a fin de hacerlas dignas de ser recibidas en sus receptáculos; y, en lugar de rememorar las cosas pasadas, en otras ocasiones el alma sólo tiene que volverse sobre sí misma para contemplar aquellas imágenes que tiene en depósito. Hoy en día, está obligada a ponerse a seguir las huellas de ciertos cuerpecillos inconstantes que recorren impetuosamente rutas ambiguas para renovar las huellas que sus predecesores dejaron. Y esto de modo tal que cuando se disuelve la sustancia en las que estas huellas se imprimen, y el alma se separa de ella, es finalmente obligatorio, si Dios no la abastece que necesariamente olvide todas las cosas, o sea, sus obras, pensamientos, palabras, artes, talentos, conocimientos, parientes, amigos y hasta su cuerpo, y que retorne a su principio, tan desnuda como cuando salió.

"Tal vez pienses que el hecho de que resida en una morada material la torna apropiada para comprender al cuerpo que gobierna y a aquello que la rodea. Eso es un error y algo que imaginas. El cuerpo es aún más enigmático, pues su propia naturaleza no sabe si es la prisión del alma o su reino, si existió antes de que el cuerpo existiera, o si existió antes de que pudiera ser; si fue enviada allí inmediatamente desde lo alto, o si moró unida a la materia, como la flor y la planta

que se desarrollan de la semilla; si ayuda a construir, o a ordenar, o si sólo llega después que el edificio fue terminado. Pero cuando se demuestre que ella trabaja en la formación del cuerpo y su ordenamiento, y que será quien lo gobierne y reine sobre él, no advierto que estos títulos ostentosos puedan capacitarla para que adquiriera mucha gloria. Nunca se obedeció menos a un soberano. Nunca un imperio fue peor gobernado. No sabe si es algo fijo o trashumante. Jamás pudo señalar con precisión su sitio de residencia; y estoy persuadido de que aún lo ignora y lo ignorará siempre. En el pasado, estaba enteramente sumida en todos los hábitos del cuerpo, deseosa de estar por igual en todas y cada una de sus partes; no obstante, esto ocurría de modo tal que ejercitaba particularmente sus más nobles funciones, a veces en el corazón, a veces en el cerebro, según el capricho de sus opiniones. En la actualidad se concentró y redujo tanto en un pequeño ámbito que sólo ocupa poco espacio y, por así decirlo, sólo un punto en la cabeza del hombre;\*13) allí da sus órdenes, es decir, como una oficina de correos, y envía a los confines de sus provincias infinidad de correos, algunos de los cuales son interceptados, otros se extravían, y otros regresan, pues las instrucciones estaban equivocadas. Es allí, finalmente, donde, como un centinela apostado en una torre o en un campanario, se ocupa sin descanso de observar los desórdenes de las cuerdas del reloj, o los movimientos de los engranajes de éste, a fin de ajustar indispensablemente sus centinelas y pensamientos al son de las campanas. Esto no fue siempre pues, según lo que dijo una de las almas más esclarecidas de nuestro siglo, antes de que el primer hombre cayera, tenía la facultad de detener el péndulo y las pesas del reloj, de separar las cuerdas de éste, de seguir adelante por sí sola y de trasladarse, por así decirlo, fuera de la torre, por temor de que la armonía del carrillón pudiera hacerle sentir aquellos gustos y goces que ella no podría tener sin manchar su inocencia y su libertad. ¡Pobre soberana! ¡Imbécil gobernante! No hay marinero tan poco calificado que no conozca la cantidad de cuerdas de su nave y los usos que se les puede dar. El alma no es tan capaz. Ignora la estructura de las partes internas de su cuerpo; le son insensibles sus operaciones, y jamás las percibirá. Y cuando se la instruye, es siempre por la afinidad que tiene con otras cosas.

"Estuvo seis mil años sin comprender el canal de las linfas, los conductos salivales, el funcionamiento de la sanguinización, y mil otras cosas esenciales.

Durante este tiempo prolongado, calentaba la sangre en las venas, al menos así lo creen; nadaba, y recorría estos canales venosos, y de allí podía sacar los ministros de sus órdenes y su voluntad. No obstante, sostenían y juraban mil veces que este líquido rojizo estaba inmóvil y estancado. A fin de eliminar y disipar este error burdo y generalizado, correspondió a un alma extranjera, educada en Gran Bretaña,(14) convencer a todos los demás mediante mil experimentos que la sangre está en continuo movimiento, y que sólo cesa de circular cuando cesamos de vivir.

"Se jacta de tener fuerza infinita. La mínima nube que surge en el mesenterio la eclipsa dé su trono. El zumbido de un mosquito la desarma, y el ruido de una centella la pone en guardia muy seriamente. Sus sensaciones son el origen de sus goces y pesares: ¿ hay algo que menos se conozca que su economía? No sabe si es ella la que se dirige a los objetos sensibles, o si son éstos los que acuden a ella, o, posiblemente, si no percibe lo que los ha causado. Se despoja de sus sentimientos con el fin de revestir con ellos a seres a los cuales no pertenecen. Considera como extraños a los colores, los gustos, los aromas, los sonidos, la luz y otras mil cosas, aunque ellas surgieron básicamente de la naturaleza y son según ésta. Mediante los sentidos, se comunica con todos los cuerpos que la rodean. ¿Qué la hace interrumpir esta comunicación? Una piel fina oscurece su visión, un coágulo delicado la priva de gusto y oído, una gota de humor perturba sus nervios, un átomo de polvo que se desliza dentro de la uretra detiene el pasaje en su trayecto, y la despoja del conocimiento de lo que ocurre en el cuerpo. En una palabra, la mínima cosa pone a todas sus facultades en el desorden y la inacción.

"Si es tan excelente, y si tiene las facultades y la fuerza que sus panegiristas le asignan, ¿por qué no puede perforar esta piel? ¿Por qué no puede forzar este dique para abrir nuevamente los caminos clausurados y ponerse a funcionar libremente? Anima a toda la maquinaria, está sobre todo, y, no obstante, si en ella se levanta alguna tormenta, alguna tempestad en sus estados, en lugar de buscar la calma en sí misma, tiene que recurrir siempre a alguna otra alma distante, que, al estar menos unida a su cuerpo, está también menos al tanto de sus necesidades, y debe necesariamente conocer menos de sus partes. ¿Qué pensaría el rey de Siam si el Emperador de Austria le pidiera su consejo sobre desórdenes que ocurren en



Viena? ¿No consideraría que semejante Príncipe es alguien que perdió la razón? Y si su cortesía le obligara a responder a las preguntas de aquél, qué otra cosa diría que no fueran estas palabras: '¿Cómo podría saber yo lo que ocurre donde no estoy, si tú ignoras lo que ocurre en tu propio país?' Tu alma es más necia aún, y más digna de lástima que la de ese imaginario Emperador de Austria.

"Ante las mínimas alteraciones en su imperio, la cabeza se vuelve y, como ya te dije, siempre consulta a almas extrañas.\*15) Deposita su confianza en lo que está más alejado y es más audaz, con muchísima seguridad, y si se desea poseerla enteramente, sólo es necesario hablarle con una jerga misteriosa y decirle cosas oscuras y novedosas. Para atestiguar esto tomo a tus doctores en medicina, cuya facultad no es menos una secta de almas que el Pórtico o el Liceo. A estas almas se las llamó de lejos para que te instruyeran sobre los peligros que amenazan a su estado, y sobre el medio de eludirlos o impedirlos. ¡Oh!, pero se comportaron mal; su ignorancia te engañó, y aumentó el peligro; ¿sus vanas conjeturas a qué molestias no los lanzó? Sus remedios crearon a menudo una guerra en una provincia que estaba en paz; y supuso en calma a la que estaba perturbada y alterada. Se dedican a curar males imaginarios y a descuidar los que eran reales y concretos. Rodean de calor al cuerpo, y lo enfrían hasta congelarlo; medican calor interno cuando los pulmones están atacados; vacían las venas cuando es necesario llenarlas con la sustancia de las dolencias, para que abrevien el mal adecuadamente. El alma da ciegamente, con un error mortal, lo que a menudo cuesta la pérdida de lo que es carísimo, y que desea preservar. Esto no es un gobierno capaz ni una reina juiciosa, ¿verdad? Ella se encarga de poner en movimiento una maquinaria que le prestaron, y no sabe qué partes es necesario tocar. Sobre todo, no encuentra remedio. Cree que todo es Luz y no puede ver para disfrutarla.

"¿Después de esto, podemos ensalzarla y alabarla con alguna justicia? ¿Y no demuestra que es ignorante de sí misma, como para creer que pone al hombre por encima de los animales, y que él es el rey y el amo? ¡No confíes en esta realeza que es tan enteramente quimérica! El hombre no ha preservado superioridad sobre los animales. Le hacemos demasiada merced cuando lo colocamos por encima de ellos. Si él se impone sobre ellos es mediante artificio, o con el derecho de los fuertes,

como los hombres lo hacen diariamente. Pero, raras veces hemos visto que leones, tigres, osos y mil otras especies de animales hayan respetado en el hombre el carácter y la dignidad de soberano de ellos. Tú confiesas sin que te duela que los temes tanto como ellos te temen a ti.

"En lo que concierne a los animales, el hombre es un rey destituido, un rey pintado, que se dispensa el honor de un título que carece de autoridad. Lo cual me persuade, y necesariamente debe convencerte, que de nada lo privamos cuando lo equiparamos con las bestias: el Omnipotente, que es Amo absoluto de jerarquías y fortunas, te aconseja que tomes la conducta de las bestias como modelo de la tuya propia. El se refiere a la astucia de la serpiente, la dulzura de la paloma, la industriosisidad de la hormiga, y lo que desafía a la Providencia en las aves del cielo, las cuales, sin tomarse el trabajo de sembrar, o de cosechar, no dejan de subsistir durante todo el año.

"Entonces, es cierto que el hombre, tanto en general como en particular, es un insignificante sujeto de tentación, y que aliarse con él es de tan poco honor o provecho que no somos muy injustos con nosotros mismos al renunciar a esa alianza. Cuida de tus mujeres. Nosotros cuidaremos de las nuestras, y, con ellas, los tesoros que depositaron en nuestra custodia, y cuya posesión, sin duda, ocupa en los corazones de los hombres un sitio más elevado que el que tú nos ofreces, de una inmortalidad que para nosotros podría ser tan fatal como incierta que es."

Luego de concluir esta sátira, el Príncipe Gnomo deseó retirarse. Le rogué a Macnamara que lo detuviera, y obtuviera su consentimiento como para que me escuchara un cuarto de hora más. Detuvo su partida, y le agradecí que me escuchara: — Aunque los sentimientos que albergas para con el hombre son tan desventajosos—le dije—, estoy persuadido, mi Príncipe, que Tu Alteza los abandonará si algunas veces miras el lado bueno, sin considerar el malo. El hombre es una especie de medalla, en la que los ojos de amigos y enemigos encuentran igualmente su valor. Si lo consideras desde cierto punto de vista, aparecerá ante ti con el aire majestuoso de un soberano; pero si cambias de lugar y lo observas desde el otro lado, sólo te encontrarás con una bestia. Consideremos el lado bueno. Mira el lado más agradable de la

medalla; pronto te convencerás de cuán excelente es la naturaleza del hombre, y de que todo lo que, en el reverso, percibas como desordenado es un rasgo y un artificio de la óptica, que difícilmente permite que a los objetos se los vea como son.

"Has descrito vividamente las flaquezas e imperfecciones del hombre. Las percibimos demasiado como para no coincidir en lo que a ellas respecta. Con- cuerdo con tu sátira, en aquellas condiciones que tú a- plaudes en las alabanzas que yo le tributo, y que él merece.

"Tú dices que lo degradaron de su nobleza y lo privaron de su gloria; pero, aunque se hundió, no se desprendió de todas sus perfecciones: su pecado borró algunos rasgos brillantes de una imagen que Dios esculpió en su alma. Pero, la base de esa imagen sigue allí, y preservó para él la inmortalidad de la cual ella es inseparable. Aquella pretendida incorporación, que le a- tribuiste, es una quimera de la que los filósofos que te instruyeron han abjurado. Se trata de una opinión desgastada y vieja, de la que lo despojaron, y con la que tú lo revestiste, y es un ropaje que ha dejado de estar de moda. Te ruego que sigas mi alocución y percibirás cuán ridícula es esa opinión, y cuán imposible es la metamorfosis que aquélla respalda.

"¿Mediante qué vuelco del orden establecido en la naturaleza, mediante qué operación química, un espíritu podrá convertirse en un cuerpo? En el alma del hombre, nada veo que señale este cambio prodigioso. Está por encima del cuerpo, es su juez soberano. Se mezcla con él, y se separa y lleva su vista y sus deseos hacia los objetos a los que puede alcanzar. Observa los irrefutables títulos de su espiritualidad, y en los que no tiene cabida la inscripción que diga: "falso". Sin embargo, deseo verificar estas cosas y convencerme de su autoridad."

Ante estas palabras, me incliné hacia Macnamara y le dije quedamente en el oído: –Voy a exhibir a nuestro Gnomo en su desnudez.

Dirigiéndome al Príncipe, le dije: –Me lanzo a esta verificación de esta manera. En primer lugar, te digo que el alma está por encima del cuerpo porque Dios sometió a su imperio lo que es más perfecto de todo, y lo que abarca y une en sí

mismo todo lo que hay de muy puro y excelente. Es cierto que esta dominación se debilitó un poco con la transgresión de la primera de todas las almas; pero, aunque esté debilitada, subsiste todavía íntegramente, y no vemos que inferiores del hombre hayan intentado sacudirse su yugo y someterlo al de ellos; por lo contrario, diariamente tenemos

la experiencia de que ellos temen sus amenazas y obedecen a su voluntad.

"En segundo lugar, digo que el alma juzga soberanamente al cuerpo, porque distingue perfectamente un cuerpo de lo que no lo es; y que rechaza con autoridad y rotundidad ciertas cosas que son más bien sombra que realidad, como el punto y la línea, y que acuerda por sí con todos los demás, que por una triple dimensión ocupan más o menos espacio, según sean grandes o pequeñas sus partes.

"En tercer lugar, digo que el alma se combina con el cuerpo y se separa de éste, porque mediante el pensamiento se une con mil cosas que están fuera de la materia. Comprende infinidad de figuras perfectas que nunca encontraremos en el cuerpo; que los sentidos no pueden percibir y que hasta es imposible imaginar. ¿No ve claramente que una esfera perfecta no puede tocar a un plano perfecto sino en un solo punto? ¿Y que un círculo, por pequeño que sea, carece de defecto, cuando entre las líneas, trazadas desde el centro hacia la circunferencia, podemos todavía trazar una infinidad de otras? En suma, que un ángulo es en verdad un ángulo recto cuando una línea recta, que cae sobre una línea de la misma naturaleza, no se inclina más hacia un ángulo que hacia el otro. En estas cosas, nada hay que se relacione con la jurisdicción de los sentidos. Pero contempla con más libertad aún los números inmatrimales a los que denominaron ejemplares en nuestras escuelas de matemática, y que son tan independientes de tiempo y lugar, que puede decirse que son de todos los países, y que se los encuentra lo mismo en todos los siglos, y entre todos los seres de la tierra. Recorre desde el Este hasta el Oeste, el Sur o el Norte, y allí descubrirás que cuatro son cuatro, y diez son diez, porque todos los hombres del mundo ven por igual, y de la misma manera estos números, en lo profundo de sus almas, con los ojos de su inteligencia, y esto teniendo en cuenta que, aunque no haya habido uno sólo que haya percibido interiormente cómo, ellos participan de la Unidad

de la que salieron.

"¿Qué idea te formarías sobre la excelencia y elevación de nuestra alma y de su separación del cuerpo, si te hablara de reglas, números, medidas, luz, derechos naturales, ciencias, virtudes y todas las demás nociones inmutables y eternas que nacen con nosotros, y que ningún espíritu elude, y que se preservan en nosotros sin la ayuda de los sentidos ni nuestra participación? Paso todo esto sin comentarios, para no cansarte, y porque en ninguna parte hay nada tan evidente. Sin embargo, deseo extraer de esto una consecuencia que destruye tu error, y debes comprender que el conocimiento de Dios no está oculto a nuestra alma, menos aún que de sí misma, y de las cosas que ocasionan sus sensaciones; pues atendiendo a que esta alma, como es cierto, concibe cosas inmutables y eternas, como no puede concebirlo sino en un tema que es inmutable y eterno, que es Dios; es verdad que lo conoce, y el conocimiento del tema es inseparable del conocimiento de las cosas que allí moran, del mismo modo que cuando vemos flores, esparcidas en una pradera, necesariamente vemos la hierba y el campo que la sostiene. Nuestra alma es, pues, espiritual; ¿cómo no debería serlo, puesto que los objetos ella los ve con el espíritu, que es todo ojo y todo luz? Entonces, no es ignorante de sí, pues como vemos la luz en la medida en que esté presente en nosotros, y cuando tenemos los ojos abiertos y sanos; de igual manera podemos decir que si la luz tuviera ojos vería siempre porque siempre estaría presente en su resplandor. Estas razones tal vez te parezcan abstractas, y no estés acostumbrado a ellas; es necesario que digas algo más plausible, y sin duda, más adecuado a los principios que te hemos esbozado.

"Consideremos que nuestra alma es un ser pensante, que piensa siempre, y que su deseo y sus otras propiedades no tienen tinte alguno, y nada toma de eso de la materia o del cuerpo; que no tiene color, figura, ni partes, que no ocupa espacio, que no tiene movimientos; que Dios es su centro natural, al cual está más o menos fija, según tenga más o menos Sabiduría y Justicia; y que allí no tendrá cabida si esta Sabiduría y esta Justicia la abandonan enteramente. El alma sólo está presente en el cuerpo por intervención de El, actúa allí de manera espiritual a imitación de su Autor, pero, inconstante en cuanto a su virtud, está limitada. Está completa donde quiera que vaya, y aunque esté en mil sitios diferentes, porque su acción constituye su

presencia; y su naturaleza es muy sencilla y singular. Jamás está ociosa, y siempre actúa, ya sea por ser afín con Dios, de quien subsiste, o respecto del cuerpo al cual gobierna. Pero aunque su acción sea más débil en una ocasión, o más fuerte en un cuerpo que en otro, el alma es siempre igual porque no es susceptible de grandeza ni de pequeñez. Añado a esto que la espiritualidad de nuestra alma resulta irrefutable por la calidad de su vida. Tal es el ser del cual ella es la vida, y tal es la vida de la que ella es el alimento. Sabemos que el alma no se alimenta con pan, sino con la Palabra de Dios. El alma nunca aparece menos vigorosa que cuando el cuerpo está muy obeso. La mayoría de nuestros primeros Maestros pensaron como nosotros; pues si pudieran haber creído de otro modo, podrían haber dicho que quienes tenían más materia tenían también más inteligencia; pero ellos estaban persuadidos de que el espíritu tiene siempre más penetración y vivacidad cuando menos se apega al cuerpo, y cuando está cerca de cortar las ataduras que a éste lo fijan. Los sibaritas afectos a un buen banquete son casi siempre los más estúpidos, y deben callar. Las comidas deliciosas no los tornan mejores ni más inteligentes.

"Concluyo esta plática asegurándote que una vida tan noble, y que subsiste con un alimento que tiene tanto de excelente como de verdadero, te liga con seguridad a la inmortalidad que te ofrecemos y tú desdeñas. Es en vano que te imagines que el alma perece hoy con el cuerpo; nada tiene en común con la vida; nada tiene en común con la muerte; y cuando el cuerpo desciende en la corrupción de la tumba, recupera su libertad perdida y vuela hacia su gozo en el seno de su Creador. De buena gana olvidará el ultraje que inferiste a su dignidad, para tener el placer de introducirte en el sagrado refugio de las almas felices; sin duda, es más deseable que la nada en la que te atrincheraste. Regresemos y planeemos juntos repoblar el universo con infinidad de criaturas amorosas. Bendeciré el afortunado día que me procuró la gloria de haber consumado lo que debería constituir la felicidad de tus súbditos, y la de toda la raza humana."

El Príncipe Gnomo aparentaba estar más tranquilo aún durante esta plática que durante la primera. No hizo gestos ni muecas. Y por su mirada y compuesto semblante, empecé a hacerme ilusiones de haber ganado la partida. Pronto observé que sólo se había calmado para prestar más atención y responder a mi razonamiento

con el mayor vigor, puesto que yo lo había exagerado expresamente a fin de mortificar su arrogancia.

—Veo —me dijo— que estás satisfecho con tu sermón. Sin ser extravagante en mis gustos, mi satisfacción no es igual, y lejos de encontrarlo tan convincente como piensas, me parece muy adecuado para ratificar mis convicciones. Todo lo tuyo consistió en grandes palabras, grandes hipérbolos, grandes sofismas y grandes sutilezas, que son capaces de dejar atónitas y de sorprender a las almas del vulgo; pero que no impresionan a personas de mi carácter o de mi frío raciocinio.

"Todavía creo que el alma del hombre es necia, y no sabe qué es ni qué llega a ser. No es preciso ir muy lejos para indagar entre sus iguales qué sostendrá al hombre. En realidad, a semejanza de los animales, el hombre sólo se alimenta con espectros y fantasmas que nada representan (ni siquiera al Dios que lo creó) sino bajo la forma de un cuerpo; todas estas nociones generales que incluyen leyes, modalidades y ciencias, reglas numéricas y medidas, a las que gratuitamente denominan verdades inmutables, son creadas únicamente por la razón; son ideas huecas, quimeras y ficciones del espíritu; finalmente, el alma sigue el destino del cuerpo en el que habita, el cual es blando y débil en su tierna infancia (incluso incapaz de preservar impresiones o rastros de sus funciones), aprende y se fortalece con el hombre en su edad mediana y, al final de la vida, reincide, según sus ejemplos, en su debilidad y oscuridad primeras. (16)

—Sosíégate, mi señor, —exclamé— porque te vas del tema. Sin embargo, ¿qué dices del pensamiento, del que tienes una idea tan distinta de la del cuerpo, y qué conexión hallas entre ellas?

—La del río —me dijo— con su origen.(17) —¿Qué? —le pregunté—. ¿Crees que el cuerpo es el origen del pensamiento?

—¿Por qué no? —me respondió—. ¿Es más difícil para Dios hacer que el pensamiento surja del cuerpo, y de la materia, que sacar al alma y al espíritu de la nada? Advierto claramente de qué se trata: ignoras la naturaleza del pensamiento, y te

lo demostraré. El pensamiento es un habla interior mediante la cual uno conversa consigo mismo, tal como usamos la palabra perceptible mediante la cual nos comunicamos con los demás. Pero, a fin de dar forma a los sonidos articulados a los que llamamos el habla, y que expresan nuestros sentimientos fuera de nosotros, sólo es necesario que algunos delicados corpúsculos se insinúen en los nervios y en los músculos destinados al habla; también basta para formar esta habla interior, a la que llamamos pensamiento, que corpúsculos aún más sutiles, y más delicados, se lancen hacia partes más depurada;, y sensibles, y se deslicen dentro de canales más estrechos y menos perceptibles.

–Pero, dime, por favor, –lo interrumpí– ¿cómo sucede que estos manantiales y estos canales escaparon a las miradas y observaciones de los anatomistas de nuestra época, que son tan exactos en sus investigaciones, y tan felices con sus descubrimientos?

–Ello se debe –me dijo– a que están tan predispuestos a lo opuesto. Sus prejuicios y preconceptos fueron la causa de sus errores, y de que perseveraran en éstos. Lo que debe persuadirte de que las cosa es como te la expliqué, o sea, que una y otra habla tienen el mismo principio, y son producidas por medios parecidos, guardándose las proporciones, como puedo señalártelo, consiste en que los desórdenes por el exceso de vino y las pasiones inmoderadas hacen que te muestres por igual en tu conversación y en tus pensamientos. No hacen lo que dicen ni lo que piensan; hablan y razonan malamente, y el trastorno se esparce por doquier, porque el conjunto sanguíneo se calienta y rarifica con el fuego que sobreviene, todo lo cual hace que una parte sea susceptible de estos movimientos y estas agitaciones extraordinarias.(18)

–¡Caramba! En cuanto a esta conjetura, mi Príncipe–le dije–, esto es lo que se denomina sutileza pura. Tu sistema es ingenioso, pero no es igualmente sólido, y será tan fácil persuadirme de que el pensamiento y el raciocinio pueden formarse en el tubo de un órgano, y fabricarse delicadamente, como convencerme de que pueden nacer como tú lo adelantaste, en estos conductos finos y delgados que supones que en el cuerpo existen. La materia es nada menos que materia, aunque una sea más



sutil que otra, y lo que es materia nunca sabrá pensar.

–Te engañas nuevamente—siguió el Príncipe Gnomo—, y si te paras sobre el prejuicio, te caes. Me persuadí, igual que tú, de la espiritualidad de tu alma, y cuando considero sus temores y deseos, y sus otras percepciones, imagino que todo lo que pudiera elevar al hombre sobre la materia nada tendría en común con el cuerpo. Me sacó del error, y lo mismo hará contigo, una pequeña solicitud ligada a las circunstancias de nuestra desavenencia si examinas tan de cerca esta, materia de la que crees que tu espíritu está tan alejado. Sigamos paso a paso las virtudes vinculadas con ella, y los efectos maravillosos que producen cuando se filtra y sublimiza de cierta manera. Verás que no deshonrará a tu alma confundirla con la materia, y que lo que la distingue es sólo más o menos de ella. Consideremos la fuerza y la fineza de estas partículas de la sangre que sirven para tomar contacto y mover las partes de tu maquinaria. Observemos la virtud de los pequeños átomos escapados por casualidad, que ponen en movimiento violento a animales de un tamaño enorme. Sigue avanzando, y concentra toda tu atención en la pequeñez de tus ojos, y los de un águila, una hormiga o un gusano; lo cual es, en un sentido, imperceptible, pues reúnen sin confundirlas a infinidad de imágenes de todos los tamaños y colores, que representan muchos objetos. Sigamos adelante hasta la cabeza de este gusano, y verás una parte más delicada todavía, en la que esta infinidad de imágenes tan diferentes se fijan para representar su fantasía cuando le plazca convocarlas, o cuando las conjeturas las llevan allí. Ciertamente, si reflexionas con seriedad sobre la grandeza y la extensión de esta virtud, que reside en el mínimo punto de materia, en un solo punto, te convencerás de que nada hay de lo cual no sea capaz y en lo que no pueda conducirse, cuando está entre las manos de un artista, de quien la fuerza y la sabiduría son igualmente infinitas.—Comprendo—respondí bruscamente —Dios puede hacerlo todo: pero, como su Sabiduría estableció ciertas leyes y se prescribió ciertas maneras de actuar que El no cambia, y que decide la acción de su Fuerza, nunca ocurrirá que la materia piense ni que el espíritu ocupe un espacio (limitado).

—El término espíritu perturba tu mente, Caballero mío, —me contestó—. Tus químicos te pondrán en lo cierto respecto a esto. Ellos separan todos los días los

líquidos y las sales, el espíritu y el cuerpo, sin tratar de atribuirles una naturaleza diferente. Las cosas extremadamente delicadas, o que escapan a la vista, usurparon el nombre del espíritu, y se lo dieron a las esencias y a las partes sutiles de la sangre, aunque éstas son los elementos efectivos del cuerpo. Tal vez me digas que si no podemos ver al aire y al viento, y no logramos captarlo con los sentidos, ellos causan impresiones en nuestro cuerpo; en lo que a mi concierne te digo que el pensamiento hace esto con más fuerza. Si es vital, te calienta; si es frío, te congela; si es colérico, te seca; y si es alegre, te regocija y aumenta tu robustez. El cuerpo asume el carácter de los pensamientos, y el alma (como ya te lo dije, y nuevamente te lo repito) sigue a la evolución y la involución del cuerpo al cual anima. Es débil en la infancia, inconstante en la adolescencia, impetuosa en la juventud, de inclinaciones asentadas en la ancianidad, y termina donde empezó; es decir, en sus años de decrepitud cae en su primera debilidad, y no tiene más razón que un infante.

"Dime que a menudo no se separa del cuerpo, y que a veces la vemos sana, fuerte y espléndida, cuando el cuerpo parece abatido por enfermedades, y totalmente agotado; y que, en suma, jamás razona mejor que en los momentos que preceden a esta supuesta separación. Este vigor y esta lucidez extraordinaria no me asombran. Me parecen como los de un espíritu los esfuerzos y amagos causados por el movimiento y la fermentación de la sangre y los humores, tal como el cuerpo de alguien enfermo y abatido por una fiebre muy fuerte y prolongada recupera toda su fuerza y hace que sorprenda cuando aumenta el delirio. No es de asombrarse que partes tan diferentes por su conformación y disposición produzcan efectos tan poco similares: cuando la sangre bulle en el cuerpo, los demás humores más espesos se mantienen en él en calma; cuando los espíritus se agitan en el cerebro, a los pies los dejan inertes. Ciertas partes comienzan a funcionar cuando las demás se aflojan y relajan. Tus personas espirituales dividen incluso al alma en dos partes; una inspira, la otra consulta; una gobierna, la otra debe obedecer. Estas dos son hermanas, cuyas relaciones y funciones diferentes señalan su diversidad; si lo prefieres, son marido y mujer, Adán y Eva, como lo explica uno de tus doctores, que no se asombraba de observar que la parte superior del alma se ocupaba con Dios durante el éxtasis, y que la inferior permanecía en la inacción, respetuosa del cuerpo, y que, de algún modo, olvidaba su obligación de gobernarlo y ponerlo en movimiento. Esta diversidad de

funcionamiento y de objeto en un ser al que crees indivisible, ¿no respalda lar; va naciones de las acciones del alma y del cuerpo? Creo que eso deriva de esta misma cuestión, con esta diferencia: que no son los mismos el orden y el volumen de las partes que componen aquellas acciones.

"Añado a esto dos observaciones que podrás observar diariamente, y que deben causarte impresión e incluso convencerte de la verdad de lo que hasta ahora te dije. La primera observación es que, durante el sueño, el alma está infinitamente más dormida que el cuerpo, pues además de algunas partes externas del cuerpo que la pesadez del alma y la laxitud mantienen inmóviles, porque habitualmente sólo se mueven por órdenes de aquélla, sin saber cómo se ejecutan, todas las demás siguen cumpliendo su deber con exactitud y sin interrupción. El corazón sabe comprimirse, los pulmones inhalan y exhalan, la linfa corre y toma su coloración, la sangre circula, las arterias palpitan, la digestión prosigue, la carne engorda y todos los miembros evolucionan. No ocurre lo mismo con el alma. Es como si la hubieran aniquilado, prohibiéndose todas sus facultades y suspendiéndose sus modificaciones. Nada sabe, nada ve, nada siente. Alcanza a pensar cuando la convulsión de algún átomo la obliga a despertar; todos sus pensamientos están constituidos por locuras, extravagancias y fantasmas con los que se aterroriza, y que causan risa a quienes se enteran de sus sueños. Si como tú pretendes, ella fuera espiritual, ¿todos sus pensamientos no deberían ser justos, y todos sus juicios no deberían ser exactos en las horas de reposo? Cuando ella se recupera, aquietadas las pasiones y la búsqueda de los objetos, libre de preocupaciones y de conducir a la máquina, dejándola en plena libertad y sin distracciones, ¿no podrá oír esta Verdad eterna e interior que tú anhelas que hable siempre, y a la cual este prolongado intervalo de reposo le brinda tiempo libre como para escucharla? No obstante, está sorda, muda y ciega, permanece ociosa y en una inacción total. Lo que puedes colegir, convenciéndote conmigo, es que sólo necesita un grano de opio para que sucumba ante toda la fuerza de lo más depurado y grande del universo.

"La segunda observación es que (en los beodos) vemos la beodez en la que el espíritu aparece a menudo más embriagado que el cuerpo. Sus ideas son meras palabras, su razón se fue a pique, nada hacen ni dicen que no sea extravagante, pero

cuando necesitan marcharse del sitio de su crápula al llegar la noche, vuelven a su casa sin titubeos ni confusiones, y luego de acostarse como de costumbre, y dormir profundamente, a la mañana nada recuerdan de su jarana, y olvidan sus palabras y acciones del día anterior. ¿De dónde deriva este espíritu desordenado? ¿De dónde deriva este vuelco de la razón? ¿De dónde deriva que los vahos del vino vuelquen enteramente el trono de la inteligencia, la cámara de los espíritus, que sirve para mover a la máquina? Vacilas en contestarme. Lo haré por ti, y te digo que ello se debe a que la parte del alma que llamamos animal está compuesta por corpúsculos bastante densos, que por su solidez resisten la impresión de los vahos y se mantienen firmes en sus puestos, para no perturbar la regularidad de sus funciones. A continuación, ello se debe a que estos otros corpúsculos que forman la parte más noble del alma, y sobre los cuales caen los rayos de la Razón Soberana, por ser más finos y delicados, son menos capaces de resistir la convulsión de estos vahos, y, como consecuencia, son más susceptibles de desarreglos. En estos principios se encuentra la solución del caso del joven paje que, estúpido y materialista de nacimiento, cambiaba totalmente el modo de ser de su espíritu cuando lo abrasaba una fiebre aguda, y todas sus palabras se convertían en otros tantos dictámenes y oráculos. Cuando informaron al rey, su amo, sobre esta a- sombrasa metamorfosis, entró en el aposento del enfermo y luego de oír cosas bellísimas del mundo y máximas de muy elevada política, creyó que era importantísimo preservar a un genio tan extraordinario, y ordenó a sus médicos que emplearan todos los secretos de sus artes para curarlo. Efectivamente, lo curaron; pero este pobre joven, al recuperar su salud, volvió a ser naturalmente estúpido y a sufrir el desprecio de su príncipe, lo cual lo hizo lamentar su enfermedad y maldecir a quienes lo libraron de ella.”

"Si este ejemplo te deja todavía alguna duda, el que estoy a punto de decirte la disipará por entero. Consideremos que el fuego de la sangre tiene sobre el alma el efecto que el fuego tiene sobre los ojos, y que sus impresiones son completamente parecidas. Con demasiada poca luz sólo vemos a los objetos de modo confuso; con luz suficiente los vemos con muchísima claridad; y con demasiada luz nos deslumbramos, y no vemos bien. Con demasiado poco fuego en la sangre, nuestra visión y nuestra inteligencia son confusas y limitadas. Con un fuego regulado, vemos justa, depurada y claramente. Con excesivo fuego, tenemos una visión extraña y

perdida. ¿Y esto por qué? Porque cuando la actividad de este fuego era, en el primer caso, demasiado débil como para poner en movimiento a las partes sutiles con que el alma está formada, no podrá producir sino los espíritus en común. Cuando esta misma actividad se acompaña de proporción y perfección, y nada falta, su noción está plenamente ajustada, y produce necesariamente espíritus buenos. Como en el último caso, esta actividad está más allá de la medida debida, agita y disipa a los corpúsculos sutiles que las iluminaciones superiores siempre afectan falsamente, y allí no puede introducir razón alguna; y de este modo, sólo quedan locuras y extravagancias. Te ruego que examinemos estos tres grados del fuego y sigamos su acción. Allí no sólo hallarás la verdadera causa de las diferencias de los Espíritus y de sus cambios de carácter, sino también todos los efectos que nacen de ellas y que son producidos por las mismas Leyes de la Naturaleza y por el mismo mecanismo que los de la luz. Desean atribuirlo a otro principio, y me hago la ilusión que lo conozco: Esto es crearse una idea fantástica, e imitar a Ferícides, quien se cree que fue el único que inventó la opinión de la Inmortalidad del Alma para satisfacer su propia ambición."

—Todo este razonamiento, mi Príncipe, —le dije— sólo parece crema batida y no proyecta el mínimo baldón sobre las ideas que te di sobre la excelencia y la dignidad de mi alma. Yo distingo muy claramente entre la naturaleza de ella y la de mi cuerpo, y conozco perfectamente bien al ser que piensa, y excluye la idea del ser material. También puedo señalarte muy claramente las actividades que a él pertenecen. Pero es necesario incorporar y mezclar lo que tú separas y confundes, puesto que me remitiste a los químicos. Ten la amabilidad de mostrarme con qué arte singular, mediante qué virtud química el alma que era Espiritual e Inmortal en Adán, como tú sostienes, se volvió corpórea y se recedera en él y en todos sus descendientes.

—Eso te lo puedo demostrar fácilmente, —me contestó—. La primera transgresión causó este prodigio. Se incorporó el espíritu, y lo hizo encarnar. De la misma manera que la virtud espiritualiza al cuerpo, y le presta su cualidad, el alma tiene a Dios como principio, y nada la origina; se acerca a uno en la medida en que se separa del otro. Tiene ser y perfección en mayor o menor medida, según se acerque más o menos al Origen de todos los seres. Su vida es una especie de escalera que

toca al cielo con un extremo, y a la tierra con el otro. En un extremo encuentra a Dios y la Inmortalidad, y en el otro a la muerte y la nada . Si se eleva, se espiritualiza y diviniza de algún modo; si se rebaja, se torna parecida a los animales, y termina como ellos. Al primer hombre se lo dejó soportar el peso fatal de su codicia, de sus gustos irregulares, y, por su infortunio, cayó. Su alma se volvió carnal y disoluble. El Señor permaneció durante cuatro mil años sin el deseo de apartarle de este estado desgraciado. Si examinas todos los motivos por los que él fue instado al bien, y todas las amenazas que se emplearon para alejarlo del mal, confesarás conmigo que, durante todo este tiempo, no lo consideró sino como un hombre percedero en todo sentido. Sin duda, su duración era proporcional a la de sus recompensas y sus castigos. Fueron efímeros; entonces fue necesario que los pasara y concluyera.

—Me dejabas atónito —le dije—, y no sé de dónde extrajiste estas extrañas opiniones.

—De la razón de Dios, —me replicó—. Su Esplendor espiritualizó al alma de este Primer Padre. La Imagen de Dios lo volvió inmortal. El hombre cerró los ojos ante este Resplandor Divino; rompió y pisoteó esta Imagen Sagrada; perdió sus excelentes prerrogativas; se despojó de estos brillantes ornamentos, y cayó más bajo que lo natural.(9) Desengáñate, sólo Dios es verdaderamente Inmortal (20) porque sólo El es verdaderamente indivisible, y puede subsistir por sí solo. El es la Unidad soberana autobastante. Todo lo que sale y se separa es divisible, y, en consecuencia, toca a su fin.(21) Esta Unidad Sagrada deseaba hacer que el hombre fuera partícipe de Su Felicidad y de Su Gloria, colmándolo con Su Espíritu, y este Espíritu, que es el Sello de Su Amor, esculpió los rasgos de su semejanza en lo profundo de su alma, por lo que la muerte y la aniquilación lo hubieran respetado eternamente si él hubiera preservado aquello. Mientras este espíritu estuvo con el hombre, éste fue completamente espiritual, y no formó un pensamiento que lo hiciera indigno de la inmortalidad y la comunicación del Ser Soberano; pero, él lo perdió todo al perderse, y sólo reuniéndose e- se espíritu con él podrá recuperar semejantes beneficios gloriosos.(22) Contemplemos al hombre unido nuevamente con este Espíritu Santo. Encontrarás a un hombre enteramente nuevo que tiene un corazón y un alma enteramente nuevos, que aspira al Bien Eterno, que tiene vida y movimiento

enteramente mediante ese espíritu. Si él habla, es el espíritu el que habla por boca de él; si desea, es éste quien forma sus deseos; si efectúa alguna plegaria, y prorrumpe en algunas lamentaciones, es éste quien reza y se lamenta por él. En suma, es su alma, su corazón, su espíritu y su todo, y no se contenta con volver a dibujar nuevamente en sí mismo el carácter de su imagen que se borró. El se reúne otra vez con su original durante una eternidad.(23)

–Permíteme–le dije–, que te interrumpa en tan bello pasaje. Allí te secundaré. Coincido en que actualmente el alma volvió a habitar, y aunque fue carnal y perecedera, fue restaurada para el Espíritu y la Inmortalidad. Entonces, ¿por qué tomas como pretexto de que te alejara de los hombres la falta de inmortalidad do la que el Espíritu del Altísimo nos libró?

–Porque–me respondió–, este Espíritu Divino encuentra tan pocas de esas personas y porque las que se honran con Su Presencia, al recuperar el privilegio de inmortalizarse, no obtienen el de comunicarlo a los demás.

–Adán–le contesté–, tuvo a la sazón este beneficio mientras fue fiel, ¿y no transgredió esta Ley de la comunicación que tú pretendes que Dios le dio con su vida?

–Sí–me replicó–, lo disfrutó, y también algunos otros privilegios en los que Dios había conservado su Espíritu. Pero su raza se corrompió, y el Espíritu de Dios se retiró de todos los hombres. Nosotros tomamos partido, y nos abstenemos de hermanarnos con ustedes porque, tal como están constituidos hoy en día, y cuando tuvimos tratos con ustedes, según tus propios principios, existió la posibilidad paralela de perder o de ganar. Lo de menor cuantía es nuestro estado, pues la nada nos salva de la infelicidad eterna, y al mismo tiempo perdemos al sentimiento de todas aquellas pérdidas que tanto exageraste. Vive, entonces, en paz, y déjanos morir como siempre. No envidiamos tu felicidad; aprovecha tus desgracias pasadas, y sigue incluso hasta el fin el camino que se abre hacia la inmortalidad, sin inquietarte por beneficiar a aquéllos a quienes tu corrupción lo ha cerrado para siempre.

–Te contesto –le dije– para tu tranquilidad en el futuro: es bueno no tener relación contigo en el futuro. Tus errores serían contagiosos. Llévate los a las profundas cavernas de donde los trajiste. Es muy patente que te entregaste al espíritu de la iniquidad, y que éste se expresa a través de tus órganos; pero la Verdad triunfará sobre estos artificios, y no permitirá que el espejo en el que ella constantemente se mira se empañe con tus calumnias. Este espejo en el que Su Imagen se forma con Su Presencia y Sus Miradas, esta alma, que es la más noble y excelente de Sus Obras, subsiste eternamente, y estará siempre iluminada con los rayos de este Sol de la Justicia. Yo esto lo sé y lo atestiguo. La religión me lo enseñó, la razón me lo insinuó y el sentimiento me convence de ello.

El Príncipe Gnomo me escuchó mientras yo lo fulminaba con esto, hizo una inclinación con su cabeza hacia Macnamara, para despedirse, y se marchó con rapidez. En un instante desapareció de nuestra vista y, sin duda, recibió de sus súbditos las alabanzas que su resistencia merecía.



## NOTAS DE LOS GNOMOS IRRECONCILIABLES

1. Todo ser humano, consciente de ello o no, tiene un espíritu elemental en el, plano invisible, el cual lo protegerá o lo ayudará para que triunfe en los asuntos de la vida o, por lo contrario, propenderá a su caída. Todo depende del estado de evolución del ser humano. Si la naturaleza de éste se inclina hacia el bien o hacia el mal, este genio es la contraparte, en lo invisible, del genio existente dentro de cada humano, al que Sócrates llamó "Daimon".

2. Filósofos y magos significan aquí lo mismo. El mago, si entiende de conjuros y hasta si es un vidente, no sólo puede comunicarse con el Príncipe de los Invisibles sino también con cada espíritu de las jerarquías a la que todo ser humano puede pertenecer.

3. Ambos grandes dramas, La Salamandra y La Ondina se basan en esta gran verdad que sostiene que para que un elemental se inmortalice debe tener relación sexual, o casarse, con un ser humano. El relato del Génesis 6:2 que dice que "los Hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres...eran bellas; y las tomaron como esposas" es esta misma teoría. Se trata de una Verdad grandiosa cuando se la entiende acertadamente.

4. La doctrina consiste en que si el hombre desea entrar en contacto consciente con las bellas Salamandras u Ondinas, no debe tener trato alguno con las mujeres del género humano, pues estos bellos espíritus son excepcionalmente celosos, en la misma medida en que son excepcionalmente fieles, y ningún hombre podrá amar, a un mismo tiempo, a una mujer de la tierra y a una Salamandra u Ondina.

5. Los elementales de los cuatro elementos –tierra, agua, aire y fuego pueden vivir muchos centenares de años. No conocen dolor ni sufrimiento, pero no conocen el amor, pues sólo podrá amar el ser que pueda sufrir. No pueden ser inmortales, puesto que no podrá ser inmortal quien no pueda amar o sufrir. A fin de inmortalizarse deben entrar en contacto con los seres de la tierra, con los humanos. De manera que si una Salamandra puede entrar en contacto con quien nació en la tierra, a través de ese matrimonio o contacto sexual, se immortalizará, pero también quedará sujeta a todos los dolores y aflicciones del ser humano. Esto está plenamente ejemplificado en la bella historia de La Salamandra.

6. Aunque esto debe considerarse como la regla universal, naturalmente hay excepciones como, por ejemplo, los videntes, los iniciados y los filósofos.

7. El hombre ya no es más el amo de los elementos ni de las fuerzas mentales, físicas o espirituales. Como él mismo lo admite, el hombre es juguete de lo que él denomina "destino", pero que en realidad no es nada más que la caída de su naturaleza íntegra en el materialismo desde el trono del amor y la Inmortalidad que otrora ocupara y que puede ocupar nuevamente si quiere.

8. Debido a que el hombre está compuesto por los cuatro elementos, puede amar, tiene un alma, y puede llegar a ser inmortal. Los elementales, compuestos solamente por un elemento, son del fuego, del aire, del agua o de la tierra. Al unirse con el hombre, naturalmente se unen con los cuatro elementos y, de esta manera, se vuelven inmortales.

9. El hombre normal, sano e inmortal, está compuesto armónicamente con los cuatro elementos, pero al perder la vista espiritual, poco a poco desarrolla más de uno que de los otros elementos. Se convierte en una bestia apasionada al tener demasiado elemento fuego en su constitución; en un animal, al ser casi enteramente de tierra; en un idiota e imbécil al tener demasiado del elemento aire; y todas las demás cosas el hombre las desarrolla al tener en demasiada grande proporción uno o dos elementos.

10. Qué proféticas e intuitivas son estas palabras del Príncipe Gnomo! El ser humano es un personaje que no puede vivir sino únicamente con la cooperación y protección de Dios y Sus jerarquías que le aseguran y defienden la vida.

11. El cuerpo humano.

12. Esta afirmación es cierta en todo el universo. Universalmente, la humanidad cree en las diferentes doctrinas porque se le dice que se fundan en la Autoridad Divina. Cree en lo que se le dice o enseña. Nada sabe, porque nunca despertó las facultades del alma que le demostrarían la Verdad. Cree en todas las diferentes doctrinas y olvida enteramente que sólo hay un hecho, la Evolución de su propia alma, si así lo quiere.

13. Ningún hombre puede conocer sino es desde su interior, el cual es el proceso que siguen los filósofos. Creer y conocer difieren vastamente. Son muchos los que creen, o creen que creen, pero poquísimos los que conocen.

13. En la actualidad, esto es cierto. El asiento del alma no está en el cerebro en circunstancias adecuadas, pero las circunstancias y el modo de vida actuales la obligaron a salir de su justo trono y la hicieron ubicarse en la cabeza y, por esta razón, la humanidad es absolutamente materialista en la época actual. Es la época de la cabeza.

14. Esto tiene referencia con la circulación de la sangre y el descubrimiento de Harvey. Antes de eso, los "grandes" médicos sostenían que la sangre estaba inmóvil y estancada.

15. Prácticamente, toda la gente procura aprender de los demás las cosas que le conciernen y que su propia alma debería ser capaz de enseñarle. La finalidad de las Enseñanzas Arcanas es la de ayudar a quienes procuran desarrollar los poderes de su propia alma para que sean capaces de comprenderlos.

16. Lo que el Príncipe Gnomo expresa aquí es un hecho, pues las almas de

la mayoría de la humanidad son débiles, tan débiles que la inmortalidad es sólo un sueño. ¿Seríamos eso, o los Dueños del Destino? Podemos escoger. A nosotros compete preguntarnos qué seremos.

17. Este es un hecho. Si no lo fuera, los impuros pensarían pensamientos puros, o los puros de mente pensarían pensamientos impuros. Para pensar pensamientos puros es necesario vivir una vida pura, y esto, en sí mismo, demuestra que el cuerpo tiene mucho en común con los pensamientos.

18. Este es el secreto de tantos fracasos. Un exceso de bebidas alcohólicas y alimentos excitantes puede destruir las más depuradas sensibilidades del alma y hacer que brote un volcán encendido que conocemos como pasiones, lujuria y deseos.

19. Como ya se dijo, esto es realmente cierto. Mucho más que el uso equivocado de sus facultades racionales, el hombre cayó debajo de lo natural, pues ni siquiera los animales cometerán contra sí mismos y contra su especie las transgresiones que los humanos cometen diariamente.

20. Esta frase no es verdad. Todos los hombres y mujeres pueden llegar a ser inmortales siguiendo el rumbo correcto. Este Sendero está abierto para todos. A cada cual corresponde decir si desea o no la inmortalidad.

21. La iniciación ayudará al ser humano a ser un individuo. Como individuo, se convierte en una Unidad y, en consecuencia, en armonía con la Unidad Divina. Esta es la Iniciación, y la finalidad de la Vida.

22. La reunión es la Iniciación. Toda Iniciación, toda Mística verdadera, conduce a esta reunión o a esta Unidad. La labor de las Escuelas Arcanas consiste en ayudar a sus estudiantes a que realicen esto.

23. El Príncipe Gnomo estuvo ciertamente acertado en esto, y cumplir esto significa que la inmortalidad es un hecho.



# LISTA

## DE ILUSTRACIONES

El Conde de Gabalís, por Michael Goscinsky. Portada de la edición de 1680, correspondiente a El Conde de Gabalís, publicada en Londres, de la que se tomó esta edición. 26 Adorno con dos esfinges y un hombre alado, por Lucas van Leyden (1494-1533), Colección Rosenwald, Galería Nacional de Arte, de Washington, D.C. 39 Jocelyn Vise.

El triunfo de Galatea, retablo por Girolamo da Trivise, Fundación Alisa Mellon Bruce, Galería Nacional de Arte, de Washington, D.C. 67 Michael Goscinsky.

La caída de hombre, por Albrecht Altdorfer (antes del 480-1538), Colección Samuel H. Kress, Galería Nacional de Arte, de Washington, D.C. 91 El Arca de Noé flotando en las aguas del diluvio 98 El Arca de la Alianza (de un dibujo antiguo) 99 Medallas (anverso, Francisco I; reverso, salamandra agazapada envuelta por las llamas), francesas,

1504, Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York. 119

Detalle del Sueño de la Reina Catalina, por William Blake (1757-1827), Colección Rosenwald, Galería Nacional de Arte, de Washington, D.C. 121 Michael Goscinsky.

## **INDICE**

Dedicatoria

La Tabla de Esmeralda

Prefacio: ¿Por qué El Conde de Gabalís?

Comentario acerca del libro

Introducción

EL CONDE DE GABALIS

Plática primera

Notas de la plática primera

Plática segunda

Notas de la plática segunda

Plática tercera

Oráculo 74

Notas de la plática tercera

Plática cuarta

Notas de la plática cuarta

Plática quinta

Plegaria de la Salamandra

Notas de la plática quinta

Epístola a mi Señor

Las animadversiones del traductor sobre las  
pláticas precedentes

LOS GNOMOS IRRECONCILIABLES

(o la continuación de El Conde de Gabalís)

Prefacio a la Edición de 1911

Los gnomos irreconciliables

Notas de los gnomos irreconciliables 199 (1)

Muchas cosas merecen refutarse riéndose de ellas, no sea que se las adore en serio.

(1) Ciertamente, no podéis ser inmortales, pero, por mi imperio, sereis inmortales.